

Otro
AMOR
PARA

Julie

CARLOTA MANZANO

Otro amor para Julie

Carlota Manzano

Título: Otro amor para Julie

Autor: Carlota Manzano

Primera edición: Diciembre, 2019

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

Capítulo 1

Todo se suponía que estaba bien. Mi vida, mi relación con Frank, mi trabajo...

Era una mañana bastante fría. Se veía venir que diciembre llegaba cargado de esa fuerza característica de New York.

Miré por la ventana de mi despacho y pude comprobar cómo la gente paseaba con bolsas de compras para la Navidad. Aunque aún faltaban dos semanas, ya todo cobraba vida en forma de fiestas.

New York en Navidades siempre me había parecido fascinante, desde pequeña. Y es que yo pensaba que eran unas fechas de cuento en aquel lugar, como si toda la ciudad hubiese caído presa de un hechizo.

En esa época los escaparates se engalanaban hasta el punto de parecer postales invernales, las aceras se abarrotaban de abetos en espera de una familia que los albergara en su hogar y todos queríamos hacer nuestros pinitos como patinadores en la pista de hielo.

Vivía en un dúplex en uno de los mejores rascacielos de Manhattan.

Contaba, abajo, con un dormitorio principal que compartía con mi pareja, una habitación vestidor para cada uno, un baño, la cocina y el salón.

Arriba tenía solo un habitáculo diáfano, con un baño. Allí estaba mi despacho. Era un lugar espectacular, con unas enormes cristalerías con vistas a la ciudad. La estancia más cómoda del apartamento, con sofás, biblioteca, cafetera, una nevera, una gran televisión... Todo lo imprescindible para no tener que moverme de allí en horas dado que, que al ser asesora legal online, me pasaba gran parte del día trabajando.

Nada de aquello había llovido del cielo, sino que era el fruto de mi gran esfuerzo, aunque también era consciente de que la suerte me había echado una mano para que saliera fenomenal.

Llevaba viviendo con Frank desde tres años atrás, cuando ya dimos por asentada nuestra relación de cinco años en aquellos entonces. Él era abogado, tenía un despacho en New York, uno de los mejores de la ciudad. A sus cuarenta años era uno de los más reconocidos.

Yo había cumplido treinta y cinco. No me podía quejar, tenía un número importante de clientes y un buen reconocimiento, así que mi estabilidad financiera también era bastante buena.

A eso había que añadir que el dúplex era mío. Me lo había comprado yo mientras él adquirió un despacho impresionante en New York y un apartamento para invertir, que tenía encima del despacho, y que usaba para descansar al mediodía y comer allí.

Nuestras vidas estaban bien. Trabajábamos de lunes a viernes y el fin de semana era nuestro para hacer vida social, disfrutar de nosotros y de alguna que otra escapada.

No tenía ninguna queja y a menudo me sentía una privilegiada por mi situación. Poder trabajar en lo que me gustaba, desde la comodidad de mi hogar, y compartir la vida con la persona a la que quería, me relajaba.

Ese día era viernes y acudiría a una comida de Navidad que celebraba una empresa que yo gestionaba. Era una de las que llevaba desde mis comienzos y año tras año acudía en esa ocasión para festejar con ellos.

Siempre lo pasábamos sensacional. Era una cita profesional obligada, pero a la que yo acudía con sumo gusto. Sabía que íbamos a echar un buen rato y desconectar, como mandaban los cánones aquellos días.

Conforme la hora se iba acercando fui a arreglarme. En aquellas ocasiones, solía estrenar algunas de las últimas prendas de temporada que me hubiera comprado.

No había planeado nada al respecto, así que improvisaría. No soy una persona que tenga especial interés en tener mi vida cuadriculada al milímetro, sino que me gusta dejar cierto espacio para la improvisación.

Me puse unos pitillos vaqueros, unas botas de tacón marrones, una camiseta de mangas largas y un abrigo blanco de pelo, de lo más elegante y moderno a la vez. Me veía guapísima.

Con un maquillaje muy natural de día en el rostro, decidí ponerme lo que mejor me sentaba: mi más bonita sonrisa.

Bajé en el ascensor hasta mi garaje y saqué mi Audi Q7 blanco. Era la tonta de ese color, me causaba frescura y alegría.

La compra de aquel coche había representado también en su momento la culminación de un sueño. Podía presumir de haber ido logrando todo aquello que me había planteado en la vida.

Un poco de música y al lío, a celebrar otro cierre de año laboral bastante importante en mi vida, como mi pareja, que se iba el fin de semana a pasarlo a Las Vegas con los demás compañeros. Esos sí que sabían montárselo bien.

Aunque nos llevábamos fenomenal, los dos sabíamos lo importante que era que respetáramos el espacio del otro, tanto en lo profesional como en lo personal, por lo que aceptábamos de muy buen grado los planes que hiciéramos por separado.

Llegué a casa de Pol, uno de los dueños de esa empresa. Allí se celebraría la comida en uno de sus impresionantes salones con terraza cerrada. Además, conocería a su socio Brian que había estado los años anteriores llevando la sede de Europa en Bruselas, pero ya había regresado y se quedaba aquí. Era turno de Pol pasar unos años en Bélgica.

No podía negar que me picaba un poco la curiosidad por conocer a una persona con quien había estado trabajando en la distancia tanto tiempo. Esa parte de mi trabajo me resultaba de lo más llamativo. El mundo online hacía que la cercanía física dejara de tener sentido en muchas ocasiones.

Aparqué en su impresionante jardín a las afueras de la ciudad, en una urbanización muy exclusiva. Ya se notaba que estaban allí gran parte de los empleados, el aparcamiento estaba a full.

Aquel lugar rezumaba lujo y buen gusto por doquier. La seguridad también se hacía notar y cuanto estaba a la vista de los ojos tenía visos de excelencia.

Pol salió a recibirme y con él Brian, al que había visto en fotos pero que me impresionó cuando lo vi en persona.

No sabía decir qué fue exactamente lo que me causó aquel impacto. Además, no era algo habitual en mí. Me quedé un tanto anonadada.

Un apretón de manos y un beso en la mejilla fue suficiente para que un cosquilleo recorriera mi estómago ante ese rubio de ojos celestes, un hombre que llamaba la atención por esas facciones y esa sonrisa que brillaba por sí sola.

De hecho, era una sonrisa que te envolvía como, si al mirarte, te atrapara e hipnotizara, no dejándote apartarla de tu mente.

¡Quita esos pensamientos! Me exclamé a mí misma mientras sonreía. Nunca me había pasado al conocer a nadie. Era una sensación de lo más extraña, como una atracción a algo desconocido que de repente aparece en tu vida, haciendo saltar todas las alarmas que tenías apagadas, a pesar de que yo amaba mucho a Frank, o al menos eso creía.

—Por fin nos conocemos —sus dos manos sujetaban la mía de manera cariñosa, mirándome sonriente.

—Sí, increíble después de tantos años.

—Bueno yo os dejo un momento que atiendo a los que van entrando —Pol se retiró y nos dejó allí.

—¿Una copa de vino?

—Claro —sonreí con rubor.

Nos dirigimos hacia uno de los camareros que habían contratado y le pedimos dos copas de vino. Me quité el abrigo y lo dejé en la zona que habían puesto de perchas. En el interior reinaba una temperatura perfecta.

El buen ambiente que se respiraba no me cogió por sorpresa pues Pol tenía fama de ser un gran anfitrión, pero algo me decía que aquel día las cosas serían todavía mejores. Sin comerlo y sin beberlo, encontré un aliciente extra.

—Así que ahora te vienes aquí, mandas a Pol para Europa —quería entrar en conversación y no parecer una estúpida sin habla, aunque así me había quedado.

—Así es ¿qué te parece el cambio? —sonreía.

—Bueno eso es cosa de vosotros —carraspeé mientras mis mejillas se sonrojaban —Imagino que os vendrán bien esos cambios para no caer en la rutina del trabajo, ni de la misma ciudad.

—Eso es, ahora le toca a él salir de su zona confort —me hizo un guiño mientras sonreía.

—Sí, sí. Y no precisamente para ir a la vuelta de la esquina —asentí.

—No, no, aquí todo lo hacemos a lo grande y, cuando se trata de traslados, no es una excepción —añadió.

—¿Y qué me cuentas de la vida allí? —hice un nuevo intento por profundizar en la conversación.

—Bueno, ya sabes lo que se dice... Allí todo pivota en torno a la diversidad y lo expatriado es muy bien recibido.

—¿Y respecto al modo de vida?

—A mí me ha resultado bastante interesante y atrayente mientras ha durado. Sus tradiciones, sus festividades, su estilo de vida... Creo que me adapto bien a los lugares y ese es un país que te lo pone fácil.

Su personalidad me estaba resultando más arrolladora por momentos. Con él se cumplía aquello de que no era lo que dijera sino cómo lo dijera.

Sin darme cuenta, me fue envolviendo hasta el punto de que pronto nos estábamos prestando total atención mutua.

Los chicos de la empresa me iban saludando conforme se iban cruzando conmigo. A todos los conocía de manera personal y de otras comidas o eventos.

Era un grupo en el que, si había sus más y sus menos, no se notaba. El buen rollo era la tónica habitual. Pol y Brian tenían fama de ser muy profesionales y de saber perfectamente qué gente era la que tenía que permanecer a su lado en lo laboral.

Brian era atento, además se había pegado a mí como un imán, parecía que llevara esperándome toda la vida. Pol estaba atendiendo a unos y otros.

Pasaban todo tipo de entremeses. El vino iba dando paso a unas charlas intensas de nuestros métodos laborales, así como de nuestras vidas. Ya estábamos contándonos todo, inclusive a la hora de sentarnos en la mesa lo hicimos juntos, ahí la charla seguía como si nos conociéramos personalmente desde el principio de los tiempos.

Coincidimos en muchos aspectos y eso llamó poderosamente mi atención. Era una situación de aquellas en la que cualquiera de los dos parecía adelantarse a lo que el otro pudiera decir, como si tuviéramos una conexión intensa.

La casa de al lado de Pol era de él. Se la compraron a la vez. Era un dato que yo conocía, pues en sus ejercicios anuales aparecía. Yo le llevaba todos sus temas personales y empresariales, así que de algunas de sus cosas estaba al día.

Sus vidas habían sido bastante paralelas hasta el punto de tomar decisiones de aquella envergadura.

Brian me contó que había tenido una pareja estable de tres años en Bélgica, pero que hacía unos meses que lo dejó por otro, así que por eso le propuso lo del cambio a Pol, que también necesitaba un poco de aire en su vida.

—¿Sabes eso de cuando crees que has tomado las riendas de tu vida y que todo marcha sobre ruedas? —preguntó.

—Sí.

—Pues a veces la vida se encarga de devolvarte a la realidad y de mostrarte que es el destino y no tú el que manda.

—Ya —añadí— es entonces cuando hay que tomar decisiones y...

—Y poner al mal tiempo, buena cara —interrumpió con aquella bonita sonrisa.

Se notaba que había quedado un poco tocado por su forma de hablar, por ese tono con el que relataba una parte de su historia. Al fin y al cabo, era un tema reciente y no tenía nada de particular que todavía escociera.

Tras la comida llegó la sobremesa, unas copas acompañadas con bombones helados que eran una delicia deshaciéndose en el paladar.

—¿Te gusta el dulce? —se interesó.

—Sí. No puedo ni quiero evitarlo, me apasiona el dulce en general y el chocolate en particular —contesté.

—Una chica apasionada, por lo que veo —dejó caer.

Por toda respuesta, mostré de nuevo mi mejor sonrisa y salí del paso.

Brian tenía un humor muy peculiar, me hacía reír mucho. No sabía cuándo estaba hablándome con ironía o de verdad. Era algo que me ponía de lo más nerviosa, pero me causaba mucha risa.

—¿Y esa risilla nerviosa? —observó.

—¿Risilla nerviosa? —contesté con otra pregunta, como si el tema en absoluto fuera conmigo.

No podía quitarle la vista de encima, y la forma en la que nos manteníamos la mirada, corroboraba que le ocurría igual. Debía ser feeling. Sí, definitivamente, lo era.

Tenía un cuerpo escultural. Muy bien definido, pero nada exagerado, era perfecto, como todo lo que formaba parte de él. Me impresionaba mucho esa perfección en un hombre, jamás vi a nadie así, al menos no lo sentí.

—¿Te gusta el deporte? —pregunté, interesándome más por sus aficiones.

—Sí. Es parte esencial de mi vida. No sabría vivir sin él —volvió a sonreír —¿Y a ti?

—Procuro mantenerme en forma, pero no diría tanto como que fuera parte esencial de mi vida —contesté.

—A mí me saca mucho de mi rutina laboral. Me ayuda a relajarme y a estar bien.

¡Y tanto que a estar bien! Más que bien, diría yo a estar mejor... Estaba cañón, para qué íbamos a engañarnos. Eso sí, hablaba del tema con humildad y parsimonia. No se le notaba nada engreído y eso me agradaba.

Frank me envió un mensaje diciendo que ya había aterrizado en Las Vegas, así que se iba a pasar un fin de semana de escándalo. También se lo merecía, era un trabajador insaciable, tenía que desconectar un poco por su bien.

Por mi parte, también me serviría para pasar unos días conmigo misma, una situación que me agradaba y me ayudaba a conocerme mejor.

Sobre las ocho de la noche se fueron todos despidiendo y pese a mi incredulidad Brian me invitó a cenar y tomar algo en su casa. Decía que al día aún le quedaba mucho. No sé por qué, pero acepté. No me apetecía encerrarme en casa y mucho menos perder la oportunidad de seguir charlando y conociendo a ese cliente que me había impresionado más de lo esperado.

Nos despedimos de Pol y yo lo hice con especial énfasis. Tras las fiestas se iría para Europa y no sabía cuándo lo volvería a ver.

—Pol, tienes que venir a vernos a menudo —le di dos besos y un fuerte abrazo —Ni se te ocurra volverte europeo y que no te veamos el pelo.

—No, no te preocupes, Julie. Yo puedo estar en el fin del mundo, pero por mis venas corre sangre neoyorquina, necesitareé venir a cargar pilas de vez en cuando.

—Así lo espero y que no me entere yo de que pones los pies aquí y te vas sin avisarme.

—No se me ocurriría. Eres una de mis visitas ineludibles —me correspondió con otro fuerte abrazo.

Brian se montó en mi coche y lo conduje unos metros hasta su casa. Una réplica a la de Pol, pero esta me gustó mucho más por la decoración sobria, discreta pero reluciente, moderna, pero sin elementos excesivamente sobrecargados.

Paredes de ladrillo visto, dominio del binomio blanco-negro, uso de piel en tapicerías, ambientes abiertos... Sin duda era una casa muy inspirada en nuestra ciudad de los rascacielos.

Nos pusimos en la terraza de cristal, con una chimenea eléctrica que la mantenía en un clima perfecto.

Unos sillones cómodos a modo de sofá rodeaban la mesa y a un lado una rinconera que hacía las veces de minibar con toda clase de bebidas. Estaba de lo más preparado, me encantaba lo funcional que lo tenía. El ambiente resultaba realmente acogedor.

—Me encanta tu casa, parece preparada para recibir gente —solté, imaginando allí una nutrida reunión de amigos.

—Sí, no creo que tenga sentido vivir de otro modo. La mía es una casa abierta a mis amistades y a las personas que, aunque acabe de conocer, me parecen interesantes —guiñó el ojo.

Aquel comentario me hizo sentir bien y noté que estaba muy cómoda allí desde el primer momento.

—¿Alguna preferencia en la bebida? —preguntó.

—Ninguna. Un día es un día, sorpréndeme, me dejo llevar —contesté.

Preparó dos copas y puso unos frutos secos. Nos sentamos uno enfrente del otro en esa mesa que era super cómoda, de madera en forma rectangular.

—Pensaba que me dirías que no a esta invitación —ladeó los labios y frunció la cara.

—Pues pensaste mal. No eres alguien desconocido, aunque sea hoy cuando nos vimos por primera vez físicamente, pero os llevo la empresa desde mis comienzos. Son muchos años, hemos hablado por email todas las semanas y sé que no me va a pasar nada por cenar aquí y tomar algo. Además, mi pareja está en Las Vegas como te dije, ¿qué hago en mi casa tan temprano?

—Tienes razón, decidiste bien. Por cierto, te puedes quedar todo el fin de semana —soltó en seco causándome una leve risa.

—Sí, hombre —negué mientras reía incrédula a su broma.

—Yo solo te lo digo por si luego no quieres conducir...

—Si bebo mucho, llamaré a un taxi y mañana vendré a por el coche —ladeé la cara y miré hacia el lado y arriba.

—Vaya, no te fías de mí...

—Sí, sí de ti sí —bromeé.

—Ah vale, me quedo más tranquilo —levantó un poco las manos —De todos modos, la invitación está hecha, que no se diga que no soy un buen anfitrión.

Charlamos y bebimos durante unas horas, además de comer unas pizzas que había pedido a un restaurante italiano muy famoso de la ciudad, toda una delicia ya que eran de lo más elaboradas.

—Voy recuperando el gusto por todo aquello que hacía antes de irme —confesó.

Daba la sensación de ser una persona que quería volver a su status quo y que avanzaba en esa dirección sin prisa, pero sin pausa.

—Es normal. Al fin a todos nos gusta reencontrarnos con nuestras raíces —dije.

—Sí y más cuando tu vida en un lugar forma parte de un todo que comienza a resquebrajarse y piensas que es más fácil partir de cero y reconstruirte que comenzar a pegar los pedazos —concluyó.

Tenía puesto de fondo a Freddy Mercury y sonaba el último concierto que dio antes de morir. A mí también me encanta.

—¿Te gusta Freddy? —preguntó.

—Es uno de mis cantantes favoritos. Habría dado lo que no tengo por escucharlo en vivo y en directo —contesté.

—Otro punto en común. Yo suelo escuchar música variada, pero creo que no pasa un día de mi vida sin escuchar alguna de sus canciones.

—Es que más que canciones se han convertido en himnos —pensé en alto.

—Estoy totalmente de acuerdo —observó —Tenía un don especial. Era capaz de parar el mundo con un vídeo de dos minutos.

—Sí, hay quien dice que tenía poderes...

—Pues yo creo que su poder residía en su carisma...

—Eso es cierto, era un personajes camaleónico y carismático donde los hubiera —comenté pensando en las muchas actuaciones suyas que tenía grabadas en la mente.

—Así es. Reconozco que no me gusta lo convencional —me miró de un modo tan intenso que podría decir que sus ojos penetraron mi piel.

—A mí tampoco —respiré hondo.

La conversación estaba adquiriendo tintes un tanto profundos por lo que creo que los dos pensamos que era momento de cambiar de tercio. Fue él quien rompió el hielo.

—¿Como se te presentan estas fiestas?

—Pues por lo pronto la noche del veinticuatro vamos a cenar con mis padres y el almuerzo del veinticinco con los de mi pareja, además de sus dos hermanos con las mujeres e hijas.

—Y el treinta y uno conmigo...

—Claro, lo anoto en la agenda, le digo a Frank que he quedado contigo y seguro que ni se asombra — contesté con ironía causándole una sonrisa.

—Bueno, tampoco tienes que ser tan explícita, siempre te puedes buscar una buena excusa — hizo un carraspeo.

—¿Y qué te lleva a pensar que quiero pasar la noche de Fin de Año contigo? —levanté la ceja

mientras aguantaba la risa.

—Eso lo tendrás que descubrir por ti misma —mordisqueó la pizza poniendo gesto misterioso.

—Vale. Te deseo mucha suerte —reí.

—La tendré —me hizo un guiño que lo hizo aparentar de lo más seguro.

Un cosquilleo recorría mi estómago mientras lo miraba con incredulidad por la tranquilidad y seguridad que desprendía en cada una de sus palabras.

Por mucho que yo intentara hacerme la tonta y no entrar a fondo en la cuestión, Brian la caña la había lanzado. Otra cosa sería que yo hubiera querido picar el anzuelo o no.

La noche caía y con ella las horas, pero no tenía prisa, lo veía igual de cómodo que lo estaba yo, así que seguí disfrutando de aquella velada. Solo me apetecía estar allí, con él, en ese momento tan extraño y sorprendente que estaba pasando a su lado desde que nuestras miradas se cruzaron.

No recordaba sentirme tan especialmente bien desde hacía mucho tiempo y eso que mi vida me hacía sentir plena, pero los momentos que estaba viviendo con Brian estaban al siguiente nivel.

—Lo último que esperaba del día de hoy —me abrí a corazón abierto en un momento dado — Creí que sería lo típico, terminar la velada y derechita a casa.

—¿No te resulta fascinante la forma en la que surge un plan en el momento menos pensado? A mí es algo que nunca dejará de sorprenderme.

—Sí y si algo tengo claro es que los planes inesperados son los más agradables y divertidos.

De haber podido decir en alto lo que pensaba, hubiera soltado allí mismo que los más sugerentes también, pero por supuesto que no era el caso.

Bebimos y charlamos hasta altas horas. Nos metimos al salón al calor de la chimenea, pero esta de verdad, con sus troncos y fuego proporcionando la armonía a ese momento maravilloso donde nos contábamos mil cosas de nuestras vidas.

—Pues mi profesión no tiene nada que ver con mi vocación inicial —le conté a colación de su pregunta de por qué me había hecho asesora legal online.

—¿Y eso?

—De pequeña veía muchas películas de polis y yo quería ser policía. Sin embargo, cuando llegó el momento de tomar mi camino vi un reportaje sobre el tema de la asesoría legal a distancia y me pareció que era algo de lo más interesante.

—Y rentable —añadió él.

—Y rentable, sí. Evidentemente, más que el sueldo de un policía, pero de todos modos lo hice porque me fascinó la idea, no por dinero...

—Y porque sería menos arriesgado que lo de ser policía en New York —trató de sentenciar él.

—Ahí discrepo un poco contigo —bromeé — Hay veces que los ánimos se caldean demasiado en los negocios y no puedo evitar salir salpicada.

—Sí, los negocios y la erótica del poder, que van de la mano —añadió sin dilación.

—¿Te atrae la erótica del poder? —pregunté casi sin pensar.

—Me atrae la erótica en general —ríe.

Y a mí me atraía él. Cuanto más avanzábamos en la conversación más descubría en Brian algo que, sin saber describir, me hacía desear que el reloj se parara. Por suerte, ninguno de los dos teníamos otro plan, así que podíamos disfrutarlo.

Parecíamos dos amigos de toda la vida, pero con una chispa fuerte de atracción, eso era innegable. En muchos momentos me hacía olvidar mi vida, mi pareja y todo lo que había ahí fuera, que era la realidad, pero yo quería disfrutar de esto, no había prisa, tenía bastante tiempo por

delante esa noche.

En cualquier caso, no estaba haciendo nada malo y sabía que Frank también estaba dónde y con quién le apetecía, así que era hora de que me diera un poco de cuartelillo a mí misma.

Yo estaba en un sofá y él en otro, delante de la chimenea, charlando y tomando otra copa más, con una manta cada uno sobre nuestras piernas. Parecíamos hasta un matrimonio de toda la vida, solo de pensarlo me producía una sonrisa, pero la verdad es que me sentía cómoda a su lado.

Capítulo 2

Abrí los ojos y vi la chimenea. Miré hacia un lado y sonreí al ver a Brian mirándome.

—Me he quedado frita aquí —sonreí acurrucándome a la manta.

—Nos hemos quedado y son cerca de las doce de la mañana, ahora mismo preparo un desayuno. No te muevas —se levantó.

—Necesito ir al baño.

—Claro, adelante, ya sabes dónde está. Por cierto, buenos días —comenzó a caminar.

—Sí, eso, buenos días —sonreí negando.

Entré al baño con el neceser que siempre llevaba en el bolso. Me lavé la cara, los dientes, me peiné y salí hacia el salón.

Estaba claro que la noche anterior había perdido la noción del tiempo y el espacio. En cualquier caso, era sorprendente pero no importante.

Miré mi móvil y tenía varias fotos de Frank en un mensaje, de la noche anterior, dándome los buenos días, así que le respondí mientras esperaba a Brian.

Me sentí algo inquieta, pero, al fin y al cabo, tampoco había ningún movimiento que tuviera por qué alertar a Frank.

Estuve mirando algunas cosillas más en el móvil porque poca duda había respecto a que Brian estaba preparando un desayuno de película. Seguí acomodada, dejándome mimar.

Apareció con una gran bandeja con zumos, café, unos panecillos con mantequilla y mermelada de varios sabores.

—¡Qué hambre! —me salió nada más observar aquella bandeja con todo lo que había preparado.

—Hay que coger fuerzas ¿Qué plan tenemos hoy? —preguntó con descaro mientras se sentaba.

—Tú me dirás —respondí con el mismo descaro y sonriente—. Tengo libre hasta mañana por la noche —me encogí de hombros.

—Eso suena muy bien. Creo que no nos vamos a aburrir —sostenía su taza en sus dedos.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —tragué saliva antes de dar un trago, aquello era una locura, pero tenía ganas de seguir sumando horas, no encerrarme en el dúplex, además, era un imán...

—¿Seguro que quieres que planifique a mi forma? —carraspeó mientras cogía uno de esos panecillos.

—Totalmente...

—Desayunas, vas a tu casa, te cambias, coges ropa y te recojo en dos horas ¿Te parece?

—Claro ¿por qué no? —sonreí con picardía.

Lo dije con mayor soltura y naturalidad de las que en realidad sentía porque en mi interior tenía ganas y miedo a partes iguales. Aquello se me antojaba como una corriente de agua que me envolvía, refrescándome y llevándome con ella, sin saber si conducía o no a un abismo.

No podía discernir si se me estaba yendo la pinza por hacerlo o si la locura hubiera sido dejar pasar una oportunidad que me resultaba tan sugerente. El caso es que estaba dispuesta a descubrirlo.

Sabía que no era correcto lo que estaba haciendo, pero también era consciente de que no estaba haciendo nada malo. Frank estaba en Las Vegas pasándolo de muerte y no por eso me estaba faltando el respeto, ese al que hasta el momento tampoco le había faltado yo.

¿Hasta el momento? Me pregunté a mí misma. No, no podía ser cierto, pero ya mi cabeza me jugaba malas pasadas y en ese momento pensaba que lo estaba haciendo y de forma constante.

Terminamos de desayunar y me despedí. Le expliqué dónde vivía y acordamos una hora para recogerme.

Me fui en el coche escuchando música, pensando en aquella locura de fin de semana que se me había presentado de aquella manera tan inesperada, sorprendente y sobre todo especial. Así la veía, como la aparición de Brian, esa que desestabilizó mi cabeza en dos segundos.

Era una locura, me estaba pegando un fin de semana con uno de mis mejores clientes, una de las empresas de marketing más importantes a nivel internacional y encima con uno de los jefes, Brian, ese con el que solo había hablado por email. Siempre el trato cercano fue con Pol, lo que no me imaginaba era que, detrás de la pantalla, estuviera ese hombre tan extraordinario, dotado de un imán que atraía de manera irrefrenable.

Preparé una bolsa con un pijama, ropa interior, algunas cosas de aseo y una muda de ropa para el siguiente día. Lo imprescindible para el tiempo del que disponíamos.

En mi cabeza solo me preguntaba dónde iríamos, aunque lo cierto es que el destino tampoco me importaba demasiado. No era dónde sino con quién.

Un baño relajante era lo que me pedía el cuerpo, así que me metí en la bañera mientras escuchaba unas baladas de Bon Jovi y mi imaginación volaba. Aquello no podía ser, pero era y lo peor de todo es que yo era consciente de que se trataba de algo más que de una relación laboral. La situación me había golpeado los sentimientos dejándome fuera de juego.

Me abrigué bien y salí con mi bolsa hacia la puerta principal del edificio. Allí estaba con su coche y esa sonrisa que llevaba puesta en todo momento.

—Pensé que me mandarías un mensaje diciendo que te habías arrepentido.

—Hola —sonreí mientras ponía la bolsa en el sillón de atrás y me iba al asiento del copiloto a sentarme.

—Hola —se le escapó una sonrisa mirando hacia abajo —¿Qué perfume llevas? —preguntó mirándome con ese brillo que salía de esos ojos azules.

—Coco Chanel. Mi preferido...

—Todo un acierto —arrancó el coche.

Su forma de decir las cosas, eso era, no la frase ni sus preguntas en sí, era ese tono, esa magia que a todo le ponía, además de sus gestos tan sensuales y entrañables. Era una mezcla excelente.

Comenzó a llover a mares. El día se estaba poniendo de lo más cerrado y feo, pero nos fuimos a comer a un restaurante precioso con una comida espectacular, todo muy cuidado y al detalle.

Nos prepararon una mesa en un reservado, nos estaban esperando ya que Brian había llamado al efecto por la mañana.

—Veo que te conocen. El lugar es precioso —le comenté.

—Sí, me gusta acudir a él en las ocasiones especiales.

—Gracias por la parte que me toca —sonreí.

Además, desde allí se observaban unas maravillosas vistas y ambos coincidimos en el gusto por los lugares que las proporcionaban.

—Una buena vista puede cambiar un estado de ánimo —soltó con descaro y muy pronto entendí que no era precisamente a las de un paisaje a las que se refería.

—Estoy de acuerdo —contesté con el mismo descaro y desinhibición.

—¿Siempre eres así con todo el mundo? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—Así de espontánea. Tengo la sensación de poder hablar contigo de cualquier tema y esa es una sensación que he recuperado.

—Explícate.

—Pues lo cierto es que creo que aposté demasiado en mi anterior relación. No miraba más que por los ojos de ella y ahora tengo la sensación de que...

—¿De qué?

—Cuando miro a tus ojos veo que hay mucha vida en ellos. La misma vida y chispa que ya hacía bastante que no sentía y lo peor es que ni siquiera me había dado cuenta hasta ahora.

—¿Eso es lo peor o lo mejor?

—Viéndolo así, es posible que lo mejor. A menudo nos unen cadenas invisibles a las personas y no somos conscientes de ello. Luego un buen día sucede algo que te devuelve a la realidad.

—Te entiendo —añadí —mientras seguía haciendo como que miraba la carta con interés. Lo que él no sabía es que sus palabras tocaban de lleno mi corazón y que yo también comenzaba a hacerme preguntas sobre mi relación, cosa que no me planteaba hasta entonces.

Una copa de vino y una buena carne a la parrilla, con unas patatas cortadas al gajo. Eso fue lo que pedimos. El buen humor nos abría el apetito.

—Entonces los planes de Fin de Año siguen en pie ¿verdad? —se secó con cuidado y a leves toques la boca.

—Claro, aún estoy dando vueltas a la cabeza de cómo se lo diré a Frank —bromeé.

—Había pensado en que la pasáramos en el Gran Hotel, en una suite de la última planta — cortaba la carne y me miraba con esa sonrisa pícaro que me ponía muy nerviosa.

—Anda que has dicho poca cosa —sonreí. Yo conocía ese hotel y era uno de los más impresionantes de la ciudad.

—Ya lo tengo reservado...

—¿Vas a pasarlo ahí?

—Claro, contigo.

—Yo no acepté, al menos aún...

—Ese aún es el que me hará estar allí esperándote en la habitación 313 a las diez de la noche —se encogió de hombros —en ti está el ir o no.

—Sabes que tengo pareja —me mordisqueé el labio, nerviosa.

—Yo estaré —se encogió de hombros —pase lo que pase, yo estaré.

Eso me dejó sin aliento. No sabía si era producto de esa ironía o de sus más profundos deseos ¿qué nos estaba pasando?

Terminamos de comer y nos fuimos para su casa. Yo me cambié de ropa y me puse un conjunto de mallas y camiseta de mangas cortas, con el fin de estar cómoda.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó.

—Lo que te apetezca, no vengo con un plan trazado —le saqué la lengua —De hecho, lo nuestro es improvisar.

—Venga, pues plan tranquilo de tarde de invierno —añadió.

—Eso suena muy bien...

—Pues espero que te sepa mejor...

Esa chimenea era un placer, como su terraza, aquello me causaba una paz increíble. Yo estaba acostumbrada a tener unas preciosas vistas, pero siempre a la ciudad, así que allí se estaba como apartado del bullicio, de la gente, de todo.

Preparó una café con unas pastas y nos sentamos a charlar cada uno en un sofá. Parecía que lo

evitaba, pero no era así, ¿o sí?, tenerlo tan cerca me producía mucho nerviosismo.

—No muerdo —musitó en un momento dado...

—Lo sé —sonreí. Es solo...

—Que te impone un poco la situación. No voy a decir que sea convencional, pero si te digo un secreto, nada en mí lo es y me da la sensación de que en ti tampoco.

—Ya me voy dando cuenta —le lancé la mejor de mis sonrisas a modo de señal de que me sentía genial.

En cierto modo parecía una quinceañera y me desconcertaba. No obstante, a mi favor podía argumentar que todo me había resultado de lo más inesperado.

No había vuelto a tener noticias de Frank. Estaba claro que estaría descansando de la noche anterior y de la que nuevamente le esperaba.

En ese sentido estaba tranquila porque tampoco es que fuera mi pareja el colmo de lo comunicativo cuando se iba con sus amigos y en aquella ocasión me venía de escándalo.

Nos pusimos a charlar sobre el trabajo, para matarnos. Hablamos de cómo llevábamos el día a día. Como le decía, el mío lo realizaba desde mi casa, en ropa cómoda, en la parte de arriba y mirando a la ciudad.

—Pues yo considero que es una suerte, sobre todo esos días de invierno en los que caen chuzos de punta y no dan ganas de poner un pie en la calle, ¿no estás de acuerdo, Julie?

—Principalmente sí. Yo era lo que quería y lo he logrado. Eso sí, siempre que diferencias el lugar de trabajo del que empleas para el relax. Al principio lo hacía todo en la misma estancia y me costaba desconectar. Después encontré el equilibrio...

—Hablas como una coach. Me gusta escucharte, transmites paz...

—¿En serio lo dices?

—¡Y tan en serio!

—Bueno, pues como te comentaba... el caso es que trabajar en casa también implica más ganas de tener vida social durante el tiempo libre para cambiar de ambiente.

—Y tú la tienes... de eso no tengo duda.

—Sí, sí, me encanta hacer mil actividades los fines de semana, salir a comer, al cine, a cenar...

—Vamos, que das el carpetazo el viernes tarde y no se te cae el techo encima...

—Más o menos —reí.

—¿Y tú? ¿Qué me cuentas?

—Bueno en mi caso tampoco tengo ninguna queja. En Pol he encontrado un socio y un amigo con el que me complemento a la perfección y entre los dos estamos logrando sacar nuestros sueños hacia delante...

—Esa es la impresión que dais...

—Pues es cierta, pero por favor, cuéntame más cosas de tu vida diaria. Me gusta mucho escucharte —me hizo un gesto con la mano como cediéndome la palabra — Por su parte, me encantaba su humildad y que no pretendía ser para nada el centro de atención.

Le conté que solía bajar a comer a unos restaurantes situados cerca de mi casa ya que Frank no venía hasta por la noche. Otros días me comía una ensalada o un sándwich en la mía, pero yo cocinar lo hacía poco y menos aún para mi sola.

Le hacía gracia todo lo que le contaba. Me decía que era una chica independientemente comprometida, eso me hizo reír, pero estaba claro que él podía verme de cierto modo así.

Su paradoja me hizo reflexionar porque algo de cierto había en ella.

A él se le partió la vida cuando su novia lo dejó ya que apostaba por ella y por esa relación que le hacía vivir feliz en aquel país de Europa, pero poco a poco se estaba construyendo su nueva forma de vida, justo cuando aparecí yo y ya tenía hasta planes de Fin de Año, cosa sobre la que volví a bromear con él y decir que ni se le ocurriera.

Me sentía cómoda con Brian. Estaba descubriendo que era capaz de tener conversaciones que nunca había tenido con Frank, él era de otra manera, más serio, menos hablador, no transmitía tanto.

Eso no es que le restara valores a mi pareja, que era un tío admirable en muchos sentidos, pero eran muy distintos. De eso poca duda había.

La tarde pasó volando, nos fuimos a la cocina y preparamos una sopa con unos crujientes de queso para cenar de nuevo frente a la chimenea. Ese era el rincón perfecto en una estación fría como en la que estábamos.

—Lo tienes todo estudiado —bromeé —nadie puede resistirse a los encantos... de tu chimenea.

—También es mi rincón predilecto de la casa. Me hacía sentir muy a gusto.

—No eres el único.

—¿De verdad estás a gusto?

—¿Tú qué crees?

Si de algo tenía la certeza era de que nuestro lenguaje corporal iba más allá de lo que lo hacían nuestras palabras.

Las miradas se fueron profundizando. Eran como mensajes que se enviaban a través de ellas, pero que los dos entendíamos perfectamente sin necesidad de pronunciar ni una sílaba.

Nos sentamos, esta vez en el mismo sofá, de lado. Tenerle tan cerca provocaba que mi corazón se acelerara y las manos hasta me sudaran. Sentía una sensación que hacía mucho tiempo que no había percibido, es más ni recordaba.

Ambos éramos conscientes de lo que podía suceder. Pese a ello, no solo no hacíamos nada por evitarlo, sino que parecíamos buscarlo lentamente, dejando que todo fluyera.

Y pasó. Nos fuimos acercando hasta que nuestros labios se encontraron, se sumieron en un contacto que nos hizo pegarnos el uno al otro sonrientes, mientras nos dejábamos llevar por esos besos cortos y seguidos...

Sabía que no estaba bien, que no era justo que estuviera haciendo eso, pero no lo podía frenar, no quería, deseaba quedarme en ese momento, seguir sintiendo eso tan bonito y emocionante que había aparecido sin previo aviso.

Pensé en varias cosas en ese momento: en que vida solo hay una, en que Frank no tenía por qué enterarse de aquello, de manera que “ojos que no ven, corazón que no siente”, en que alguna vez también merecía yo hacer una locura...

Nos dejamos llevar en un silencio que duró mucho tiempo, mientras sus manos se despojaban de mi ropa y yo lo miraba con esa timidez que hacía mucho tiempo que no sentía.

Besaba mi cuerpo con total delicadeza, agarraba mis pechos entre suaves jadeos, los mismos que me proporcionaba a mí.

Se posó entre mis piernas y las abrió con sus manos...Fue directo con sus labios a mi parte más hinchada, esa que ya estaba de lo más excitada.

Su lengua y labios causaron un efecto que me calmó esa tensión que estaba acumulando con su forma relajada de hacer las cosas, hasta que llegué, me retorcí al llegar a ese orgasmo que sonó desgarrador.

No tardó en volver a abrir mis piernas y penetrarme, luego me impulsó hacia sus piernas y me sentó encima de él para que cabalgara, eso hice cabalgar...

Aquello era de lo más morboso y sensual, su cuerpo me impresionaba. Era como agarrarme al placer directamente, además de ese olor tan rico que desprendía.

Lo hicimos mirándonos a los ojos, jadeando uno ante el otro y disfrutando de un momento que hubiera deseado que durara una eternidad.

De allí a la ducha, aquello no había hecho más que empezar, fue otro momento de lo más pasional y excitante. Estaba viviendo algo que, aunque me costara decirlo, hacía mucho que no había vuelto a experimentar y me estaba dando cuenta en esos momentos, con Brian.

En el interior de la ducha vivimos un asalto sexual de lo más intenso en el que mis jadeos sonaban dispersos por el caer del agua, que también corría por el pecho de Brian, acentuando aún más su virilidad.

Sabía que aquello era un desenlace, algo puntual, no me iba a arrepentir por muy egoísta que sonara, pero se quedaría en eso, en ese fin de semana que estaba viviendo a tope.

Me daba dolor pensar en Frank. No se lo merecía, no me imaginaba haciéndome eso a mí, pero no podía luchar contra eso, tenerlo tan cerca me producía dejarme llevar y era lo que estaba haciendo.

Nos secamos y no me dejó vestirme. Me llevó a su cama y me tapó echándome sobre él mientras besaba mi cabeza y me abrazaba como si me deseara de toda la vida. Tenía un tacto que hacía que me sintiera la mujer más deseada de New York, era algo que no se podía describir con palabras.

Por si eso fuera poco, todos los detalles acompañaban. Las sábanas de satén nos proporcionaban un confort y una sensualidad inigualables. Parecía como si con él todo estuviera preparado para el placer.

La dulzura con la que me trataba me dejaba patidifusa. Era como un león en el sexo y todo un amor en el resto de los momentos. La mezcla perfecta que cualquier mujer desearía y con la que yo no soñaba hasta haberla conocido. Me había habituado a lo que tenía.

—Es un lujo tenerte aquí. Quiero que lo sepas —dejó caer.

—Lo mismo te digo. El caso es que...

—Imagino que para ti debe ser muy contradictorio. No tienes que decir nada, lo entiendo. De todos modos, aquí estoy si necesitas hablar —me dio un beso en el cuello.

No me trataba como a una simple conquista y aquello era lo que más que gustaba del asunto. De no haber estado yo con Frank, seríamos la viva estampa de una pareja.

—No quiero que saques conclusiones extrañas. No me gustan los engaños. No quiero hacerle daño a nadie —sonreí tímidamente.

—No hace falta que me digas que no eres una viuda negra ni nada parecido. Hay cosas que saltan a la vista, créeme —añadió.

—A decir verdad, es la primera vez que me veo en una de estas...

—Espero que no te estés sintiendo mal, tampoco es mi intención.

—No, si eso es lo extraño. Estoy disfrutando al máximo de cada segundo que compartimos... aunque no estuviera en mis planes.

—Entonces ya me quedo mucho más tranquilo. Ese es mi objetivo. Por lo demás, procura no pensar. Solo quiero que disfrutes.

Pensé en lo diferente que se veían las cosas cuando una era la involucrada. En ocasiones había defendido, en conversaciones con amigas, que engañar a la pareja era una crueldad y, sin

embargo, yo acababa de hacerlo.

Lo más curioso del tema es que en ese instante caí en que un acto de aquel tipo podía llegar sin estar sin mínimamente premeditado, como me acababa de suceder a mí.

—¿Y tú? —pregunté.

—¿Yo qué? —respondió.

—¿Sueles hacer esto a menudo?

—No voy a decirte que no haya estado nunca con alguien con pareja, pero sí puedo afirmar que es la primera vez que me importa, y mucho, que esa persona se sienta bien y no le genere ninguna controversia.

Lo que más me alucinaba del caso es que sus palabras me sonaban reales. Quizás si una amiga me hubiera contado que le había sucedido algo así, yo le hubiera aconsejado que ni se enganchara lo más mínimo, que cabía la posibilidad de que el tío solo buscara algunos ratos de sexo.

No obstante, no estábamos hablando de ninguna amiga. El tema era a mí a quien me atañía y yo quería confiar en sus palabras. ¿Haría bien o estaba pecando de pardilla? Ese era el dilema.

—Sea como fuere, tú nada debes censurarte. Soy yo la que tiene pareja.

—¿Y si no nos censuramos ninguno de los dos? —propuso y, con aquella propuesta tan simple logró aliviarme.

No hablábamos de nada, ni de planes. Él era consciente de mi situación, de que tenía una vida, pero no paraba de azotarme con la idea que pasar el Fin de Año junto a mí, cosa que de imaginarlo me hacía muy feliz.

—Te vienes y te hago subir al séptimo cielo —soltó con una tranquilidad pasmosa —No habrás imaginado nunca una entrada de año mejor.

—Sabes que si pudiera...

—¿No dicen que querer es poder?

—Eso dicen, pero no es tan fácil. Una cosa es la teoría y otra la práctica. Te pongo, por ejemplo, el sexo —me mordí el labio —Poco tiene que ver lo que te cuenten al respecto con la realidad.

—Una chica muy lista, sutil y a la par morbosilla. Vaya, vaya... parece que lo tienes todo...

Era mucha química la que se respiraba en el ambiente y, de haber visto la más mínima oportunidad de haber celebrado con él la entrada del Año Nuevo, me hubiera tirado a la piscina.

En cualquier caso, quedaba en una mera ilusión, pues sabía que no podría ser. No era un día para inventar una excusa y mucho menos para seguir con algo que no debía, por mucho que quisiera, ni debía, ni podía.

Eso sí, como soñar es gratis, me hice la ilusión de pensar en cómo sería aquella noche si yo fuera libre como el viento. Y eran imágenes que evocaban risas mezcladas con sensualidad las que acudían a mi mente sin parar.

Con mi mano acariciaba su pecho mientras pensaba en cómo sería una vez a su lado, con ese hombre lleno de humor y amor a partes de iguales, que era de lo más atento y cariñoso, no se le pasaba detalle por alto.

Por otro lado, pensaba en lo injusta que resulta algunas veces la vida, dado que yo siempre había soñado con un hombre como Brian y, sin embargo, la vida me había puesto por delante a Frank y yo había pensado que el que sentía por él era amor del bueno.

Lo malo era que, la forma en que mi corazón palpitaba al lado de Brian, me daba a entender que quizás estaba en un error y eso era algo que hasta el momento nunca me había planteado.

Por suerte, Frank apenas daba señales de vida y yo lo prefería mil veces. Me resultaba de lo

más embarazoso pensar en tener que hablar con él con Brian delante.

Aparte, yo no estaba acostumbrada a hacer nada aquello y se me antojaba un tanto complicado hasta el tono de voz que tendría que utilizar. Por suerte, no estaba haciendo falta.

En cuanto a él, mi silencio tampoco tendría que hacerle sospechar porque aquella independencia que me caracterizaba, me llevaba a no ser una mujer latosa ni nada parecido cuando mi pareja estaba con sus amigos. Visto así, no había nada que diera la voz de alarma.

Me dormí en otros brazos que no eran los de Frank, me dolía que así fuera pero también me hubiera dolido de no haber hecho aquello que mi corazón perdía a gritos en esos momentos.

Capítulo 3

Y como arte de magia estaba en otros brazos, unos que me hacían vibrar más que nunca.

—Buenos días ¿Qué tal dormiste? —acariciaba mi pelo y besaba mi frente.

—Genial, la verdad es que bastante bien —sonreí y le regalé el primer beso del día en los labios.

No pudimos y ya no debíamos contenernos.

Nos comenzamos a besar y a acariciar hasta de nuevo volver a sentirme a su merced, con sus manos y labios jugueteando en mi cuerpo mientras aceleraban mi respiración y me hacían gemir de placer.

La pasión entre nosotros era bestial y por momentos se dejaba sentir más. En cuestión de unas horas le habíamos dado un vuelco increíble a nuestras vidas.

Me subió en él, me puso de mil posturas, tenía un aguante brutal, aunque para mí todo pasaba a cámara rápida.

Estaba alucinada. Era terminar y, con solo mirarnos, nos volvíamos a encender y ya sabíamos que ese suponía el pistoletazo de salida para el siguiente asalto.

Nos duchamos y fuimos a la cocina a desayunar, yo iba con una camiseta y mis bragas de tipo brasileña, además de un moño en la cabeza, como de ir por casa, pero con él me sentí así.

—No puedo creer lo bonita que estás con ese look tan natural —soltó mirándome de un modo que me daba escalofríos.

—Yo sí que no puedo creer que te guste así, parezco una loquilla total.

—¿Una loquilla? Pues entonces, ¡viva la locura! Me encanta verte sin ningún tipo de arreglo, tu belleza es sublime.

Mientras preparaba el desayuno me puse a pensar en que esa noche volvería todo de nuevo a la rutina, esto sería algo que quedaría como el mejor de mis recuerdos, pero yo tenía una vida y no podía tirarla por la borda por una locura pasional de un fin de semana, aunque me dolía el pensarlo. Por mí me quedaría allí con él para toda la vida, en ese estado de serenidad y pasión que él me aportaba.

Lo miraba y nos sonreíamos. El corazón se me ponía en la boca, me emocionaba cada gesto, cada caricia, cada mirada, era todo lo que se formaba alrededor de él. La pregunta no tardó en salir de sus labios, directo, como era.

—¿Entonces me vas a abandonar hasta el día de Fin de Año? —preguntó sin esperármelo mientras ponía el desayuno sobre la mesa.

—Sabes que me es imposible ese día ir, que tengo...

—Tienes una vida, una persona en ella y mil cosas más —interrumpió —Pero yo te voy a esperar en la habitación a las diez de la noche con la mesa preparada para los dos.

—No voy a poder ir —mi rostro se entristeció.

—Yo te voy a esperar... —insistía como si no valiera lo que decía o no lo quisiera escuchar, además de dejarme entrever que fuera o no, él me estaría esperando.

—Brian...

—Julie...

Se levantó de la silla, se vino hacia mí y me besó. Sencillamente me hacía estremecer. Era ponerse delante de mí y yo temblaba como un flan.

—Te voy a esperar —agarró con cariño mi barbilla y me hizo mirarlo —Si no vas, entenderé que las ganas fueron menos que lo que yo pensaba. Si apareces, entenderé que lo que me transmitiste era tan real y auténtico como yo lo había sentido.

—Brian, yo iría, es más te vería todos los días, pero no puedo hacer esto, me duele en el alma haberte conocido en estas condiciones... No es justo que pienses que es falta de interés.

—No sigas —me besó con cariño y se apartó a su silla —No te preocupes por nada, lo que tenga que ser será y pase lo que pasé estaré allí, solo o acompañado, pero estaré allí —su tono era de conformismo y a la vez de esperanza, algo difícil de describir.

De hecho, es que, tal y como ya me había advertido, no era un hombre convencional y todo en él lo denotaba.

Aquello me hizo sentir que él quería estar ahí, ¿pero de qué modo? Me estaba volviendo loca y, además, no quería que acabara ese día. Él no tardó en percibirlo.

—Esos ojitos no transmiten lo mismo que estas horas anteriores, ¿qué te pasa?

—Prefiero no hablarlo, es solo que estoy un poco tontorrón hoy.

—¿Por ser domingo?

—Más o menos.

—¿O por ser el día en que nos toca separarnos?

Sonreí por aquello de que, quien calla, otorga.

Comimos allí, merendamos, cenamos, lo hicimos en unas cuantas ocasiones, además de pasar el día regalándonos mil abrazos y miradas de lo más confidenciales.

Cada vez sentíamos más complicidad también en el sexo y los dos desarrollamos un interés especial en dar con las claves que le proporcionarían placer al otro. Era como una especie de competición en la que ambos deseábamos salir victoriosos. Al final acabábamos riendo.

El tiempo volaba y las sensaciones se agolpaban en mi mente. La complicidad crecía por momentos y yo solo sabía que deseaba sentirle cada vez más y más cerca, que era la sensación que me daba.

Luego su forma de cuidarme era flipante. Me volvía loca cómo me acurrucaba en su pecho, me ponía un cojín para que durmiera en el sofá o me ofrecía si quería tomar algo a cada instante.

—Eres el hombre más cariñoso que he conocido nunca —le comenté, loca de contenta por sus atenciones.

—He aprendido que lo bueno hay que reservarlo para quien lo merece —guiñó el ojo.

—¿Y qué te hace creer que yo lo merezco? —pregunté.

—Muy sencillo: tú me cuidas a mí como yo a ti.

—Bueno, pero tampoco te acostumbres que luego los hombres os acomodáis —bromeé.

—Yo a lo único a lo que podría acomodarme es a tenerte junto a mí —no dudó en señalar.

No perdía ocasión de demostrarme lo especial que era para él y yo estaba exultante.

Por la noche nos despedimos sin quedar en nada. Él tenía claro que me esperaba para Fin de Año, pero yo no había sacado nada en claro, solo que allí se quedaba uno de los días más bonitos de mi vida, uno de los fines de semana más emocionantes que jamás hubiera soñado.

Un beso y un abrazo fueron la despedida, sin decir un hasta luego, un adiós, más que una mirada que hablaba por sí sola.

Yo quería decir algo, pero notaba un nudo en la garganta que me oprimía. Por su parte, y pese a lo comunicativo que era en circunstancias normales, parecía tampoco saber qué decir.

Me monté en su coche y me dejó en la puerta de mi casa donde solo nos pudimos despedir con dos besos, así que la despedida de corazón fue en su casa, en esa que se quedó una parte de mí.

—Lo he pasado... no tengo palabras para definirlo —le confesé mientras lo miraba con ternura a la cara.

—No tienes que hacerlo, yo he sentido lo mismo —añadió mientras sostenía amorosamente mis manos.

—Daría lo que no tengo por dar atrás a las manillas del reloj —señalé metafóricamente.

—Ya buscaremos la forma de hacerlo —me guiñó el ojo.

Sin saber siquiera a qué se había referido con aquella última frase, me sentí reconfortada. Era como si confiara en él tanto como en mí misma. Nos besamos con pasión desmedida.

—Yo lo único que sé es que no quiero irme —sonreí sosteniendo su cara.

—La sinceridad de tus palabras me conmueve, preciosa. Sé que lo que dices es cierto y, si quieres saber la realidad, yo tampoco quiero que te vayas.

—Pero sabes que tengo...

—Una vida a la que atender. Ya sabes dónde y cuándo nos veremos —añadió con la certeza de quien ha pactado una cita en firme.

En el momento en el que salí del coche, tomé contacto con la realidad y entendí que mi sueño había acabado. Intenso pero efímero hasta decir basta. La amargura me inundó.

Frank me llamó para decirme que llegaba a primera hora de la mañana. Estaba agotado de la fiesta que se habían corrido y decía que me echaba mucho de menos, a lo que yo le respondí que yo también.

Y mentí, pues me acosté abrazada a la almohada pensando en Brian, en esa persona que era la única capaz de captar todos mis pensamientos, todos mis sentimientos y todo aquello que se reflejaba en el corazón.

Era la primera vez que le mentía y lo peor es que mi voz ni siquiera se había quebrado. Lo peor o lo mejor, porque aquello me daba algo de margen para calibrar la situación.

Me hacía mil preguntas y no tenía ninguna respuesta, solo que esto que sentí con Brian hacía mucho que no lo sentía por Frank. Por otro lado, pensaba o intentaba convencerme de que esa fogosidad y pasión era de una forma momentánea, que luego todo pasaba.

Pero claro, es difícil engañarse a una misma. No sabría si sería o no momentánea, pero no recordaba haberla sentido tampoco en los comienzos por Frank, por lo que era evidente que había una diferencia.

Me eché a llorar. Era muy fuerte al menos en ese momento. Tenía los sentimientos a flor de piel y sabía que necesitaba a ese hombre que había irrumpido en mi vida pero que al que iba a tener era a Frank, al que creía hasta ahora que amaba con toda mi alma ¿qué estaba pasando para que todo cambiara de aquella manera?

Mi cabeza iba a explotar, no quería que él al día siguiente notara nada, no quería amargarle unas fiestas por mi comportamiento, pero sabía que me iba a costar mucho trabajo mirarlo a los ojos como antes y abrazarlo con la soltura habitual.

Lo había engañado, traicionado y faltado a nuestra lealtad, eso era lo que más me dolía, que para ser justa conmigo en este fin de semana, fui injusta con él.

No tenía ilusión por levantarme al día siguiente. Intentaba retrasar el dormir para no comenzar mi vida dejando atrás eso tan fuerte que había entrado en mi corazón y que tanto iba a echar de menos.

Era para volverse loca, como también era vivir con el peso de haber faltado a Frank, ese hombre que siempre me fue fiel, honesto y un montón de cosas que me hicieron ser una mujer feliz. No en el concepto de la palabra que yo ahora entendía la felicidad, pero sí en lo relativo a sus

intenciones, que siempre fueron las de cuidarme, protegerme y estar pendiente de mí.

¿Sería capaz de vivir con aquello? Esa era la pregunta que azotaba una y otra vez mi mente. E iba más allá, si era capaz de hacer como si no pasara nada delante de Frank, ¿estaba dispuesta a vivir sin Brian?

Y luego estaba lo de Fin de Año, que era la mayor de las tentaciones a la que podría verme sometida pero que por la que no podía dejarme llevar. Fuera como fuese, Brian había irrumpido en mi vida de un modo muy fuerte pero no dejaba de ser una ilusión, solo eso.

No sé cuántas horas pudieron pasar hasta que cogí el sueño. Me preguntaba si Brian estaría pensando en mí como yo en él, aunque sabía que sería lo suficientemente respetuoso como para entender que yo ya había vuelto a mi casa y a mi vida.

¿Cómo era posible que una existencia feliz y relajada como la mía se hubiera tornado en una tan tormentosa en tan solo unas horas? Mientras trataba de contar ovejas, pensaba que sería incapaz de volver a afrontar el día a día con la ilusión de siempre. La ausencia de Brian iba a doler y no poco.

Entre sueños, vi a Brian y a Frank, enfrentados, como una representación de mi dilema. Varias veces me desperté sobresaltada y lo único que deseaba era que la luz del día arrojara claridad a la cuestión

Capítulo 4

Desperté escuchando la cafetera y sabiendo que había llegado Frank.

Entré al baño y luego salí a tomar el café y saludarlo.

—Hola, mi amor —se acercó a abrazarme y besarme.

—Hola, cariño ¿Qué tal el viaje de vuelta? —le respondí al abrazo.

—Pues con resaca, menos mal que hasta mañana no trabajo, que lo dejé todo planteado así.

—Te haré una buena sopa y unas croquetas de las que te gustan —sonreí mientras seguía abrazada a él.

—Eres la mejor mujer del mundo —me besó y se apartó para ponerme el café —Por cierto, a ver si vamos comprando los regalos de Navidad para entregar a las familias.

—Claro, ya debemos ir pensando en algo —respondí sin ganas ningunas, pero tratando de que no se me notara.

Me sentí no mal, sino lo siguiente. Era la primera vez que, según me abrazaba a él, creí tener la palabra “traición” grabada en la frente.

Desayunamos y me fui un rato a preparar unos asuntos de trabajo. Después quería bajar a comprar para preparar esa sopa y las croquetas.

Abrí los correos y tenía uno de Brian. Contuve el aire, era solo de trabajo del anual que le estaba preparando, pero abajo ponía como firma su nombre y el número 31, cosa que entendí del tirón: era ese día que me esperaba para pasar el Fin de Año.

Me puse las manos en la cara y negué. Lo echaba tanto de menos que me dolía en el alma. Aquel email me dejó sin fuerzas.

En cuanto a él, no había ninguna duda de que como mínimo también había pensado en mí. Y de ahí su gesto, que no pudo contener.

Contesté a su email con mi firma debajo y un NP. Estaba claro que iba a entender que no podía. No quería dejarlo en la creencia de algo que no iba a pasar, aunque me doliera en lo más profundo de mi ser, no podía hacerle eso a Frank y menos ese día.

No tardó en responderme sin nada, solo su firma y el 31 acompañado de un TES, lo entendí a la perfección: “Te esperaré siempre”.

Se me retorció el estómago, solo quería llorar.

¿Era posible sentir por dos personas al mismo tiempo? A mí hasta aquel momento esa posibilidad me había sonado a cuento chino, pero igual estaba bastante equivocada, por no decir totalmente.

Me levanté y me preparé un café en mi despacho, me senté en el borde de esos ventanales a mirar a la ciudad. No podía quitar de mi mente a Brian, lo necesitaba a mi lado, con sus miradas, con sus caricias, con su forma de tratarme.

Después de terminar el café terminé de enviar los emails y bajé a cambiarme para ir al super a comprar, Frank estaba durmiendo.

Salí a la calle y me encontré a mi amiga Judith. Era peluquera y tenía justo en los locales de abajo de mi edificio su peluquería, así que como había salido a por un café me topé con ella.

—No me has cogido cita para Nochebuena —me echó la mano por encima.

—Es verdad, pero tú hazme el hueco que quieras para la mañana del veinticuatro.

—A ti te pasa algo —levantó la ceja y me frenó en seco.

—No puedo ni hablar, quizás otro día te cuente.

—Solo dime si todo está bien con Frank —se preocupó. Ella era una amiga de años y nos contábamos todo.

—Él cree que sí, pero no...

—Uy, eso me suena a que no estás bien con él.

—Me pasó algo —bajé la cara.

—Ven para acá, vamos a tomar un café —me agarró del brazo y me metió en la cafetería.

Judith era la única persona en la que confiaba para contarle todo, así que me desahogué aguantando el llanto y alucinó. Se puso las manos en la cara incrédula.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues no lo sé, pero no puedo tirar por la borda todo.

—¿Y vas a sacrificar tus sentimientos por vivir algo que no te hace tan feliz como lo otro?

—No lo sé, pero Frank no se lo merece, no se merece eso por nada del mundo, no quiero ser yo quien le cause un gran dolor.

—Aunque si también te sale mal lo otro, es jodido renunciar a todo aquello por lo que has luchado.

—No es por eso, es por saber ya que no siento por él lo que debería sentir. Además, mi vida depende de mí, el dúplex es mío y mi trabajo es estable. Gracias al universo, no le debo nada a nadie.

—Es verdad y él tiene un apartamento encima de su despacho...

—Sí, pero es jodido dejarlo, no sé, es algo que me atormentaría y no me perdonaría.

—¿Y sí te perdonarías renunciar a lo que siente tú corazón por hacer feliz a alguien?

—Yo que sé, me estoy volviendo loca —las lágrimas comenzaron a caer.

—Julie, por favor, no te quiero ver así —me agarró la mano —No sé para qué te pido un café, debí pedirte una tila.

—Y encima es el tercero —reí mientras las lágrimas caían a borbotones.

—Pues tú sigue así que te vas a subir por una pared y vas a bajar por la otra —dijo.

Nos despedimos después del café y salí para el super. La verdad es que tenía razón, iba a renunciar a mi felicidad por no hacer daño a Frank, pero no podía hacérselo, había sido demasiado bueno para mí, había estado en muchos momentos de mi vida importantes y me había cuidado mucho.

Intenté quitarme cosas de la cabeza y me dispuse a dar un paseo para sentir el aire de la mañana en la cara. Era una sensación que me encantaba y sobre todo cuando tenía una decisión que tomar.

Me crucé con varios vecinos y estuvimos parándonos para felicitarnos las Navidades. A mí eran unas fechas que siempre me habían entusiasmado al máximo. Era la primera vez que perdía la ilusión por ellas.

Entré en un establecimiento de comida que nos encantaba y en el que ya sabían de nuestros gustos porque llevábamos años comprando allí. Como quien no quiere la cosa, me di cuenta de que iba a analizando todo aquello que había formado parte de nuestra vida hasta ese momento.

Compré la comida y volví a casa y la preparé. La cocina me apasionaba y, aunque normalmente no tenía demasiado tiempo para dedicarme a ella, en fechas así de especiales le ponía un especial entusiasmo.

Puse algo de música no demasiado alta porque Frank estaba durmiendo, pero necesitaba evadirme. De siempre canturrear me había servido de válvula de escape, aunque no contaba con el

hecho de que muchas de las letras me recordarían a Brian y al final tuve que apagarla.

Mi cocina era amplia, diáfana y le llegaba gran cantidad de luz exterior. Era una de mis estancias preferidas de la casa porque me transmitía paz.

Después se levantó Frank, sonriente. Yo intentaba transmitir lo mismo, aunque por dentro me estaba muriendo en vida. De nuevo aquella sensación de que pudiera darse cuenta. La aparté. No era real.

—¡Huele que alimenta, cariño! —soltó entusiasmado —Hemos estado genial pero no hay nada como volver a casa.

Hice un gesto de aprobación que me supo agridulce.

—Sabía que te gustaría. Sabes que normalmente dispongo de menos tiempo, pero estos días son especiales. Además, a diario tú no puedes venir a comer a casa.

—Y bien que lo siento. Me encanta pasar tiempo contigo.

Otro comentario más que me dolió como una patada en el estómago.

—Gracias. Entonces lo habéis pasado sensacional los chicos y tú, ¿no? —traté de desviar el tema.

—Genial, ya sabes que son formidables y que nos encanta reunirnos de vez en cuando, pero desfazamos un poco y me temo que ya no estoy acostumbrado —rio.

—Bueno, pero tienes derecho a hacer un poco el loco de vez en cuando y sobre todo a desconectar, que te lo mereces —sonreí.

—Mejor lo de desconectar. Sinceramente, lo de hacer el loco creo que me coge ya algo de lejos. No nos veo haciendo locuras a estas alturas —soltó de un modo totalmente convencido.

—Claro, claro —me recorrió un escalofrío interior, pensando que si él supiera...

—Y tú, mi niña, ¿qué has hecho?

—Bueno, nada especial. Andar por casa, salir un poco, pasear, leer... Lo típico de un fin de semana relajado.

—Pues también te hace falta correrte alguna juegucita vida, que igualmente lo mereces.

El comentario me dejó un poco loca...

Pasó el día en la casa. Yo me metí en mi despacho gran parte de la tarde, así maté mis penas, en la más absoluta soledad.

De vez en cuando me preguntaba si necesitaba algo y aquello escocía toda vez más, porque me traía recuerdos de las muchas atenciones de Brian y no podía evitar comparar mentalmente entre ambos.

Pensé mil veces en todo, me quise engañar a mí misma y hacerme a la idea de que aquello era algo de dos días, que se me pasaría, pero no, al final llegaba a la misma conclusión, aquello era mucho más que un fin de semana.

Empecé a enviar mails con felicitaciones navideñas. Por suerte, eran tantos mis clientes que hacerlo me llevaría varias horas, ya que me negaba en rotundo a enviar un email genérico. Me gustaba personalizarlos, dándoles a entender que para mí todos y cada uno de ellos eran importantes y no un número.

Al final de la tarde, Frank asomó la cabeza por el quicio de la puerta.

—Me niego a que no hagamos nada esta noche. Te he tenido desatendida el finde. Dime qué te apetece hacer.

—Pues, a decir verdad, no tengo una preferencia concreta. Nos podemos quedar en casa —le respondí por aquello de que no tenía ganas ni de mirarme.

—De eso nada. Elige un sitio. Te invito a cenar.

Cuanto más me hablaba, más me bloqueaba. Llegó un momento en el que se me debió notar bastante.

—Julie, cariño, ¿estás bien?

—Sí, solo es que llevo bastante rato trabajando y estoy un poco cansada.

—Eso tiene fácil arreglo. Cierra el dichoso ordenador, ponte guapa y dime dónde vamos.

Al final fuimos a comer a un restaurante asiático. Frank se puso a hablar de las fiestas y de lo que podríamos hacer en Fin de Año. Eso era lo que más me dolía escuchar, que estuviera haciendo los planes para ese día que alguien que yo deseaba con toda mi alma me andaría esperando.

—No te veo demasiado entusiasmada este año con las fiestas, aunque quizás sea cosa mía —dejó caer Frank.

—Será que ha sido un año intenso y me han pillado un poquito a contrapié —mentí piadosamente.

—Pues será eso, pero ya quiero que cambies el rictus y salga esa Julie alegre que tanto me gusta.

Le di un guiño y fingí una sonrisa porque realmente no sabía cómo actuar. Ya me daba a mí en

a la nariz que no era buena idea que saliéramos aquella noche. Todo aquello era un caos... Y la cosa no tenía visos de mejorar.

Me acosté y Frank me buscó para hacerlo, pero me inventé que tenía un dolor de cabeza impresionante. Se lo creyó, sabía que yo no era de poner excusas...

De aquello me valí en aquel día que sí las puse. No podía hacerlo con él en ese momento y mucho menos saber que no lo deseaba en ese instante, que mi cabeza era una olla a presión a punto de estallar y que yo lo único que deseaba era eliminar esa ansiedad que se estaba produciendo en mí.

Capítulo 5

Esa mañana cuando desperté ya no estaba Frank en casa. Se había ido a trabajar, cosa que agradecí en el alma ya que yo tenía un careto impresionante.

No había pegado un ojo y solo me faltaba tener que estar dando explicaciones. Además, el no haber descansado hacía que no pudiera ni con mi alma.

Resoplé al saber que otro día más que me levantaba con ese mal rollo y con aquella sensación de dolor en mí.

Me fui directa del baño a mi oficina. Allí me preparé el café y me puse a mirar por la ventana. Necesitaba ver la luz, aunque ese día estaba completamente lluvioso y cerrado.

Me conformé internamente pensando en que el tiempo hacía juego con mis pensamientos. Tenía un bajón monumental, una tristeza que no me dejaba ser yo, no podía ni centrarme en nada y eso era lo peor que llevaba.

A la semana siguiente sería Navidad y, con ella, llegarían esos momentos felices y de reunión familiar, aunque este año no sería así. Tenía claro que para mí iban a ser las fiestas más tristes de mi vida y si no tenía duda era porque aquello me estaba doliendo mucho más de lo que debía.

Abrí los correos y tenía uno de Brian. Como siempre era de trabajo y abajo su firma con un 31 y las siglas TEDM, obvio, yo también lo echaba de menos.

Le respondí al email y abajo le puse un MVATDUP, reí pues sabía que no lo iba a pillar ni de bromas, pero cual fue mi sorpresa que su email contenía junto al 31 STTTMTC.

Pues sí, había entendido mi “Me voy a tirar de un puente” ya que me había respondido eso “Si tú te tiras, me tiro contigo”.

¿No era para volverse loca? Yo lo deseaba con todas mis fuerzas. Echaba de menos el contacto con él, todos los recuerdos me azotaban de una forma incesante, aquello no me podía estar pasando a mí, yo no buscaba algo así.

Ese día como los siguientes iban a ser tranquilos ya que el trabajo lo estaba dejando listo y hasta la segunda semana de enero no volvía a reactivarse todo de forma rutinaria, así que tenía que empezar a salir a comprar cosas, a olvidarme de eso que sucedió y que ponía mi vida a la pata coja.

Terminé de mandar todo y me fui para la planta baja, me vestí y me dispuse a salir a la calle.

Pasé por delante de la peluquería de Judith y la saludé tras los cristales. Estaba a full ese día, pero al verme sonriente me hizo un guiño. No quería preocuparla, demasiado con haberme escuchado el día anterior. La había dejado en shock para un año.

Entré a una perfumería y compré el perfume favorito de mi madre, el mío, de mi padre, de Frank, de sus padres, de sus hermanos y cuñadas. Me lo prepararían todo y me lo enviarían a casa al día siguiente. Me conocían y ni iba a cargar, ni iba a esperar a que me lo prepararan todo como ellos sabían.

Luego fui a una joyería, a mi madre siempre le compraba una joya todos los años y este no iba a ser menos.

Además de que ella se merecía todo lo mejor del mundo, no escatimaba en detalles hacia mí, no había un mes que no me comprara algo que veía y que pensaba que me gustaría.

Después de mirar y mirar me decanté por una pulsera de oro de nudos marineros. A ella le encantaban esas cosas, así que sabía que le iba a hacer muy feliz. Siempre me decía que todo eso

sería mi herencia en el futuro, todas sus joyas, así que cada vez que le regalaba una, bromeaba diciendo que me la guardaba para el día de mañana.

Bromeaba, pero ni me querría imaginar una vida sin mi madre. Era esa persona que siempre me comprendía y me hacía reflexionar, si le contara lo de Brian me ayudaría mucho, pero yo no estaba preparada para contarle nada y hacerle pasar por ese mal rato, sabría que lo pasaría muy mal, además en mi casa adoraban y respetaban a Frank.

Igual hubiera sido un palo totalmente innecesario porque, si todo seguía igual en mi vida, nadie tendría por qué enterarse de absolutamente nada.

La joya ya la llevaba en el bolso. Ahora me tocaba ir a comprarle a mi padre un bolígrafo en una tienda exclusiva, era un apasionado de ellos y los coleccionaba. Toda su vida llevaba encima un bolígrafo bueno, era directivo de un importante banco y se había jubilado ese año, así que estaba viviendo ahora unas eternas vacaciones como él decía.

De mi padre había aprendido el amor por el trabajo, la meticulosidad y el orden, así como el absoluto respeto y el trato confidencial y personal a cada uno de sus clientes.

“Un cliente es un tesoro y así tienes que tratarlo, Julie”. Esa frase me la había repetido cientos de veces y yo la tomé al pie de la letra desde el mismo momento en que abrí mi propio negocio.

Frank a sus padres también les compraba algo especial, como yo hacía con los míos, pero entre los dos repartíamos perfumes, hasta a nosotros mismos, era como una tradición.

Entré a una tienda de bebidas exclusiva donde vendían unas cestas navideñas montadas de licores, vinos, whisky y algunas bebidas más. Compré una de las más bonitas que iban en una especie de baúl y pedí que se lo llevaran a la peluquería de Judith. Le puse una tarjeta de felicitación, todos los años le mandaba una.

Luego pasé por una firma de ropa que le gustaba mucho a Frank y le compré una camisa, una chaqueta y un jersey, me lo prepararon todo muy bonito, pedí que me lo mandaran también a casa al día siguiente.

—Tiene usted muy buen gusto —me comentó el encargado mientras me lo envolvía con cuidado —Fíjese que yo había pensado en esa misma combinación para ponerla en el escaparate.

—¿Usted cree? —pregunté, pensando en alto.

—Sin duda ninguna —me sonrió.

Era como si yo necesitara la confirmación de que hacía las cosas bien. La situación me estaba generando mucha confusión y buscaba un atisbo de luz en cualquier comentario.

A la cabeza me venía la idea de comprarle algo a Brian, pero no procedía, no estaba bonito ni mucho menos era lo correcto enviarle algo. Eso encendería más los ánimos y yo tenía que ir apartándome como fuera.

Estaba inmersa en aquellos pensamientos cuando, mientras miraba los preciosos escaparates por la calle, me pareció ver el reflejo de Brian tras de mí. El corazón me dio un vuelco impresionante.

¿Qué decirle? Me di la vuelta con la idea de improvisar cuando me topé con la cara del chico en cuestión. Sus rasgos eran parecidos a los de Brian, pero sus ojos eran marrones almendrados. En cierto modo, suspiré aliviada.

El chico debió darse cuenta del asunto porque sonrió y le devolví la sonrisa. Se me estaba yendo la pinza y hasta creía verlo por todas partes.

Seguí avanzando y mirando tiendas. Me hizo gracia comprobar la cantidad de bolsas que llevaba y no fue la única que reparé en ello.

—¡Si no lo veo no lo creo! —escuché.

—Tom, ¿eres tú? Mi alma se alegró.

—Soy yo, ¿tan feo estoy que no me reconoces?

—Estás estupendo, como siempre —le besé y abracé con ganas.

Tom había sido mi primer amor. Estuvimos juntos de los dieciocho a los veintidós años y nos adorábamos. Manteníamos una buena amistad y tenía pendiente llamarle para felicitarle las Navidades.

—Te prometo que te iba a llamar en estos días —volví a darle un fuerte abrazo.

—Ya. Yo también lo tenía pendiente, pero debe ser la vorágine de New York, que nos tiene demasiado atareados.

—Sí, pero tú sabes que esa es una costumbre que no hemos perdido ningún año y este no iba a ser distinto.

—Por supuesto que no. ¿Tomamos un café? —ofreció.

—Ni que decir tiene. Nos cogimos del brazo.

Me encantaba quedar de vez en cuando con él, pero cada vez teníamos menos tiempo. Era divertido y trataba las cosas con tal naturalidad que siempre me daba unos puntos de vista sensacionales de las cosas.

Mientras avanzábamos hacia la cafetería, estuve pensando que sería sensacional poder contarle para tener otra opinión, pero no era el caso.

Tom y Frank se conocían. En alguna ocasión quedábamos todos juntos y no me parecía ético hacerle partícipe de una situación que luego pudiera llegar a resultarle incómoda.

—Bueno, bueno, cuéntame a quién tengo que darle el visto bueno —comenté...

—¿A qué te refieres? —rio.

—A ese pedazo de cara de felicidad que tienes. Me he perdido algo en estos últimos tiempos, fijo...

—O sea que, por mí mismo, no puedo estar feliz —se echó a reír de nuevo.

—Nada de nada —saqué la lengua —Tú eres un soso de cuidado —le solté para buscarle la lengua. Nada más lejos de la realidad.

—Se llama Alexa y es una tía cojonuda...

—Bueno, bueno... ¡te han echado el lazo! No era una leyenda urbana, sino que todo llega...

—Creo que esta vez tengo que decir que rematadamente sí. Estoy atontado con ella... Si te soy sincero, me da la sensación de que una de las cosas que más me gustó de ella al principio fue su parecido contigo.

—Te agradezco que me lo digas. Solo falta que tengáis mayor compatibilidad que la que tuvimos nosotros —volví a reír.

—Lo nuestro no fue falta de compatibilidad y lo sabes —apreció —Fue la edad.

—Tienes razón —contesté —y pensé enseguida que podía aprovechar para saber algo más sobre mí misma y las relaciones.

—¿En qué crees que fallamos? —pregunté.

—A ver, yo era demasiado inmaduro, te lo he reconocido muchas veces. Tú eres una tía fantástica y encima estás cañón... ¡No había un amigo que no me quisiera estrangular!

—Más exagerado y no naces —solté.

—Eras maravillosa y yo tenía la cabeza a pájaros. No supe valorar mi suerte —concluyó.

—Vale, te lo agradezco, pero ahora te pido un ejercicio de crítica, ¿qué hubieras cambiado de mí?

—¿Quieres que haga de psicoanalista? Mira que creo que no es lo mío —rio.

—Quiero simplemente que respondas a mi pregunta, ¿qué hubieras cambiado?

—Hubiera preferido que hubieras sido algo más lanzada y demostrado un poco de iniciativa.

—Explícate...

—Necesitabas tenerlo todo controlado. Te faltaba dejarte llevar un poco, entender que en la vida no es solo aquello que estaba previsto lo que puede ser bueno...

—Entiendo...

Nunca había hablado de aquello con Tom y me encantó escuchar lo que tenía que decir al respecto, sobre todo porque me confirmó lo que yo ya sabía: la tónica de mi vida había sido siempre la de apostar sobre seguro.

Nos despedimos súper contentos por habernos visto y creo que disimulé bastante bien cuando me preguntó por Frank y por mí. Quedamos en que pronto nos veríamos para que nos presentara a su novia.

Seguí paseando largo rato y disfrutando de aquel ambiente que tanto me gustaba. El encuentro con Tom me había venido sensacional además de que me había reído cantidad con multitud de anécdotas de todos los estilos que me contó.

Pasé todo el día fuera. Volví por la tarde con un poco de comida asiática. Era nuestra predilecta y yo deseaba agradecer.

No podía evitarlo, pero sentía como si le debiera algo, aunque él estuviera totalmente ajeno a mi aventura. Me acordé entonces de esos maridos que llevan flores o joyas a sus mujeres después de serles infieles y en cierto modo sentí que aquella comida tenía algo de ese deseo de compensar.

Frank llegó muy cariñoso y cenamos.

—¿Qué tal el día? —pregunté.

—De lo más movidito, pese a las fechas en las que estamos —contestó.

—¿Y eso?

—Quizás entre un caso grande, pero cuando te hablo de grande, lo es mucho.

Para él hablar en esos términos, ya tenía que ser algo impresionante, pues había llevado casos importantes y mediáticos en New York sin pestañear.

—¿Me lo cuentas?

—Prefiero esperar a ver si sale. No quiero hacerme ilusiones. En cuanto lo tenga encima de la mesa serás la primera en saberlo con pelos y señales. Es más, incluso tendríamos que buscar una forma especial de celebrarlo —me tomó la mano.

Volví a temblar de pies a cabeza. No podía estar así.

—Te va a salir, ya verás que el caso es tuyo —fue lo único que acerté a contestar. Y además es que así lo pensaba, me cabía muy poca duda. Nunca había dejado de admirarlo.

—Y tú, ¿qué has hecho?

—Mi día ha sido muy tranquilo. He estado paseando e incluso me he encontrado a Tom y nos hemos tomado un café. Te manda recuerdos...

—El bueno de Tom, tengo mucho que agradecerle —rio —hizo muy bien en soltarte.

—Ya, ya, ni que yo fuera un pajarillo —contesté.

—Tú me has entendido —arqueó la ceja.

—Sí, no te preocupes. El caso es que ahora tiene novia...

—Bueno, bueno, ¡eso tenemos que celebrarlo!

—Sí, hemos quedado en que pronto nos la presentará.

Después nos fuimos al sofá, ese día no me podía inventar otro dolor, no era justo, era mi pareja, así que quise pensar en frío y me dejé llevar.

No se me iba la cara de Brian de la cabeza, lo hacía con él y cerraba los ojos para creer que era a él al que me agarraba, el que estaba en mi interior, era un cúmulo de sensaciones tal, que iba a terminar loca.

Por primera vez fingí un orgasmo, pero es que no podía concentrarme, me sentía fuera de lugar, era muy pronto aún para asimilar todo lo que me había sucedido y me sentía una extraña en manos de mi propia pareja, como si perteneciera a otra persona, como si mi lugar ya no estuviera al lado de Frank.

Intenté dormir rápidamente para no pensar, hasta eso me producía mucho daño, quería descansar y aliviar ese dolor tan grande que sentía.

Capítulo 6

Un nuevo día, un nuevo dolor...

Habían pasado diez días desde que me había despedido de Brian, pero aún seguía con esos sentimientos a flor de piel con él.

Nos habíamos enviado algunos emails de trabajo, siempre firmaba con el 31 y un TES, así que seguía con esa intención de esperarme siempre, sobre todo ese Fin de Año.

Yo no podía hacerlo, Frank no se lo merecía y yo no podría vivir con ese peso en la conciencia. Bastante mal me sentía ya.

Ese día era vísperas de Navidad, así que aquella noche cenaríamos con mis padres y al día siguiente comeríamos con los suyos.

Aquella mañana Frank había salido temprano a comprar unas cosas de última hora y yo me quedé un rato más en la cama. Después me levanté a desayunar y vi que me había llegado un email de Brian.

“Felices fiestas. TES. Brian. 31”

Eso era lo que ponía. No había día que no me recordara que esa noche me esperaría en el Gran Hotel, ni se me olvidaba que sería la suite 313. En el fondo soñaba con el hecho de que iría y pasaríamos una de las noches más mágicas de nuestras vidas.

Total, soñar no me costaba, pero aun así me sentía mal. Eran más las sensaciones que los actos los que me hacían parecer infiel ante mí misma.

Bajé a la peluquería que tenía cita y Judith me recogió una cola alta con el frontal estirado y la raya a un lado. Luego me hizo un semi recogido con un medio moño.

—Estás guapísima —me dijo cuando hubo terminado.

—Gracias, amiga —solté con tristeza.

—No pongas esa cara. Todo va salir bien... —murmuró por los bajinis.

—No lo tengo yo tan claro —le di un abrazo.

Frank me avisó por mensaje que no vendría hasta la tarde, cosa que interiormente agradecí, me apetecía estar sola.

Ya tenía los regalos preparados para llevar a casa de mis padres, la ropa lista, estaba duchada y solo quería relajarme en el sofá de mi despacho, mirando a la ciudad y recordando ese fin de semana que tanto echaba de menos.

Decidí enviar un mensaje a Brian, no un email, me parecía muy frío y quería romper ese hielo.

“Te deseo que todos tus deseos se cumplan en estos días tan señalados. Felices Fiestas”

A la mierda, le había dicho que se cumplieran sus deseos, me había fallado el subconsciente y ahora que analizaba la frase ¡quería que la tierra me tragara!

No tardó en contestarme.

“Si dependiera de mí...”

¡Vaya malas pasadas que jugaba el destino!

Joder, sabía que no había estado acertada, pero ya estaba hecho. Ni iba a contestar, pues ni le podía poner todo lo que sentía, ni podía mentirle tampoco.

Era muy difícil estar en mi lugar, al igual que yo sabía que no estaba bien lo que había hecho y que Frank no se merecía esa traición, pero me había salido del corazón y contra eso no se podía luchar.

No paraba de repetirme qué había pasado para yo terminar de esa manera con la vida tan bonita que tenía, creía que era feliz y afortunada, que lo tenía todo y, de buenas a primeras, conozco a Brian y me doy cuenta que no tenía ni idea de lo que era sentir a flor de piel, de desear algo con toda tu alma, de amar en todo el sentido de la palabra que explica un sentimiento y que no se puede describir en ninguna frase.

Frank llegó.

—¿Se puede estar más guapa? —me abrazó cuando vio el peinado.

—Gracias...

—No podría haber soñado nunca estar con una mujer como tú. Me voy a duchar que, si no, no respondo —dijo, de lo más cariñoso, como dando a entender que me comía allí mismo.

Se metió en el baño mientras yo me iba preparando. Había elegido para ese día un vestido de mangas largas por las rodillas, de cuello de barco y ceñido hasta la cintura, luego caía suelto.

Salimos de allí en el ascensor hasta el parking, allí ya estaban los regalos en el maletero y nos fuimos para casa de mis padres.

Aquello parecía un auténtico arsenal. Pensé en lo feliz que me había sentido otros años en aquellos instantes y en lo desdichada que era ahora y me entraron ganas de llorar.

El trayecto hasta la casa de mis padres lo pasé escuchando a Frank, que no paraba de hablar de lo entusiasmado que estaba con sus nuevos proyectos, de lo mucho que le gustaban estas fechas y de otras muchas cosas.

—Te noto algo callada —soltó en un momento dado.

—No, no creas. ¿Por? —me hice la sorprendida.

—No sé, porque da la sensación de que tienes la cabeza en otra parte...

—Perdona, no sé, quizás algo cansada, pero cuenta, por favor —disimulé a tope.

No podía negar que me costaba trabajo seguirle, pero lo intenté y le di conversación.

Mis padres habían preparado como siempre la mesa preciosa y llena de una variedad de comida que era imposible de comer, pero ellos eran felices así.

Pasar las Navidades con mi familia siempre había sido delicioso. Muchos de los mejores recuerdos de mi infancia venían de aquellas fechas entrañables con los míos.

Mis padres nunca habían escatimado en gastos y además la decoración de la casa era espectacular. El salón estaba presidido por un enorme árbol de Navidad del que pendían cientos de detalles. Algunos de ellos los había hecho yo de pequeña, que era muy manitas y los guardaban como oro en paño.

Desde que Frank pasó las primeras Navidades con nosotros, fue recibido como un hijo más y a él también le encantaba pasar la Nochebuena con los míos.

De hecho, si lo pensaba bien, nos habíamos acoplado a la perfección desde el principio y nunca ninguna de esas decisiones nos habían costado ni la más mínima discusión.

Con respecto a mí, le temía más que a un vendaval a que mi madre se diera cuenta de que me pasaba algo. De siempre me había pasado que, con solo mirarme, me hacía un escáner con los ojos. Y yo le temía mucho a que quisiera preguntarme al respecto.

Ella me miró dos o tres veces como si me quisiera decir algo, como si notara que algo me pasaba. No me equivocaba en que su sexto sentido no tardaría en aparecer.

—Te pasa algo, lo sé —nos habíamos quedado a solas en la cocina.

—Hoy no me encuentro bien, estoy como cansada —mentí.

—No es eso, pero ya hablaremos tranquila estos días, sabes que puedes confiar en mí. No estás bien con él —se refirió a Frank.

No le contesté. En el fondo ni quería, ni podía hacerlo, no le iba a mentir más, así que cerré la boca y eso le dejó más claro que algo no iba bien.

Por un lado, no quería contarle nada, por otro la necesitaba, sus palabras y sus consejos eran los más verdaderos del mundo, los que más me podían aportar en esos momentos, pero no quería, por otro lado, no quería.

Total, también pensé que, en el caso de que en algún momento no pudiera más y tuviera que acercarme a ella a contarle, mi madre seguiría estando allí, pero sobresaltarla antes de tiempo, no merecía la pena.

La cena fue muy amena. El buen rollo que mis padres tenían con Frank se reflejaba en todos los detalles.

Mi padre siempre había querido ser abogado, aunque al final terminó en el mundo de la banca. No obstante, le encantaba todo lo que tuviera que ver con un juicio y aprovechaba aquellas ocasiones para que Frank le contara cosas al respecto.

Por su parte, él aprovechaba para comentarle los casos más jugosos y mi madre, muy graciosa, parodiaba un poco las situaciones, poniéndose en la piel de cualquiera de los interesados y provocando la sonora risa del resto.

—Frank, hijo, yo no querría tenerte como contrario. Debes imponer mucho en la sala —le comentó mi padre. Ambos se admiraban en lo personal y en lo profesional.

—No es para tanto. Procuero hacer bien mi trabajo, solo eso —contestó.

—Pero tienes don de mando, te veo a ti sosteniendo todo el peso de la celebración del juicio, llevándote al contrario a tu terreno.

—¿Don de mando? —bromeó —pues será únicamente en lo profesional porque en casa no mando nada. Desde el principio tuve muy claro que con las mujeres no se puede...

Él de siempre había hecho la broma de que, con tal de tenerme contenta, no se metía en nada y, en las cuestiones domésticas, era yo la que hacía y deshacía a mi antojo.

—Eso es signo de inteligencia —señaló mi padre —Yo lo he hecho igual y llevo muchos años con tu suegra. Pensando así, mi hija y tú vais a durar más que un martillo metido en manteca —rio.

Y lo que para mi padre era solo una broma inocente, para mí fue una puñalada en el costado.

Durante la cena seguía notando esa mirada inquisitiva de mi madre que parecía traspasar mi mente y que yo evitaba con una sonrisa de “todo va bien”.

Tras la cena y charlas pasamos a los regalos. Le di a mis padres los suyos, a Frank también y a mí me dieron los míos.

El intercambio solía ser todo un ritual y teníamos la suerte de que normalmente acertábamos todos. Me encantaba regalar y también recibir regalos. Era muy niña para eso.

Mis padres me habían comprado algo que no esperaba y que me hizo especial ilusión. Se trataba de un conjunto de pendientes, gargantilla, pulsera y anillo de oro blanco, una preciosidad para ocasiones especiales y sobre todo un recuerdo para toda la vida.

Frank me había regalado un bolso y unos zapatos de una firma que me encantaba, la verdad es que había tenido un gusto exquisito.

Todos los años la misma rutina y yo era feliz siempre ese día, con ese momento regalos que tanto me gustaba, pero ese año estaba triste, era la realidad, lo que más ilusión me hacía no se podía envolver ni comprar...

Estuvimos allí hasta cerca de las dos de la madrugada, luego regresamos a casa, ya Frank llevaba desde la cena sin beber e iba bien.

Llegamos a casa y antes de dormir me dijo que en esos días tenía una sorpresa para mí, que ese

sería su mayor regalo del año.

Eso me dejó comiéndome el coco en la cama un buen rato, yo que quería dormir y ahora me encontraba con eso, algo que me asustaba y mucho, ya que yo no quería más sobresaltos. Quería salir de ese shock del que estaba presa desde que me despedí de Brian.

Me estaba viendo venir un viaje o algo parecido de última hora y yo no quería, aunque sabía que no podría ir el día de Fin de Año con Brian, pero no deseaba salir de la ciudad y menos con Frank, era doloroso, pero era la lo que sentía.

Capítulo 7

Mañana de Navidad. Eso sí que era una verdadera putada, ir a comer a casa de los padres de Frank. Los adoraba, pero no tenía la complicidad de mi madre, esa que era la que más necesitaba en aquellos momentos.

—¿Crees que he acertado con los regalos de mis padres? —preguntó.

—Tú aciertas siempre. Ni te preocupes —respondí, mientras comenzaba a vestirme.

—A ver con qué modelito me sorprendes hoy. Cada día estás más guapa —me besó.

Elegí una combinación entre un pantalón de espiga y un top negro, que hicieron sus delicias, por lo que me dijo. Los combiné con unos altos botines negros y con uno de mis bolsos preferidos. Sobre el conjunto, un abrigo militar también negro. Me vi genial.

—Ese abrigo le va a encantar a tu suegra —me guiñó el ojo —Ya sabes que es de lo más moderna. Igual hasta te lo pide prestado —bromeó.

—Puede ser. Es uno de mis predilectos, ya lo sabes...

—Lo sé, conozco muy bien tus gustos y a ti. Fíjate que incluso apostaría a que estás melancólica por alguna razón —soltó.

—No, no en absoluto. Ni te preocupes —traté de quitar hierro al asunto. Era inevitable que algo se me notase.

—Bueno pues si en algún momento te apetece hablar, sabes que siempre estoy aquí...

Durante el trayecto a casa de sus padres procuraré mostrarme mucho más comunicativa y hasta llegamos a echar unas risas, con lo cual creo que pude desviar un poco la atención sobre mi actitud.

La familia de Frank era más amplia que la mía. Yo era hija única y, sin embargo, él tenía una hermana y un hermano, cada uno de los cuales tenía a su vez dos hijos.

—Estás preciosa —dijo mi suegra cuando me vio. Yo siempre digo a mis amigas que vas monísima a todas partes...

—Gracias, Karen. Tú también, por ti no pasan los años. Firmaba por tener tu cutis a tu edad... —dije en clara correspondencia. Ella se mantenía perfecta pese a que había superado los setenta.

—Hijos, ya sabéis que el salón es un campo de batalla formado por vuestros sobrinos, pero el abuelo y yo estamos locos de contentos. Los niños dan mucha alegría, no os digo nada y os lo digo todo —dejó caer, sonriente.

Otra más que me caía aquellos días, estaban todos sembraditos. Yo pensaba que era parecido a cuando tienes una herida y van todos los golpes al mismo sitio.

La comida fue divertida gracias a los sobrinos que me mantuvieron entretenida todo el tiempo. Al menos ellos se encargaron de sacarme alguna que otra sonrisa de verdad, no la fingida que llevaba últimamente de forma permanente.

—Para ti tita, estás muy guapa —me decía la chiquitina que estaba sentada a mi lado y me hacía el avioncito con la cuchara. La familia de Frank era también ideal y yo siempre me había sentido súper querida e integrada en ella.

En el intercambio de regalos la verdad es que todos como siempre se portaron muy bien conmigo, al igual que mis padres lo hacían con Frank, nos miraban respectivamente con muy buenos ojos.

De hecho, Frank siempre decía que era la nuera preferida de sus padres, que él lo sabía de

buena tinta y puede que así fuera, pero desde luego que allí no se notaban distinciones. Eran muy elegantes.

Yo tenía muy buen rollo con mis cuñados y sus parejas, de modo que estuvimos en perfecta armonía, pero por primera vez, notaba que las horas allí se me hacían muy lentas.

Estuvimos todo el día en su casa y por la noche regresamos a la nuestra. Estaba agotada, me tiré en el sofá y me puse a ver la tele. Un poco de cotilleo, era lo mejor para olvidarme de mi vida, ver qué pasaba en la vida de los personajes más mediáticos del país y cómo tenían planteadas las fiestas.

—No sé cómo puede gustarte ese gallinero —se encogió de hombros.

—Pues porque es muy divertido. No es que me importen mucho las vidas de los demás, sino la forma en las que las cuentan. Ahí reside el encanto.

—Bueno, bueno, mientras te eches unas risas y te entretengas, por mi perfecto. Él mientras miraba en el iPad algunas cuestiones relacionadas con su trabajo a la par que ponía mis piernas sobre las suyas.

Allí me quedé dormida, Frank me quiso despertar para llevarme a la cama y me quejé, así que me tiró una manta y me dejó allí, cosa que agradecí por dentro, no me apetecía ni moverme, ni ir a la cama por lo que pudiera pasar.

Por la mañana Frank me dio un beso mientras pensaba que dormía y se fue a una reunión importante que tenía programada.

Estaba despierta, pero de un humor de perros. No me apetecía hablar con nadie y quizás con menos que con nadie, con él, aunque no tuviera ninguna culpa.

Me levanté un rato después y me preparé un café, me senté en la cocina y miré el móvil, tenía un mensaje de Brian, casi se me corta la respiración.

“TEDM”

Eso se me clavaba en el alma, me echaba de menos cada día, a cada momento por lo que podía descifrar de todos sus mensajes o emails. Me iba a volver loca, no podía ni respirar, me apretaba el pecho, rompí a llorar desesperada.

Bajé a la peluquería a ver a Judith. Estaba tranquila así que me fui con ella a tomar un café y me dio un zarandeo tremendo.

No me quería ver así, me dijo que tenía que pensar más en mí y menos en los demás, que de la manera que estaba no era sano ni para la relación, ni para nosotros.

—¿Y cómo corto con todo? No es fácil —le respondí angustiada.

—Pues encontrando el modo. Todos lo hacemos cuando llega el momento. Igual tú no te habías encontrado en esa tesitura hasta ahora, pero separarse es el mal menor de nuestro tiempo.

Visto así parecía hasta fácil.

—Cualquier cosa menos prolongar esta agonía. Te estás haciendo daño tú sola. Hasta diría que estás más delgada —me cogió las manos.

Como mínimo debía escucharla con atención. Por un lado, porque creía que me aconsejaba bien y, por otro, porque no le habían dolido prendas de hacer un alto en el camino para consolarme, como siempre.

Fue tal el cúmulo de cosas que me dijo para que luchara, que salí de ese café peor de lo que había entrado, con más preguntas que respuestas y eso me hacía mucho más daño.

—En caliente todo se ve más complicado. Procura despejar tu mente, mantenerla fría y luego decidir —me aconsejó mientras eché a andar.

—Así lo hare, amiga.

Me fui a pasear por la avenida de al lado de mi casa, necesitaba pensar sin estar encerrada, aunque hacía mucho frío, pero me daba igual.

Me encontré con una vecina de mi edad y me distraje unos minutos más.

—Tengo que darte una noticia, Julie. Por fin estoy embarazada —sacó la mejor de sus sonrisas.

—No puedo creerlo, Karen —me emocionó porque llevaba años queriendo ser mamá y no lo lograba.

—Pues sí, todo llega. Y mira que habíamos abandonado los tratamientos de fertilidad y, al final, la cigüeña nos ha visitado sin esperarlo.

—Por favor, felicita a Brad de mi parte. El futuro papá estará pletórico.

—Sí —murmuró en un tono bastante menos efusivo del que yo esperaba.

—¿Pasa algo? Espero no haber metido la pata...

—En absoluto. Es solo que no pasamos por nuestro mejor momento. El niño ha llegado en plena crisis, fijate lo que son las cosas...

—Lo siento. No tenía ni idea...

—Por supuesto, no tiene importancia —esbozó una leve sonrisa.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

—Pues esperar que todo fluya. Yo estoy bien y el hijo es muy deseado pese a la situación. Si el universo quiere que su padre y yo continuemos juntos, lo criaremos en la misma casa y si no, en casas separadas, pero le daremos lo mejor de nosotros.

La felicité por su valentía y me encantó su forma de pensar. ¡Para qué ahogarse en un vaso de agua de antemano!

Seguí paseando y volvía a mi realidad. Me podía la tentación, estaba a nada de coger el teléfono y llamarlo, necesitaba escuchar su voz, sentirlo cerca, me estaba volviendo loca.

Pero eso sería entrar en un juego y complicar más las cosas, además de crearle unas ilusiones que no podían existir, no sería justo hacerle eso y además no quería volver a mover todo aquello que tanto trabajo me estaba costando superar.

Miré el móvil y tenía una llamada de Frank. Ni me había enterado.

Lo llamé y me dijo algo que me dejó más loca aún: tenía que viajar urgentemente a Carolina del Norte por la noche. Uno de sus clientes estaba en apuros y había sido detenido en aquel lugar, así que se iba y volvía en dos días.

Dos días en los que yo podía volver a cometer una locura, que no quería ni pensar y mucho menos hacer. Sabía que eso sería dar un gran paso atrás y bastante me estaba costando avanzar.

Comí en la calle y luego volví a casa, por la tarde llegó él, preparó el equipaje de mano y lo acerqué al aeropuerto.

—Nos vemos pasado mañana por la noche —me abrazó.

—Claro, ten cuidado.

Me metí en el coche alucinando. Iba a quedarse sola un par de días y lo necesitaba.

Llegué a casa y me tumbé en el sofá, estaba por ponerle un mensaje a Brian, pero no podía volver a hacer lo mismo, lo pensé mil veces, le di mil vueltas pero me daba pudor, luego no iba a poder superar de nuevo despedirme de él.

Justo antes de dormir recibí un mensaje de él, parecía que podía presentir todo. Era algo que me impresionaba ya que mentalmente lo estaba llamando en todo momento.

“TNS”

Me necesitaba siempre...

Era una locura, absolutamente una locura ¿Qué le respondía a eso?

No me imaginaba que lo pudiera estar pasando tan mal como yo, no quería ni pensarlo, eso me haría también mucho daño.

Me contuve de contestar, lloré por no hacerlo, pero sabía que de lo contrario terminaría con él de nuevo, en su casa, en su cama y que luego me iba a quedar más tocada aún.

Llegué a la cama hecha un mar de lágrimas, me puse a escribirme con Judith, me llamó gilipollas por no haber contestado, pero ya la hora que era no lo iba a hacer y sobre todo por mucho que me dijera, me daba pudor hacerlo. Había algo que me decía que ya bastaba con una vez, que debía mirar por Frank y no traicionarlo reiteradamente.

Me planteaba si dejar a Frank, si ser sincera con mis sentimientos y dejarme llevar por el corazón, pero otra vez pensaba en todo lo vivido con mi pareja y no me parecía justo darle un final semejante, sustituyéndolo por otro hombre.

Apagué la luz y puse el móvil en la mesita de noche. Ya se acabó el pensar y llorar por ese día, ya tocaba dormir, no podía estar en ese estado que me iba a hacer caer en un estado de ansiedad constante.

Capítulo 8

No me quería levantar de la cama. Solo quería llorar, pero al final me fui a por mi café y a por ese cigarro que solo fumaba cuando de verdad lo necesitaba.

Frank no llegaría hasta el día siguiente por la noche así que estaba pensando en irme a casa de mis padres y quedarme con ellos, pero por otro lado sabía que tendría que abrirme a corazón abierto, ya que mi madre no paraba de enviarme mensajes diciendo que cuando quisiera hablar estaría dispuesta para mí.

Recibí un mensaje de Brian en esos momentos, por poco me caigo del taburete de la cocina.

“¿Me aceptarías un café? TES”

Un café, una comida, una merienda, una cena y lo que hiciera falta, pero me daba verdadero terror contestar y liarla de nuevo, aunque algo me decía que...

“Claro...”

Esa fue mi respuesta, no sabía ni qué decir.

No tardó en responder.

“Estoy en mi casa. Te espero. Tómate el tiempo que necesites”

¿Tenía una bola de cristal o en mi casa había una cámara oculta? No podía haberme pillado en un día más oportuno.

Dios mío, ya la había vuelto a liar, pero no podía estar en ese estado. Necesitaba verlo, abrazarlo, al menos abrazarlo.

Me duché y me preparé.

Quería ir monísima, por supuesto. Eso sí, un sencillito arreglo de día, tampoco nada ostentoso.

Me puse unos skinny jeans que combiné con camisa de botones y zapatos nude. Encima llevaba un chaquetón tres cuartos rosa palo con una boina a juego.

Mi pelo perfectamente planchado y un maquillaje suave de día con los labios rosa nude le hacían un conjunto perfecto. Los labios rojos pasión, que me encantaban, solía dejarlos para la noche y los eventos.

Me miré al espejo y me vi perfecta. Eso me hizo ganar muchísima confianza en mí misma. Me recreé en la imagen y me miré desde diversos prismas, por delante, por detrás... quería que el conjunto fuera de lo más armonioso.

Para ello no tuve ningún problema. En mi casa, los espejos estaban cuidadosamente preparados al efecto. La decoré de forma minimalista porque odio lo sobrecargado, pero eso sí, con diversos espejos colocados estratégicamente.

Y cuando digo la decoré, digo bien. Siempre tuve claro que mi casa era mía y, aunque la fuera a compartir con Frank, llevaba el “sello Julie” en cada uno de sus detalles.

Salí hacia casa de Brian. Sabía que eso me iba a ocasionar más dolor después, pero mi corazón me tiraba a ir a su encuentro.

Ahí estaba él en la puerta cuando le avisé que estaba llegando. Lucía precioso, sonriente, aparqué y me bajé del coche negando. Nos abrazamos.

—Te he echado mucho de menos —me colocó la mano por el hombro y besó mi mejilla mientras entrábamos en la casa.

—Invítame a un vino, mi corazón no aguanta más café —reí, pensando que no aguantaba ni eso, ni nada. Iba a su bola, latía a mil.

—Te invito a una botella, a dos o a las que quieras. Estás preciosa —me pegó a él mientras andábamos y seguía besando mi cara con mucho cariño.

—Las que quieras, hoy estoy libre del todo —sonreí con tristeza.

—¿Está tu pareja trabajando?

—Está en Carolina del Norte por un caso. Regresa mañana por la noche —me senté en el taburete de la barra de su cocina mientras él abría una botella.

—Hasta mañana por la noche... Pues sí que he tenido tino en la invitación...

—Ajá —solté el aire.

—Te noto mal.

—Estoy muy agobiada. Estos días han sido muy duros.

—Cuéntame —se sentó a mi lado y di un trago a la copa.

—Esto es una locura y no te voy a mentir. Siento mucho por ti, demasiado —se me saltaron las lágrimas.

—No, no te quiero ver llorar —se levantó y me abrazó —Pensé que era el único que sentía esto tan fuerte —Me secó las lágrimas con sus dedos.

—Me he dado cuenta de que no soy feliz. Antes creía serlo, pero no me llena como lo hiciste tú en ese fin de semana —me apoyé sobre la mesa con las manos en la cara y rompí a llorar.

—Julie, por favor, me parte el alma, ¿qué te detiene a vivir lo nuestro?

—Frank, no le puedo hacer esto.

—¿Prefieres vivir algo que no sientes de verdad?

—No quiero hacer sufrir a nadie...

—¿Y sufrir tú de por vida? —me recogió el pelo con su mano y se pegó tras de mí para besar mi cuello.

—No le puedo hacer esto.

—Por tu concisión en no poder hacerle “esto”, me da la sensación de que hay algo que no quieres contar —me abrazaba desde la espalda.

—No es eso, o sí —volví a llorar con más intensidad.

—Hay algo, ¿verdad?

Lo había, claro que lo había, pero no era capaz de contárselo a nadie. Era más fuerte que todo aquello, mucho más fuerte.

—Brian, no puedo hablarlo —lo miré entré lágrimas.

Me cogió la cara con sus manos.

—Solo dime una cosa ¿Tienes miedo a algo?

Afirmé con la cabeza y me abracé a él con un llanto desgarrador.

Había algo muy gordo. No quería que nadie lo supiese, pero conllevaba que no podía abandonar a Frank. A él no, eso era lo que me desgarraba el alma. De haber sido a otra persona, la decisión ya estaría tomada y más que tomada.

Esperó a que me relajara. No quiso insistir, cosa que agradecí pues me daba mucho miedo hablar de ese secreto que llevaba guardando desde hacía muchos años, algo que me quería llevar a la tumba y que ni mis padres, ni nadie sabían, excepto Frank. Y así debía seguir siendo.

—Te vas a quedar conmigo que lo sepas, hasta mañana por la tarde, pero no te voy a dejar sola.

—No lo sé, me estoy volviendo loca.

—Vas a hacerlo, por favor. Déjame cuidarte, déjame mimarte, sin condiciones, reservar ni etiquetas. No pongamos nombre a nada. Disfrutemos de unas horas que nos merecemos.

Me agarró la cara con sus manos y me besó. Me besó como él solo sabía hacerlo, arrancándome el alma despacio, arrastrándome a él y haciendo florecer todos los sentimientos que anidaban en mi interior.

Nos fuimos a la terraza con el vino y unos aperitivos de frutos secos. Nos sentamos uno frente al otro. Estar en aquella terraza tenía muy poco que ver con permanecer en New York. Instalarte en ella era como entrar en un microclima aparte. Se respiraba paz.

—Julie, no te voy a presionar para que me cuentes, pero solo necesito que me respondas a unas preguntas para poder llegar a comprender al menos algo. No pretendo saber todo, pero al menos entender.

—No sé si podré responderte a todo —lo miré con tristeza.

—Con el hecho de que respondas a algunos de mis interrogantes me será suficiente —agarró una de mis manos por encima de la mesa mientras me miraba con esos ojos que transmitían impotencia y dolor.

—No quiero liarla, no quiero hacerlo —otra vez las lágrimas comenzaron a caer sobre mis mejillas.

—Julie —hizo un silencio —¿Le debes algo a él?

—Sí —lloré —Pero no te puedo contar qué es.

—¿De qué cantidad de dinero hablamos?

—¡No! No se trata de dinero, nada que ver con eso. ¡Ojalá! En ese caso sería todo mucho más sencillo —mis lágrimas eran ya un río...

—Entonces no entiendo ¿Qué le puedes deber que te ate a él y no sea dinero?

—No me hagas contar algo que no quiero, por favor.

—Está bien —acarició mi mano —¿Tienes miedo a algo?

—Sí, mucho —cogí una servilleta con la otra mano y comencé a secar mis lágrimas.

—¿Estás amenazada? —preguntó mirándome a los ojos.

—Advertida, pero no en el día a día. No estoy presionada ni nada por el estilo, es algo que viene desde el principio de nuestra relación.

—No entiendo. Explicame un poco más, por favor. Necesito hacer mi propia composición mental. De otro modo, no puedo entender nada.

—Verás, él me hizo el favor de mi vida ante algo inesperado que me pasó y a cambio me hizo prometer que estaría a su lado.

—Alucino —negó con la cabeza —¿Hay algo tan gordo en esta vida como para que tengas que permanecer para siempre con alguien?

—Lo hay, créeme que lo hay —sollozaba.

—No lo quiero creer, no lo quiero ni pensar —negaba con la cabeza, desesperado —No voy a permitir que estés en una vida que no te pertenece, que no quieres...

—No te puedes meter —advertí con contundencia.

—Pero Julie, ¿no puedes entender que no puedes vivir con algo que no es sano?

—Fue mi decisión —lloraba sin consuelo.

—¿Qué consecuencias tendrías que lo dejaras?

—No me preguntes, por favor, no me preguntes.

—Quiero saber a qué nos enfrentamos, no te voy a dejar sola. Estamos en el mismo barco, yo me siento responsable también.

—¡Qué dices! —exclamé enfadada.

—Escúchame, no te quiero presionar, pero no voy a permitir que te comas algo sola. Te quiero

demasiado como para creer que no podemos conseguir la felicidad por algo que te frena, no me lo quiero creer —decía con desesperación.

—No te puedes meter, no puedes. Debes respetar las decisiones que tomé en su día y yo debo asumir las responsabilidades de estas —seguía llorando con desesperación.

—No me lo puedo creer —se levantó poniendo sus manos cruzadas en la nuca y mirando hacia afuera que comenzaba a nevar.

Me levanté y lo abracé por detrás.

—Brian, estaré bien, yo pensaba que era feliz, estaba bien con mi vida, creía tenerlo todo, pero al conocerte me di cuenta del significado de la palabra amor. Si nuestros caminos no se hubieran cruzado sería una chica normal, sin pensar en el pasado.

—Te has conformado con lo que has podido tener, eso es lo que has hecho y no me digas que estarás bien, no me lo creo —seguía con las manos en la nuca y yo abrazándolo por detrás.

—Brian, no me lo pongas más difícil. No pensé que se removiera todo lo que se me removió desde que te conocí — me separé y me sentí agobiada.

—¿Y qué? ¿Es mejor dejar enterrado algo incierto que tapas, creyendo tener una vida con la que puedes convivir eternamente?

—No era infeliz, no lo era —lloré con tristeza.

—Pero no eras realmente feliz —su tono era de enfado.

—Yo elegí esa vida...

—¿Elegiste o tuviste la obligación de hacerlo? —preguntaba con un tono de rabia increíble.

Ni respondí, ya no podía más. Saqué un cigarro del bolso y salí al otro porche descubierto, estaba nevando.

—Entra por favor. No te quedes fuera. En el interior puedes fumar también, no tienes que salir —me echó la mano por el hombro, me pegó a él y me volvió a meter hacia la terraza cubierta.

—No quiero hablar de nada, Brian, compréndeme. No es algo fácil ni quise jamás que se supiera nada. Ni siquiera tendría que estar aquí ahora...

—Lo respetaré, pero me voy a volver loco —agarró un cigarro de mi paquete, cosa que me sorprendió porque nunca lo vi fumar —Voy a pedir algo de comida ¿Qué te apetece?

—Nada, creo que debo irme —lo miré con tristeza.

—No, no te vas a ir, te vas a quedar conmigo —se puso de cuclillas apoyado en mis piernas — No te voy a agobiar con nada, solo quiero que sepas que cuentas conmigo cuando lo creas oportuno, pero quédate al menos esta noche —su tono sonó a suplica.

—Una noche más, una noche que mañana va a doler como una puñalada porque tendremos más recuerdos aún...

—Vive el momento, Julie. Quédate hoy y deja que pensemos mañana.

Lo miré y abracé. Por un lado, quería salir de ese lugar y asimilar la que era mi vida, por otra quedarme con él y volver a disfrutar de esos dos días, pero sabía que, si lo hacía, todo volvería a ser tan doloroso o más como esos primeros días que creí volverme loca.

—No puedo, no debo...

—Pero quieres y yo quiero. Mañana ya veremos, dame la oportunidad de hacerte feliz hoy.

Recordé las palabras de Tom sobre que me había faltado algo de impulso en la vida y no sabía a qué carta quedar.

Miré hacia fuera, imaginé una vida junto a él. Ese abrazo era sentimiento puro, aquello que necesitaba, pero no, no podía hacerle eso a Frank. Me quité ese pensamiento rápido de la cabeza, por el bien de todos. No era una opción.

—Voy a pedir pizzas y pasta ¿te parece?

—Está bien —dije con tristeza.

Mientras hacía el pedido fui reparando en todos los detalles de su terraza, que estaban en consonancia con el resto de su hogar. Pese a tratarse de una casa nada sobrecargada, como la mía, se veía que hasta el último detalle se había mirado con lupa.

Llamó por teléfono y encargó para que trajeran el pedido. Nos fuimos para el salón, era el lugar que más me gustaba junto a esa terraza ¡Qué feliz sería ahí! Me decía mil veces a mí misma.

El salón era una estancia muy cálida en la que me llamaba poderosamente la atención la cantidad de fotos que tenía. Allí estaba su vida resumida en imágenes. Unas imágenes que, individualmente o en forma de collage, hablaban de un hombre triunfador.

No en vano, el denominador común de todas ellas era su preciosísima sonrisa, que aparecía en una tras otra. Ya estuviera solo o rodeado de sus seres queridos, sus fotografías rezumaban buena onda por doquier y aquella sonrisa penetraba mi mente. Bueno, más bien la taladraba.

Nos abrazamos y besamos con pasión. Lo necesitábamos.

Llegó la comida y aunque tenía el estómago cerrado no quería preocuparlo, así que comí e intenté hacerlo reír a pesar de que mi moral estaba por los suelos o, mejor dicho, en el sótano.

—Sabes... Yo no esperaba lo que pasó entre nosotros —su tono era muy triste —pero desde que nos vimos sentí algo muy fuerte... con los minutos se iba acrecentando. No pensé que después de lo que me pasó con mi ex volviera tan rápido a sentir algo así.

—Ya —musité, pensando en las sensaciones tan maravillosas que me hubiera producido escuchar esas palabras en otras circunstancias. En ese instante, maldije mi estampa.

—Entiendo que no puedas contarme nada, pero quiero que sepas que te amo de verdad, que estaría dispuesto a todo por ayudarte en lo que fuera y que si algo tengo claro es que, a pesar del poco tiempo que pasó desde que nos vimos, te amo de verdad y para siempre.

—Yo tampoco lo esperaba Brian, pero pasó. Me da más dolor por ti que por mí. Yo soy responsable de mis sentimientos, pero también me siento responsable de lo que te hice sentir y que no frené. De verdad que lo siento.

—No tienes que sentir nada, no es tu culpa, pero quiero reiterarte que estoy y estaré siempre, que por mí lucharía a tu lado y te acompañaría en ese camino a la felicidad, derribando todas las barreras que aparecieran en nuestro camino.

—Gracias, Brian —solté el aire, estaba a presión totalmente. Mi cabeza hervía por momentos.

Terminamos de comer y recogimos la mesa. Mientras llevábamos todo para la cocina me hizo mil bromas e incluso puso algo de musiquita.

—Disfrutas mucho de tu casa, de cada gesto, de una canción... —solté mientras lo veía manejarse con total soltura y esbozaba una sonrisa de oreja a oreja.

—Me gusta vivir la vida intensamente, sorbo a boso —su mirada parecía más intensa y penetrante que nunca.

—¿Cómo se digiere el éxito? —quise saber, aludiendo a su meteórica trayectoria en compañía de Pol.

—Pues como una parte más del puzzle que forma la vida. De todos modos, la profesional no es más que una faceta. Para que todo esté completo tienen que encajar cada una de las piezas.

—¿Y mientras?

—Mientras vives, pero sin perder de vista nunca el objetivo...

Preguntara lo que preguntara, él tenía la inteligencia de llevarme al punto que me aclarara que no iba a dejar de luchar por mí.

Quise interesarme por más aspectos de su vida e incluso logré que sacara una enorme caja de fotos impresas antiguas, de él de niño. Fue un momento delicioso. Ya no estamos acostumbrados a tocar fotos en papel y cada una de ellas me llevaba a conocer un momento de su pasado.

—Debías ser un trasto bueno —solté sin pensar demasiado —vaya cara de entusiasmo a bordo de tu bicicleta.

—Sí —rio —el dos es mi número. Aunque normalmente me veas en coche, las dos ruedas me tiran que es una pasada. Cuando quiero desconectar del mundo cojo la moto y me dirijo hacia ninguna parte.

—Eses es un gran destino —pensé en alto —Y, por cierto, ¿eso del dos no será para todo? —reí, esperando su respuesta.

—Si te refieres a si soy un hombre fiel, la respuesta es que sí. Cuando estoy con una mujer no tengo ninguna necesidad de engañarla. No me gusta hacer lo que no deseo que me hagan a mí —en ese momento suspiró cabizbajo.

—Muy bien —asentí, sonriendo —En cuanto a lo que me dices de desconectar lo entiendo. Cada cual tiene sus propios mecanismos de evasión.

—¿Y cuáles son los tuyos? —se interesó.

—Pues creo que tres cuartos de lo mismo, pero sin moto. No he tenido nunca. En mi caso se trata de proyectar algún viaje sin pensar demasiado el rumbo. ¿No has jugado nunca a abrir un mapa y señalar un lugar al azar para conocer?

—No, pero mola, cuéntame.

—Pues yo lo hice hace años y me llevó derechita a Yibuti, en el cuerno de África.

—Muy acertada la respuesta porque te iba a preguntar dónde cuernos está eso —rio.

—¿Y qué se cuece por allí? A ver si sabes vendérmelo, demuéstreme tus dotes empresariales —estaba claro que deseaba darme vidilla en todo momento para que no me comiera el coco.

—Pues mira, te diría que para mí fue un lugar impactante como pocos...

—¿Y eso por...?

—Por sus parajes inigualables: lagos salados, volcanes extintos, chimeneas y piedra caliza que arrojan bocanadas de vapor, cañones majestuosos... Además, dicen que es un enclave para controlar el mundo...

—Eso mola, cuenta, cuenta.

—Pues muy fácil, es un país diminuto, aunque lo que le falte en tamaño lo compense en belleza, pero es que además alberga instalaciones de cinco ejércitos distintos del mundo...

—Interesante —sonrió.

—¿Lo de los ejércitos?

—Lo del control —observó sin anestesia, demostrando que el poder y el control ocupaban un lugar importante en su vida. Cuanto más lo pensaba, más me gustaba.

Luego nos pusimos a ver una película frente a la chimenea donde ya estábamos instalados, abrazados con una manta por encima.

Así era feliz. No necesitaba más que eso, estar con él, en paz con mis sentimientos, pero sabía que era una cosa momentánea, que no llevaría a más.

—¿Qué quieres ver? —preguntó, tan atento como siempre.

—Me da igual, no tengo una preferencia concreta...

—Pero habrá algo que te apetezca más que otra cosa —propuso.

—Bueno lo único que me apetece es cero dramas...

—¿Alguna romántica entonces?

—No —dijeron mis labios mientras mi cabeza negaba al mismo tiempo. No quería que ninguna situación que mi mente concibiera como paralela a lo nuestro me hiciera daño.

—Entonces, me lo dejas a huevo, ¿una cómica!

—Pues mira sí. No voy a decirte que no. Me apetece reír —respondí mientras pensaba que no solo me apeteecía eso sino también escuchar el sonido que más me gustaba en la vida: el de su risa.

—Propongo un clásico. Es uno de mis predilectos, ¿nos marcamos una de “Dos tontos muy tontos”? Jim Carrey es uno de mis preferidos.

—¿En serio me lo dices? También de los míos —contesté, sorprendida. De hecho, he visto muchas veces esa película y creo que siempre me rio más que en la anterior ocasión.

Comenzamos a verla y creo que logré hacer un auténtico paréntesis en mi vida. Estaba de lo más a gusto y los dos nos partíamos de risa. Por un momento fue como, si de verdad, hubiéramos podido detener el tiempo.

De repente mi teléfono sonó y mi sangre se heló. Era Frank. Volví a maldecir mi suerte, ¿qué momento más inoportuno! Además, no era un WhatsApp, era una llamada y tocaba descolgar.

—¡Hola, preciosa! ¿Cómo estás? —parecía de lo más animado.

—Hola, muy bien ¿y tú? Eludí ningún calificativo que sonara cariñoso. ¡Bastante incómoda me sentía ya! De todos modos, él no debía notar nada, así que me esforcé por aparentar normalidad total —¿Cómo va todo? —hice como que me interesaba.

—Pues muy bien, viento en popa. Todo controlado. Mañana por la noche vuelvo. Ya estoy deseando verte.

Se hizo un silencio. Ese tipo de frases habían sido tónica habitual en nuestra relación desde el principio de los tiempos y, si no quería levantar ninguna sospecha, tenía que actuar como lo habría hecho en cualquier otra ocasión.

—Yo también —respondí apretando los puños y sintiendo que traicionaba a ambos al mismo tiempo.

Brian negaba con la cabeza mientras guardaba el sepulcral silencio que requería la situación. Eso sí, no podía evitar que se le notara que la sangre le hervía por momentos.

—Bueno, pues cuéntame algo, bonita. ¿Qué estás haciendo?

—Nada, aquí tranquila, en el sofá —procuré mentir lo menos posible. No había dicho ni dónde estaba ni en qué sofá... Odiaba las mentiras... Eso sí, él entendería que era en el nuestro, lógicamente.

—¿Y tú?

—Bueno, ahora saldré a cenar y echar un vistazo por la ciudad. Necesito despejarme un poco. Ha sido un día de trabajo duro.

—Te dejo entonces. Relájate —vi el cielo abierto de poder escurrir el bulto lo antes posible.

Brian también hizo un gesto de alivio.

—Sí, sí, pero no te preocupes. No tengo tanta prisa. De hecho, quiero contarte algo.

—¿Y eso? —me recorrió un escalofrío por el cuerpo.

—Pues nada, que ya te comenté que tenía una sorpresita para ti en estos días. ¿Recuerdas?

—Sí —fue lo único que acerté a responder.

—Pues prepárate porque, la noche siguiente a mi vuelta, vamos a acudir a un lugar muy especial.

—Vale, como tú digas...

—Bueno, creo que voy a acertar de pleno y así lo deseo. No puedo darte ningún dato más, ya comprobarás por qué.

—No hace falta —añadí, deseando que colgase de una vez.

—Te va a gustar mi amor. Que pases buena noche. Te quiero —concluyó.

—Y yo —acerté a decir temblorosa, tomando conciencia de que aquella frase era la que más me había costado articular en todos los días de mi vida.

Me quedé petrificada al colgar el teléfono. Busqué la mirada de Brian y lo que leí en ella fue desesperación. Me sentía mal, horrorosamente mal... Solo quería llorar y no pude evitarlo.

—Ven aquí, bonita —le quitó hierro al asunto, aunque pude notar lo mucho que aquella indeseada llamada le había alterado también, al colocar mi cabeza sobre su pecho y sentir como si un caballo estuviera galopando en su interior.

Lloré sobre él durante unos minutos y no recuerdo nada más. Mis baterías habían tocado fondo y solo quería evadirme.

No sé en qué momento, pero me quedé dormida en sus brazos. Era como si estuviera agotada psicológicamente y quisiera desconectar en ese momento, en ese instante, abrazada a él.

Capítulo 9

Su olor era el mejor despertar del mundo...

Me abracé a él y no tardó en cobijarme con ese cariño que desprendía por todos lados. Representaba la perfección en persona y todo lo que hacía derrochaba amor.

—¿Te levantaste con hambre? —me besaba con delicadeza.

—Sí, la verdad que sí, pero más que hambre con ansias de café.

—Allá vamos —se levantó y me cogió en brazos ante mi risa nerviosa.

Me llevó a la cocina y me sentó sobre la barra que tenía en ella.

—Quiero un cigarro —reí.

—Ahora mismo te lo traigo —me hizo un gesto para que no me moviera y no tardó en aparecer con mi paquete —Hasta que no tomes el café no lo fumes con el estómago vacío —me advirtió sonriente.

—Bueno, con el café me lo tomo, pero no después, no tiene gracia entonces.

—Estaba pensando en que nos fuéramos a comer por ahí luego, pasar la tarde por la ciudad ¿Qué te parece?

—Perfecto, con tal de que llegue a casa sobre las nueve...

—¿A qué hora llega el fenómeno? —preguntó causándome una risa por ese calificativo.

—El huracán —reí —llega sobre las diez al aeropuerto. Cogerá un taxi, imagino que sobre las once.

—Entonces está bien que vuelvas a las nueve. Nos dará tiempo de darnos un buen paseo.

—Vale —agarré la taza que me había dado y no tardé en encender un cigarro.

—¿Qué pasaría si nos viera por la calle? —preguntó con esa duda que le corroía.

—Nada, eres un cliente, él no pretende limitar que me vea con nadie. He salido a comer con amigos y de fiesta, no es el problema ese, ni mucho menos sufre ataques de celos. Frank está seguro de mí, nunca le di ningún motivo para que hiciera lo contrario.

—¿Él te ayudó a comprar el dúplex?

—No, lo compré yo cuando comencé a ganar bastante dinero con mi trabajo de asesora laboral. Mis padres también me ayudaron, además otra parte aún la estoy pagando con un crédito que me concedió el banco.

—¿Pero ya estabas con él?

—Sí, pero no vivíamos juntos. Estuvimos cinco años de relación antes de irnos a vivir al dúplex. En ese período fue cuando me lo compré. Mientras, él adquirió el apartamento de arriba de su despacho.

—Y esos cinco años ¿dónde vivías?

—Con mis padres, él estaba casado...

—¿¿¿Estaba casado???

—Sí, yo era la otra, pero acepté todo cuando lo conocí.

—No entiendo nada.

—A ver, yo conocía a Frank en una situación dura. Me vi involucrada en algo gordo — intentaba sincerarme sin entrar en detalles —y él fue quién me ayudó a salir de esa. Yo contraté sus servicios, pero la cosa se puso muy fea, tuvo que hacer algo por mí muy gordo, más de lo que imaginas, pero según él lo hizo porque se había enamorado.

—Y eso que hizo por ti es lo que te llevó a prometerle lealtad...

—Sí. De lo contrario, sin su ayuda, mi vida ahora sería muy chungu —se me saltaron las lágrimas.

—No lo entiendo.

—Estaría en la cárcel —rompí a llorar.

—¿Te viste involucrada en un asesinato? —preguntó acercándose.

—¡No! —eso me hizo reír —Lo que me faltaba —resoplé —De verdad no quiero hablar de ello por muchas razones. Primera porque aún no lo superé, segundo que me cuesta hablarlo y tercero, porque es lo más duro que he vivido en mi vida y sin tener culpa de nada, me cayó sin esperarlo, me utilizaron sin escrúpulos.

—¿Él?

—¡No! —negué —él me sacó de esa, utilizando sus contactos e influencias.

—Con la condición de tenerte a su merced...

—Podría decirse así, pero no me trató mal en ningún momento, al igual que te digo una cosa te digo la otra. Jamás salió un reproche de su boca, ni tuvo ningún gesto negativo o alguna conducta que me hiciera sentir diferente a cualquier persona que está con un hombre.

—Pero estaba casado...

—Sí, pero no era feliz.

—Muy buena esa y tú si tienes que serlo por obligación —se sentó en la butaca frente a mí, yo seguía en la encimera sentada —¿Y tus padres sabían que era casado?

—No, él llevó una doble vida, hasta que se separó. No lo hizo hasta unos años después por las múltiples cuestiones que tenía que poner en orden respecto a las propiedades y dinero que compartía el matrimonio —En ese tiempo, cuando pasó aquello, tomé la decisión de trabajar para mí y poco a poco fui logrando subir el número de clientes. La cosa se engrandeció en poco tiempo.

—Eres muy buena en tu trabajo, siempre lo hablamos Pol y yo.

—Me esforcé mucho, me juré a mí misma que no volvería a trabajar para nadie más. Es algo por lo que digo que cuando hay que ser justos se es y Frank nunca me prohibió que me superara a mí misma, que trabajara. Yo necesitaba tener mis propios ingresos y comprarme cuanto quisiera, a pesar de que él estaba dispuesto a darme todo lo que necesitara sin necesidad de hacerlo.

—Conmigo tampoco tendrías que trabajar —bromeó en un intento de dar humor a algo que nos hacía daño mientras besaba mi entrepierna y negaba con la cabeza.

Desayunamos cambiando el tema. Ese que nos quemaba, ese que nos causaba dolor, pues si algo había entre nosotros era mucha complicidad y una atracción más allá de lo sexual.

Nos preparamos para salir. Yo iba a ir a cambiarme a casa y dejaría el coche allí. Él me recogería una hora después.

—Ahora nos vemos —lo besé antes de salir de su casa.

—Vale, pero déjame decirte algo.

—Claro —me sorprendí al ver su rostro con dolor.

—No quiero perjudicar tu vida. No quiero presionarte para nada. Solo quiero que sepas que cuentas conmigo para todo y que te esperaré el día 31. No digas nada, por favor. Si ese día apareces, aparte de tener una noche preciosa, quiero que sea para que luchemos juntos en esta batalla. Si no apareces, me vuelvo a Bruselas y sé que Pol me lo agradecerá —me devolvió el beso y me hizo un gesto como que no contestara.

Aquello me sonó chocante, ya no solo por eso del 31 que tantas veces me repetía y para lo que

faltaba tres días, sino por el hecho de saber que se iría para Bruselas, que no lo volvería a ver, aquello era muy fuerte.

Llegué a casa y me di una ducha para aclarar un poco las ideas y poder vestirme a gusto.

El día estaba resplandeciente y él me había advertido que me pusiera bastante cómoda porque nos íbamos a beber New York. Dejaría los tacones aparte.

Me decanté por unas mallas negras que rematé con unas botas de estilo militar. Encima me puse un jersey de punto largo y holgado gris, que me permitía gran libertad de movimientos y sobre él me coloqué un chaquetón de plumas negro cuya capucha estaba ribeteada por un pelo marrón de lo más comfortable. Una buena bufanda le daba el toque comfortable.

Ya estaba preparada para todo lo que aquel maravilloso y emocionante día quisiera depararme.

A la hora acordada salí como una bala para la calle. No me apetecía perderme ni un solo minuto que pudiera pasar con él.

Tal como esperaba, allí estaba, al volante de su coche y regalándome la más preciosa de las sonrisas. Su look, con tejanos, jersey de cuello vuelto y parca, también era de lo más urbano. Estaba para comérselo.

Me monté en el coche y salimos disparados.

—Suelta por esa boca todo lo que te apetezca hacer hoy. Estoy a tu completa disposición. A mí me da exactamente igual. Solo quiero complacerte —puso su mano sobre la mía unos instantes.

De fondo puso la canción de “New York, New York” de Frank Sinatra. No podía estar más acertado siempre.

Si de algo estaba segura es de que, cuando todas las ciudades se visten de gala para celebrar la Navidad, New York echa el resto y demuestra por qué millones de visitantes quieren repetir visita cada año en esas fechas tan especiales.

Seguí pensando unos segundos antes de contestar. No me había planteado dónde ir.

—Te propongo ir un mercadillo navideño —terminé diciendo. Hace mucho que no la hago y es algo que de pequeña me encantaba hacer con mis padres, recorríamos la ruta entera a lo largo de las vacaciones.

—Eso está hecho. ¿Y qué es lo que más te gustaba de aquello? Pues supongo que los rollos de canela, la enorme cantidad de adornos de Navidad, los muñecos de Papá Noel, el azúcar en cantidad y el imponente frío en la cara que no me importaba aguantar.

—Tú también le pones a todo mucha pasión —observó, esbozando aquella amplia sonrisa en la que deseaba perderme.

—Sí —le devolví la sonrisa.

—Bueno, ¡al lío! Ya estás tardando en decirme a cuál nos dirigimos.

—Vamos al de Bryant Park. Es mi favorito —no lo dudé.

Aquel mercadillo me había tenido enamorada de siempre. No podía imaginar un ambiente más navideño que aquel. El Winter Village era digno de recorrer y estaba situado al lado de la Biblioteca Nacional y a un paso de Times Square.

—¡Nunca había estado aquí! —exclamó Brian, entusiasmado cuando estuvimos paseando entre los más de 100 puestos de adornos navideños, accesorios y ropas invernales.

—Pues no sabes lo que te pierdes. Esto es algo que hay que vivir.

—¡Selfie, selfie! —estaba eufórico cuando nos situamos delante de aquel árbol de Navidad, uno de los más fotografiados del mundo.

Hicimos varios con su cámara y, eso sí, tuve que rechazar su oferta de pasármelos por WhatsApp. Quedamos en que los conservaba él. Aunque me daba pena no tenerlos, no era cuestión

de correr riesgos innecesarios.

—¿Te hace un rollito de canela?

—Eso ni se pregunta —se apresuró a ir por ellos y los trajo con la misma ilusión de un niño pequeño.

—¿Y si le añadimos un poco de emoción al asunto? —carraspeé y busqué su mirada.

—Ordene y mande —hizo un gesto de que me rendía pleitesía que arrancó mi risa.

—Vamos a por un poco de sidra caliente... —me encogí de hombros, como si no fuera conmigo.

—¡Borrachuza! Tú lo que quieres es emborracharme para luego abusar de mí —me abrazó riendo, apartando mi pelo de la oreja y dándome un dulce beso.

—Yo creo que es eso...

Tan servicial como era, salió volando por la sidra, que degustamos junto al rollito de canela. ¡No podía haber mejor combinación! Nos supo a gloria...

—Madre mía, aquí hay alguien a quien le gusta el dulce a rabiar —rio.

—Va a ser que sí —mordisqueé el rollito.

—¿Y a ti? —pregunté.

—A mí también, casi tanto como tú —guiñó un ojo y me dio un beso que me supo más dulce que la propia canela.

Estuvimos un poquito parados haciendo un tres sesenta y el siguiente plan no tardó en aflorar en mi mente.

—Espero que no se te haya subido la sidra a la cabeza porque ahora toca patinar —señalé la pista sobre la que había que patinar sí o sí.

—¿Patinas bien? —preguntó.

—Más o menos —contesté sin decirle que de pequeña había sido campeona de patinaje sobre hielo y que me fascinaba.

—¿Más o menos? ¡Eres una gamberra! Esto se avisa —vociferó cuando vio cómo me defendía. A él, para qué íbamos a engañarnos no se le daba bien.

—Venga que tú puedes —le decía mientras me deslizaba por la pista a placer a toda leche.

—Calla, que parezco un pato mareado a tu lado —se resignaba.

—Anda ya, que no lo haces tan mal... No podía evitar estar yendo y viniendo a toda velocidad. Era subirme a unos patines y parecía que me habían dado cuerda.

El pobre hacía todo lo posible, pero aquello muy bien, no iba. Todavía valoré más el gesto de que hubiera aceptado meterse en aquello.

En una de mis idas y venidas me lo encontré de espaldas y quise darle un abrazo y un impulso. Con lo que no contaba era con el hecho de que, en el momento que quise parar, él casi se cae para atrás y me tira a mí. Pude aguantar el equilibrio, pero entonces fue él quien, con su propio impulso fue de boca y yo me caí sobre él. No pudimos reírnos más, ¡aquella sí que habría sido una estampa navideña digna de enmarcar!

Por suerte, Brian era previsor por naturaleza y llevaba algo de ropa en el coche, porque los pantalones se los puso chorreando. Pasamos a coger unos de repuesto y nos dirigimos a uno de sus restaurantes favoritos.

—¿Has estado aquí, en The Modern?

—Pues no es por ser condescendiente, pero lo tenía en mi lista de asignaturas pendientes —le saqué la lengua.

—Cuidadito con esa lengua que en una de esas la pierdes —me besó con pasión mientras nos

dirigíamos a la puerta.

Se notaba que conocía el sitio de sobra, el cual, por cierto, me causo una sensación de lo más grata desde el instante que pusimos los pies en él.

—Me dejo llevar... —solté, en relación a que me recomendara qué pedir.

—Haces bien —le sacó el doble sentido, poniendo cara de entusiasmado.

—No seas pieza —reí.

—Bueno, la carta de vinos es muy buena y el talento del chef creo que va a ser de tu total agrado.

Y no se equivocó. Las especialidades de la casa se basaban en cocina americana moderna y las instalaciones eran un placer para los sentidos, todo decorado en un estilo contemporáneo.

La comida transcurrió entre risas, anécdotas y una serie de comentarios picantes que hacían subir la temperatura, pues Brian tenía una habilidad especial para sacarle punta al lápiz, como yo le decía y le faltaba el tiempo para dar a entender lo que yo no había dicho.

—Tú eres un bicho de cuidado —fijé la vista en él, disfrutando de la comida y de sus preciosos ojos celestes al mismo tiempo.

—¿Qué piensas?

—Que esos ojos celestes son para perderse en ellos. Me recuerdan al mar...

—Hombre no diría yo tanto, pero gracias por la parte que me toca. ¿Te gusta el mar?

—Me apasiona y, sobre todo, los veleros...

—¡No puede ser! Yo estoy capacitado para llevarlos. Me fascinan. Saqué la titulación de joven.

—¿Y has tenido alguna vez uno?

—Eso está en mi lista de asignaturas pendientes —rio al repetir lo mismo que yo le había dicho un rato antes —Pero una cosa te digo, lo tendré el día que pueda compartirlo contigo.

Me dejó sin palabras...

Tras el delicioso postre, y dado que el restaurante había sido una sugerencia suya, volvió a decirme que eligiera qué seguir haciendo.

—Voto por subir a un bus vintage que nos regale una panorámica de New York en estos días...

—Tus deseos son órdenes para mí...

Buscamos uno de aquellos buses de época que recorrían la ciudad en aquellos días y disfrutamos a tope de un recorrido que se nos antojó de lo más nostálgico.

—¿No te parece que es como viajar a través del tiempo? —apoyé mi cabeza en su hombro.

—Así es, aunque permíteme decirte que yo, más que al pasado, iría contigo al futuro...

Una vez las luces de New York anunciaron que la tarde había culminado, terminamos nuestro precioso recorrido delante del árbol iluminado el Rockefeller Center. Una auténtica preciosidad con sus una mil y unas luces centelleantes, que sirvieron de fondo a otras preciosas imágenes que no solo quedaron en el móvil de Brian, sino en mi retina.

—Sintiéndolo una barbaridad, toca retirada —anuncié con voz lánguida...

—Por poco tiempo —me besó y lo curioso es que su tono de voz resultaba de lo más convincente.

Camino del coche fuimos degustando un exquisito chocolate caliente que, sin embargo, no lograba mitigar el frío que sentía en mi interior.

La despedida me hizo temblar, aunque fue rápida. La tristeza hacía que apenas pudiera mirarle a los ojos mientras sostenía mis manos entre las suyas. Sus últimas palabras, cómo no, fueron que me esperaba el día 31...

Subí a mi casa. Esperó que entrara en el portal para poner en marcha su coche. Aquel sonido al alejarse volvió a hacer que las lágrimas rodaran por mis mejillas...

Me volví a dar una ducha calentita y me puse cómoda para sentarme en el sofá. Sentía mucho vacío dentro y me acurruqué en los cojines.

No pasó mucho rato cuando llegó Frank. Entró muy contento y cariñoso. Después de interesarse por cómo estaba, volvió a insistir en la idea que ya me había comentado por teléfono el día anterior: la siguiente noche iríamos a cenar a un sitio precioso, pues quería enseñarme algo. A mí me daba vapor.

Nos fuimos a la cama y, por suerte, ambos coincidimos en que estábamos cansados y él no pretendió hacer nada conmigo. Tardé en conciliar el sueño...

Capítulo 10

El día de la sorpresa... Pensé con ironía mientras me levantaba.

Frank estaba en el salón hablando por teléfono. Me asomé y le hice un guiño. Me fui para mi despacho y me preparé allí el café, quería revisar unos emails en media hora y fumarme un cigarro. Al final me echaba de nuevo al vicio.

Tenía uno de Brian, no era de trabajo, solo contenía una frase.

“Cuando tus sueños sean más fuertes que tus miedos, entonces comenzarás a vivir”

Pues sí, pero no tenía yo muy claro que era más fuerte de las dos cosas. Por desgracia era algo que frenaba mi vida, algo que no tenía salida, así que solo me quedaba sobrevivir.

Miraba embobada el humo del cigarro. El café me duró un trago, el mensaje de Brian me duraría todo el día, era la realidad más difícil en mi caso.

Faltaban dos días para Fin de Año. Después se iría, no lo vería más. Aquello me causaba un dolor en el pecho impresionante, me costaba respirar ¿cómo iba a superar el no volver a ver a la persona que hizo palpitar como nadie a mi corazón?

Tras dos cafés y todo revisado bajé. Frank estaba aún al teléfono y me hizo señas de que lo esperara en la cocina.

Me puse a preparar unas tostadas para los dos y pronto se acercó.

Me besó sonriente. Menos mal que era guapo, que si llega a ser feo y con el mal día que tenía, le vomitaba en la cara.

—Ahora tengo que salir —cogió la tostada —Regresaré sobre las siete, me ducho y nos vamos. Por cierto, te llegará en un rato algo que quiero que te pongas esta noche —me dio un beso en los labios y se fue.

Pues mira, a ver si tenía la suerte de que el regalo fuera unas bolas chinas, pues era lo único que me iba a poder producir placer ese día. No lo aguantaba, sinceramente ese secretismo y control ahora no lo aguantaba.

Me preparé un té y me tiré en el sofá. Miré el móvil, pero no tenía ningún mensaje, al igual que ningún mail que ya los había revisado todos desde el portátil.

Comencé a pensar en cuanto estaba sucediendo. Me sentía culpable por la vida que me había tocado, por la mala suerte de una circunstancia que no me pertenecía.

Un rato después uno de los conserjes llamó a mi puerta y me entregó una preciosa caja blanca con un lazo rojo espectacular. Sabía que era lo que me había mandado Frank.

Le di las gracias y volví al salón. Al abrirla descubrí un precioso vestido largo, en gris plata, de mangas largas y escote de pico, todo ceñido y luego desde debajo de las caderas una caída espectacular. Tenía una pequeña cola, parecía un vestido de novia, una preciosidad llena de pedrería fina de Swaroski. Me quedé impresionada.

Una fiesta importante sería para tener que llevar puesto semejante vestido esa noche. Me había dejado alucinada por el excelente gusto que demostraba, las cosas como eran.

Ese día lo pase en mi despacho preparando cosas. Ya no iba a tocar nada más hasta bastantes días después, pero quería dejar listas algunas cosas que luego tendría que hacer y que ya podía adelantar para despejar mi cabeza un poco de todo aquello que me azotaba.

Por la tarde llegó Frank y se metió en la ducha. Yo ya lo había hecho, así que comencé a prepararme para eso tan misterioso que no me quería revelar.

Frank apareció por el vestidor y me miró sonriente al verme con ese vestido. Me había pintado los labios de rojo y me había hecho las planchas en el pelo, dejando mi cabello rubio al aire.

—Estás preciosa, cariño —me besó.

—Gracias —sonreí.

Lo agarré del brazo y salimos de allí hasta la entrada donde un coche nos esperaba.

Llegamos a un restaurante de lujo, una pasada de lugar que costaban menos unas vacaciones en el Caribe que una cena allí.

Al entrar nos acompañaron hasta la mesa en un reservado y casi me caigo al suelo a ver allí a mis padres y a los suyos esperándonos sonrientes. Estaban todos vestidos para la ocasión.

—Qué detalle más bonito preparar una cena para estas Fiestas y reunir a nuestros padres —dije a Frank con ironía, pero sin aparentarlo mientras caminaba hacia ellos y antes le entregaba mi abrigo a un camarero.

—Estás preciosa —dijo mi madre y la suya afirmaba igual de emocionada.

Saludamos a todos y veía ahí algo yo que no me cuadraba. Cuando trajeron el vino, Frank se levantó y se sacó un anillo del bolsillo.

Su mirada me estaba poniendo de lo más nerviosa, esa sonrisa y forma de mirar me daban a entender que era por algo que iba a soltar muy gordo, me lo estaba viendo venir...

No, no, no, eso no me podía estar pasando a mí.

Me agarró la mano con la suya que no sujetaba el anillo, me hizo una caricia mientras se preparaba para soltar la bomba, pues eso era lo que iba a ser, una bomba atómica...

—Julie, os he reunido a todos aquí para pedirte que te cases conmigo. Ya es hora de sellar ese amor que nos hemos demostrado que sentimos el uno hacia el otro —miré cómo mi madre se secaba las lágrimas y yo con una cara de tonta que no podía con ella —Espero y deseo que aceptes esta petición.

Puso el anillo a la entrada de mi dedo. Yo miraba a cámara lenta, no podía reaccionar, no podía ni gesticular, lo que me faltaba ahora.

¿Casarnos? ¿Ahora que estaba en mi peor momento? No me lo podía creer.

—Claro —levanté la mirada poco a poco. Estaba temblorosa, me sudaban las manos.

—Mi hija está en shock —escuché decir a mi madre emocionada justificando mi poca reacción.

—Gracias —decía mientras sonreía y ponía esa joya sobre mi dedo.

Nunca había visto a Frank más feliz. Parecía pletórico cuando acepté, aunque él no supiera que, a regañadientes, la que había sido la petición más inoportuna de mi vida.

Nuestros padres y madres se acercaron para besarnos y darnos su más sincera enhorabuena. Su alegría era absolutamente proporcional a mi tristeza.

La cena no tardó en llegar. Ni que decir tiene que Frank no había reparado en gastos y había encargado previamente que nos elaboraran un menú personalizado en el que no faltaban mis platos preferidos.

Todos rezumaban felicidad y se notaban en ellos los nervios del momento. Mi madre me lanzaba besos y mi padre me sonreía con su errónea certeza de que acababa de ocurrir lo que yo deseaba.

—¿Eres feliz, mi vida? —me preguntó Frank, mientras acariciaba mi mano.

—Sí —murmuré, pues lo cierto es que no me salía la voz del cuerpo.

—Espero haber acertado en todo: el menú, el vestido, el lugar...

—Sí, por supuesto. Todo es increíble —sonreí con timidez.

Increíblemente jodido es lo que era. No podía haber ocurrido en peor momento.

En un momento dado y, por si faltaba poco, mi padre quiso brindar.

Se hizo el silencio y se dirigió a nosotros.

“Frank, hijo, te voy a contar un secreto. Cuando mi hija era pequeña creí que nunca, nunca, podría llegar a gustarme un hombre para mi tesoro. Sin embargo, el día que te conocí, supe lo equivocado que estaba. Contigo llegó la tranquilidad de que Julie tendría al lado a la persona que merecía. Gracias por hacerla feliz y, de paso, también a los demás”.

Las palabras de mi padre dejaron huella en él y ambos se fundieron en un fuerte abrazo. Yo no sabía dónde mirar. Nunca habría podido imaginar una pedida de mano más surrealista.

En la cena se sucedieron los gestos emotivos. Mi madre y mi suegra comenzaron a preguntarme por los posibles detalles del enlace, como el traje de novia o el lugar que me gustaría para la celebración. Mientras, los hombres hablaban también por su cuenta.

Por mi parte, cuanto más me hablaban todos, más me hacían sentir que aquello no era, ni de lejos, lo que deseaba. Me sentía como en una nube y quería pensar que lo que acababa de vivir no iba conmigo.

De vuelta a casa, Frank estaba exultante y no hacía más que planear al respecto. A todo lo que decía, yo asentía. Me daba exactamente igual y solo quería que él no notara lo fingida que era mi sonrisa.

Dormir. Únicamente deseaba dormir. Eso es lo que pensé cuando por fin nos metimos en la cama. Dormir y despertarme con la certeza de que la pedida de mano había sido una pesadilla.

Se me hizo durísimo cuando Frank comenzó a buscarme en la cama. No sabía cómo actuar. De repente se me encendió la bombilla y le dije que el vino me había sentado regular y tenía el estómago algo revuelto. Lo primero no era cierto. Lo segundo sí.

Llegué al baño a lo justo y vomité. Los nervios acababan de hacer de las suyas y se habían instalado en mi estómago. La buena noticia era que aquello haría que Frank me dejara en paz aquella noche.

Capítulo 11

A un solo día de Fin de Año, es lo primero que pensé al levantarme y con un agravante, el de la boda...

No me podía creer que todo eso me pasara a mí en esos momentos. Miré a Frank que dormía plácidamente y me levanté para ir a la cocina. Necesitaba un café, un paquete de tabaco y que la tierra me tragara.

Me quedé un rato mirando a la nada, con la mente ida, como si estuviera fuera de mí, pero es que estaba en shock con todo. Me encontraba como si necesitara despertar de ese sueño profundo en el que estaba inmersa en aquel momento y del que no podía salir.

Mi cabeza comenzó a recobrar vida y a hacerme muchas preguntas para las cuales no tenía respuesta.

¿Qué hacía? ¿Cómo me comportaba? ¿De qué forma afrontaba esto que ahora me estaba pasando?

Lo peor aún era el Fin de Año. Ese en el que tenía todas las esperanzas puestas Brian estaba a la vuelta de la esquina y yo encima no sabía ni qué haríamos aquel día. Algo muy característico de Frank era que esas cuestiones las llevaba como una sorpresa.

Miré el móvil y tenía un mensaje de Brian.

“31 TES”

Solté el aire con fuerzas, esa presión del pecho no se me quitaba, era lo peor de todo, esa sensación de malestar que llevaba en todo momento encima.

No tardé en responderle.

“La cosa se me complica Brian, pasó algo que no me va a poner nada fácil el tema”

Me salió del alma decirle eso. Sabía que no podría ir a esa cita que él tanto ansiaba, pero no tenía forma humana de conseguir salir del bucle en el que estaba y cometer lo que yo sabía que sería la mayor locura de mi vida.

“Podemos afrontar todo juntos, no te soltaré la mano. Todo depende de ti, te espero mañana”

Y no entendía que aquello era imposible, pero yo también lo deseaba tanto como él, aunque no iba a poder pasar.

Frank se levantó y vino de forma cariñosa. Le preparé el café y me senté frente a él.

—Me encantó ver tu rubor ayer, tu emoción, te quedaste casi sin palabras —decía sonriente.

—No me lo esperaba —sonreí con falsedad.

—Había pensado en junio como el mes del enlace...

—Ya iremos viendo.

—¿Te pasa algo?

—No ¿Por? —fingí asombro.

—No te veo muy ilusionada. Pensé que te volverías loca de contenta por planificar nuestra boda.

—Estoy aun en shock, solo es eso, no te preocupes.

—Mañana es Fin de Año —carraspeó.

—Sí, imagino que ya lo tendrás todo previsto.

—¿Qué te apetece? —preguntó ante mi asombro, pensaba que ya tenía claro qué haría.

—Pues no sé, es un día realmente más, no le tomo mucha cuenta.

—Te pasa algo, me gustaría que fueras franca.

—Sabes que no puedo... —era la primera vez que le decía algo así, pero quería ver cómo reaccionaba.

—¿No puedes ser franca? Me estoy perdiendo algo.

—Sabes que me debo a ti —sonreí con tristeza.

—Repito, me estoy perdiendo algo...

—No, es solo que estoy en un momento en que no me encuentro a mí misma. No me hagas caso.

—¿Te hice algo que no me di cuenta?

—No, cariño —dije para no liarla y saber medir las palabras —solo que estoy tonta. No sé si es que me vendrá en breve el periodo, o que me gustaría acostarme y levantarme ya pasadas las fiestas.

—Te noto la mirada y el tono diferente ¿estás feliz con el enlace?

—Frank, sabes que es algo que si tú dices que se hace se hará, que te prometí lealtad en su día y eso haré.

—Jamás me dijiste eso —me miró con indignación —¿Por qué no eres clara y me dices lo que está sucediendo?

—No está sucediendo nada, simplemente que no estoy bien, llevo unos días triste y ahora apareces con lo de la boda y me chocó todo mucho.

—¿Sobro en tu vida? —el tono era leve y sin sonar mal.

—No, no sobras, te debo mi vida, la libertad que hoy tengo, pero todo eso me condiciona a muchas cosas que acepté, que te prometí y que cumpliré.

—¿Necesitas tiempo? ¿Espacio?

—No lo sé —las lágrimas comenzaron a caerme.

—No te quiero ver así, yo te amo y lo sabes, no quiero que estés así, yo sé que me amas, que eres leal, pero no quiero a estas alturas que esa sea la condición y la causa para ser feliz, quiero que sea el amor que nos tenemos el uno por el otro —me estaba sorprendiendo su forma de hablar.

—Tranquilo, solo que estos días necesitaba soledad, pensar, encontrarme a mí misma.

—¿Te molestaría que me fuera a pasar el Fin de Año con Lois y Jhon? Te lo pregunto pues ellos mañana se van para Canadá y si necesitas tiempo yo te doy unos días.

Eso me dejó muerta, concretamente me dejó fuera de juego ¿A qué venía tanto entendimiento y facilitar las cosas? ¿Sería que yo me habría montado una película sobre su verdadera forma de ser?

—¿Te gustaría irte con ellos?

—Si no tengo otro plan mejor y tú prefieres pasarlo tranquila, no me importaría irme con ellos mañana y volver en dos días.

—Pues hazlo. Yo prefiero no celebrar nada, este año tengo ganas de menos fiesta y más tranquilidad.

—Solo me tienes que pedir las cosas una vez —cogió su teléfono y llamó a sus compañeros para que le reservaran un vuelo.

Yo estaba flipando en colores. Me dejaba de lo más descolocada. No entendía ni media palabra. Si me hubiese hablado en chino, el resultado sería el mismo.

—Gracias —dije en tono suave y me levanté a abrazarlo para que no pensara nada malo.

—Estoy feliz con el hecho de que te quieras casar conmigo, pero si lo que necesitas son unos días, yo te los doy para que asimiles todo. Solo espero que mañana se te pasen las ganas de quedarte sola y vayas a cenar con tus padres.

—No te preocupes por nada.

Nos abrazamos y no me podía creer que eso me estuviera ahora pasando a mí también. Me lo quitaba de en medio en Fin de Año, algo muy raro con lo que le gustaba preparar cenas sorpresas, pero que ahora le agradecía a la vida que fuera así.

Estaba claro que iría con Brian, lo malo que él me esperaba recibir para comenzar una nueva vida en común y yo iba para tener al menos una noche más con él, a no ser que la vida me sorprendiera de nuevo y me dejara Frank, pero eso no iba a ser posible, ni viable, lo conocía demasiado.

Un rato después salí con Frank a pasear y comprar algunas cosas que quería llevar para el viaje.

Ya que era Navidad aprovechamos para hacer shopping y una ruta de los escaparates de esas que tanto me gustaban. Nos acercamos a algunos de mis predilectos, el escaparate de Macy's, el de Bergdorf Godman, el de Barneys y el de Lord&Taylor, de Bloomingdale's.

—En este trabajaba el personaje de... —dije cuando nos acercamos a ese último.

—De Rachel, el personaje que interpretaba Jennifer Aniston en Friends —rio Frank, recordándome que siempre se lo decía cuando llegábamos allí.

Después comimos en la calle, yo hacía que estaba feliz, cómoda, lo abrazaba, pero contaba las horas para que se montara en el avión y se fuera a tomar por saco.

—Te veo muy animada, espero que no sea porque me marchó —bromeó.

—No seas tonto. Le hice un gesto cariñoso en la cara.

Anda que no era por eso ni nada. Estaba aprendiendo a mentir a marchas forzadas...

Sentía que aquello era una pesadilla y me levantaría en cualquier momento, me vería en una mesa cenando la noche de Fin de Año con Frank y amargada, eso pensaba en muchos momentos.

—No te veo comer demasiado, si son los nervios de la boda, pronto empiezas —me comentó al ver que apenas tomaba un bocado de cada plato.

—No, no creo que sea eso. Pienso que es lo mismo de anoche. Todavía ando con el estómago un tanto revuelto.

—Entonces, como para plantearte ir a Central Park a patinar —rio.

Con Frank también era tradición reservar algún día de Navidad para hacerlo, pero mucho me temía que ese año había cambiado de acompañante de patinaje, aunque él estuviera ajeno.

—No, no. Desde luego que no. Solo de pensarlo, el estómago me da vueltas —me zafé.

—Bueno, bueno, no insistiré. Dadas las circunstancias, creo que sería como meterte en una coctelera —concluyó.

Más bien todo lo que hacía con él últimamente podríamos calificarlo como ir al matadero, pero bueno...

De lo que no pude librarme, por mucho que lo intenté, porque ya sonaba a demasiado descarado, fue de acercarnos a Rockefeller Center a ver el árbol que a Frank también le gustaba tanto.

Me dolió en el alma cuando me vi allí delante al recordar los momentos tan felices vividos con Brian en ese mismo escenario.

Ni las luces del árbol, ni los clásicos ángeles tocando la trompeta, ni las estatuas de Cascanueces, pudieron ayudarme a sacar de mi interior la increíble tristeza que me embargó en aquellos momentos.

Al final de la tarde, me iba recordando que ese año no nos había dado tiempo a visitar la maqueta de tren de Gran Central Terminal que tanto le gustaba, pero yo le comenté que esa solía

estar expuesta hasta bien entrado febrero.

—Tienes razón. No hay problema, ya iremos, ¿no te parece?

—Por supuesto, por supuesto —le di la razón como a los locos, pues ya me estaba acostumbrando a que mi cuerpo estuviera en un lado y mi mente en otro.

El día pasó a cámara lenta y por la noche nos despedimos como a él le gustaba, con un polvete donde yo rezaba para que terminara rápido y se durmiera, triste pero cierto.

De todos modos, las buenas noticias para el día siguiente hicieron que dejara volar mi imaginación y que pensara en Brian. Volví a fingir un orgasmo, algo a lo que comenzaba a acostumbrarme y santas pascuas.

Me estaba saliendo todo redondo. Solo esperaba que siguiera así, con mi mala suerte seguro que perdía el avión o se lo cancelaban o vete tú a saber qué.

Me puse los cascos y comencé a escuchar un documental sobre Egipto en YouTube. Al menos quería despejar la mente, meterme en la historia de todo lo que envolvía a ese país, de las teorías de las pirámides, cualquier cosa con tal de no comerme el coco y pasar horas antes de conseguir coger el sueño.

Además, la civilización egipcia me encantaba y era un viaje que no quería tardar en hacer. De hecho, Frank me había planteado varias veces que lo tenía en mente. ¡Solo faltaba que quisiera que fuéramos allí de luna de miel! Nada más pensar en esa posibilidad me daba urticaria.

Por la mañana lo sentí irse, me dio un beso en la frente mientras yo me hacía la dormida.

Una vez que se fue sí dormí plácidamente un rato. La tranquilidad de pensar que tenía carta de libertad aquel día tan importante, me relajó y el sueño me venció.

Me levanté un rato después y me preparé un café, tenía un mensaje de Brian.

“Desde las nueve estaré en la 313, te espero siempre”

Esta vez no iba en siglas, iba directo, así que a las nueve...

No le respondí. Me fui a la calle a buscar un vestido nuevo. Me compré uno negro, corto, ajustado de lentejuelas, de mangas largas y con un escote de barco.

Luego me fui a la peluquería de Judith, le conté por encima y la amenacé para que me peinara, cosa que no dudó pese a ir a contra reloj.

—Tú sí que eres una amiga —le agradecí el gesto, espetándole un fortísimo beso cuando salí por las puertas.

—Porque seas feliz lo que haga falta, Julie. Te lo mereces. Además, vas guapísima. Lo vas a dejar sentado de culo.

—Feliz Año Nuevo, guapísima.

—Feliz Año Nuevo, amiga. Espero que se cumplan todos tus deseos y puedas vivir el año que está por entrar cómo y con quién desees —era un amor Judith.

Tenía los nervios a flor de piel. Cuando me fui a dar cuenta eran las ocho de la tarde y ya estaba yo en la bañera, escuchando música y feliz.

Fue un baño relajante que saboreé al máximo, al igual que el ritual de prepararme. Me puse un precioso maquillaje de fiesta que realzaba mis facciones y notaba cómo la felicidad me desbordaba instante a instante.

Imaginaba cómo habría pasado el día Brian. Quizás hubiera debido decirle que iba, pero pensaba que eso le restaría toda la emoción al asunto. Me encantaba pensar que le cogería totalmente de improviso.

Estaba preciosa.

Un taxi venía de camino así que salí de ahí y me fui hacia abajo. Combiné el vestido con mis zapatos de fiesta favoritos. Altísimos y de tacón de aguja, estilizaban mi figura como ningunos.

A las nueve y diez estaba en la recepción del hotel identificándome y un señor me acompañó hasta la puerta de la suite y se marchó.

Tardé un poco en llamar a la puerta. Di dos golpes y cogí aire. Si tuviera que definir el término emoción con un momento, sin duda el más emocionante de mi vida hasta ese momento fue aquel.

Abrió sonriente. Pasé y nos abrazamos con todas nuestras fuerzas.

—Me vas a echar en cinco minutos, lo sé —me iba quitando el abrigo.

—¿Por qué dices eso?

—Conseguí venir. Quiero pasar la noche contigo, pero mañana me tengo que ir.

—Ven —cogió mi mano y me llevó a esa espectacular terraza cerrada en cristal y preparada con una preciosa y llamativa mesa con la cena, además de las velas en faroles gigantes y unas vistas alucinantes. Sirvió dos copas —Toma y cuéntame qué pasa, por favor. Por cierto, estás preciosa, impresionante.

Estaba aparentando tranquilidad. Me cogió la mano y nos sentamos.

—Me la lio más gorda antes de ayer...

—¿Qué te hizo?

—Preparar una cena sorpresa con sus padres y los míos, pedirme matrimonio —mi tono era triste.

—¿Y qué le respondiste?

—Brian, estaban mis padres, los suyos, no saben nada de lo que pasa ¿Qué le iba a decir? Me puse en shock y le dije que vale.

—¿Y qué se supone que pasó para que un día como hoy estuvieras aquí? Realmente no te esperaba si te soy sincero.

—Pensé que me esperarías siempre como decías en tus mensajes.

—Pero no hoy...

—Si no venía, te ibas a Bruselas.

—Irme no significa que no te siguiera esperando...

—Me voy a volver loca, te lo juro.

—Cuéntame.

—Ayer por la mañana me dijo que me veía extraña y tal, le dije que no me esperaba lo de la boda y que tenía unos días tontos donde lo que menos me apetecía era un Fin de Año, así que para mi asombro me dijo que si necesitaba espacio él se iría con dos compañeros a Canadá, a casa de uno de ellos. Volverá pasado mañana.

—¿Así de fácil?

—Eso es lo que más miedo me da, actuó muy diferente a como yo imaginaba.

—¿Y si realmente no te ataría si tú no quisieras?

—Eso pensé también, pero déjame decirte que lo dudo. Fue algo que me dejó muy claro al principio.

—Y han pasado ocho años...

—Eso es lo que me hace pensar algo que no sé si será cierto, pero jamás me echó nada en cara en todo este tiempo.

—¿Te planteas dejarlo?

—Sí, la verdad es que sí, pero no sé cómo, ni cuándo, ni nada —se me saltaron las lágrimas.

—¿Y si tenemos una preciosa velada y el futuro lo hablamos después? —preguntó

sorprendiéndome.

—Claro.

—Ya hablaremos otro día. Esta noche es nuestra, vamos a despedir el año juntos y lo vamos a recibir de la misma manera.

—Tienes razón y lo deseo con toda mi alma, quiero disfrutar de ti, de esto, de la noche, de un cambio de año a tu lado, quiero ser feliz esta noche —chocamos las copas.

Nos besamos y pensé que eso era el mejor regalo que me podía hacer la vida, disfrutar de esa noche sin pensar en nada y hacerlo como dos almas libres, dando lo mejor de nosotros y dejando que todo fluyera sin presión.

Aunque la cena decía “cómeme” era un poco pronto todavía. Solo queríamos estar pegados el uno al otro.

—¿Bailamos? —preguntó con una mirada penetrante que atravesó mi alma.

—Bailamos —contesté.

Comenzamos a bailar al son de “Only You2 de The Platters y comprobamos lo que era crear un universo paralelo en el que solo existíamos Brian y yo...

Bailamos pegados durante un buen rato...

—No sabría decirte si estoy bailando o flotando —me acurrucaba en su pecho.

—Estás viviendo, sintiendo y respirando por ti misma, por primera vez en mucho tiempo —sus palabras me tranquilizaban.

A la hora de la cena pude volver a comprobar su buen gusto. En aquella mesa se aglomeraban el mayor número de exquisiteces posibles por centímetro cuadrado, regadas por unos vinos que eran todo un regalo para el paladar.

—Nunca podría haber soñado una entrada de año mejor —volvía a taladrarme con su mirada.

—Ni yo tampoco —no quería separar mis ojos de los suyos.

En numerosos momentos de la cena nos sorprendimos a nosotros mismos agarrándonos las manos. No podíamos permanecer separados.

Estar pasando la Nochevieja en uno de los hoteles más emblemáticos de New York con el hombre por el que suspiraba era un sueño hecho realidad.

Además, el hecho de que fuera los termómetros marcaran bajo cero y nosotros estuviéramos en aquel ambiente tan extremadamente agradable era un punto más a favor de un noche perfecta.

Cuando llegó el momento del postre, Brian tiró de mis brazos hacia él e hizo que me sentara sobre sus piernas.

—¿Sabes que entre los miles de millones de personas que hay en el mundo no podría haber nadie tan especial como tú para vivir este momento?

—Debe ser eso de que “hay tantos con quien estar. pero no con quien ser” —le sonreí.

—Exacto —me besó con pasión desbordante.

La Nochevieja en Times Square no tiene parangón y vivirla desde aquel escenario era un privilegio digno de saborear a cada instante, si bien pensé que con Brian bien podría estar debajo de un puente. Su sola compañía me daba calor.

El justo momento en el que la famosa e icónica bola comenzó a descender desde el edificio One Times Square marcó el primer segundo de un nuevo año que Brian y yo sellamos con un intenso beso en el que perdimos la noción del tiempo y el espacio.

En aquel momento comenzaba la típica nube de confeti que tantas veces había visto en directo. Brian me comentó que años atrás también había estado allí y me hizo gracia pensar que quizás en alguna ocasión pudiéramos haber estado cerca.

—¿Te imaginas que hubiésemos estado al lado? —pregunté.

—No ha sido así. Te hubiera reconocido....

—Pero si no me conocías...

—Ni el día de la fiesta en casa de Pol tampoco y no te conocí, sino que te reconocí. Creo que en el momento que nuestras miradas se cruzaron nuestras almas se acariciaron —¿Sabes que he pedido un deseo en forma de confeti?

—¡No!

—Sí —sonrió de un modo que iluminó la suite completa.

Aunque muchos no lo saben, si quieres estar presente en Times Square, pero no vas a asistir en persona puedes pedir un deseo para Año Nuevo en su web y ellos lo imprimen. Así, a medianoche del día 31 tu deseo llueve en forma de confeti en ese impresionante lugar.

—¿Y puedo preguntar qué has deseado?

—Exactamente lo mismo que hubieras deseado tú —me guiñó el ojo.

La emoción nos superaba. Era increíble todo aquello que estábamos sintiendo. No podía imaginar nada mejor. Y eso que no sabía que a continuación iba a vivir un momento espectacular.

Tengo un regalo para ti —sacó algo del bolsillo —No pensaba que vinieras esa es la realidad, pero algo me decía que actuara como si estuviera convencido de que lo harías —sacó de una bolsita de diseño de una joyería una pulsera de cuerda de ratón en cuero marrón engarzado con un cordón de lo que parecía oro blanco y unos enlazados que la hacía una preciosa joya, de lo más moderna y llamativa. Me encantaba —Quiero que la lleves y pienses en mí, que la tengas como recuerdo de este día. Es exclusiva, no la tienen dos personas, solo tú, es algo que hace esta firma, todo es único y yo quería algo así.

—No debías...

—No me digas lo que debía o no. Lo hice con todo mi corazón, quería obsequiarte con algo especial por el regalo que sería para mí que pasaras esta noche conmigo.

—Gracias, Brian —lo abracé.

Me había emocionado mucho ese detalle que ahora tenía en la mano y que sería algo que no me pensaba quitar de encima. Lo llevaría como ese amuleto que me recordaría a aquel día que había pasado con él tan especial.

Mis ojos se llenaron de más amor todavía hacia él si es que aquello era posible. Sentí que mis lágrimas querían comenzar a rodar, pero lo impedí. No había lugar para la pena en aquella noche mágica. En todo caso para la pasión.

Al poco sonó mi WhatsApp. Era Frank. “No puedo llamarte. Las líneas están colapsadas. Te deseo la más feliz de las entradas en el Año Nuevo”.

Ví el cielo abierto y lo siguiente de que no me pudiera llamar. Me limité a desearle lo mismo por WhatsApp y listo, aunque algo me decía que poco tenía que ver lo que ambos deseáramos para el año entrante.

Teníamos preparada una botella de un champagne de lo más exclusivo para brindar. Un simple “Por Nosotros” fue toda una declaración de intenciones.

En el mismo momento en que comenzamos a darle el primer sorbo a aquellas elegantes copas, la chispa de la pasión contenida durante horas nos sobrepasó.

Dejamos las copas a un lado y Brian vino hacia mí. Se recreó en quitarme todas y cada una de las prendas. Yo llevaba una lencería de lo más sexy, pero a la par elegante. En negro, se trataba de un corsé con tanga a juego bordado con transparencias que remataba con ligero y medias de cristal, todo en negro.

Conforme cada una de las prendas iban cayendo a nuestros pies, nuestras miradas se encendían más y más. Después fui yo quien desabotonó su camisa, quitando la hebilla de su cinturón y despojándole del resto de la ropa.

Mientras lo hacíamos, entre nosotros se intercambiaba un festival de miradas ardientes que pedían guerra durante horas. Una serie de caricias sugerentes sirvieron de prolegómeno a un intenso asalto sexual en el que nos demostramos que nuestros cuerpos parecían estar hechos a la medida.

No puedo recordar de cuántas formas lo hicimos, lo único que sé es que, en cada una de ellas, entregamos el alma.

Capítulo 12

Desperté entre sus brazos, borracha de amor por esa preciosa noche que habíamos tenido.

—Buenos días, preciosa —me abrazó y besó mi frente.

—Buenos días, chico sexy —sonreí.

—¿Me ves así? —arqueó su ceja.

—Sí —reí abrazándolo.

—Aquí la única sexy eres tú —me puso sobre él y comenzamos a besarnos.

Solo notar su miembro ya me ponía acelerada, con el corazón a mil por hora y respirando agitadamente. ¡Menos mal que la única sexy era yo!

Lo hicimos de nuevo, con esa fuerza y ganas que siempre teníamos el uno del otro, con esas manos que sabían tocarme como jamás nadie lo había hecho, con esos besos que me derretían el alma.

Jamás habría pensado que podría llegar a sentir tanto con alguien. Era como si nuestras pieles se fundieran, como si juntos solo formáramos uno. La pasión alcanzaba cotas ilimitables cuando teníamos la oportunidad de fundirnos en aquel frenesí salvaje.

Un rato después ordenó el desayuno que no tardó en llegar, a lo grande, como ese imperioso y exclusivo hotel.

—Ha sido la mejor noche de Fin de Año de mi vida —me sinceré.

—La mía también, no lo dudes. Tenemos una charla en estos días pendiente. Solo te pido que me saques un hueco.

—Te lo prometo —le agarré la mano y con la otra sostenía el café.

—Pero hoy nos toca vivir este día, no te dejaré ir hasta la noche —me acarició la mejilla.

—Aquí me tienes y aquí me quedaré.

Estábamos con los albornoces del hotel, sin nada debajo, de lo más sexys. Yo me sentía así a su lado y él para mí lo era y mucho, además que tenía un cuerpo espectacular y una cara que era para babear constantemente.

Miraba a la ciudad, los edificios, cuanto nos rodeaba. Desde allí parecía una vista a modo pájaro, estábamos en la planta alta de uno de los hoteles más emblemáticos de la ciudad. Aquello era una pasada, era como tener el mundo a los pies, como si tuvieras desde allí el control de todo.

Pasamos la mañana sentados entre arrumacos, besos, momentos sexuales, risas y un montón de anécdotas graciosas de nuestras vidas. La verdad es que bajo esa fachada de chico tímido y respetuoso que era Brian, había habido un adolescente cabezón, mujeriego y con unas cuantas cosillas que causaron algunos quebraderos de cabeza para sus padres.

—Anda que debías tener contentos a tus padres —le dije.

—Lo cierto es que era un trasto. Si alguna vez tengo un hijo como yo de pieza, pensaré que es el karma.

Aquellas palabras me supieron a gloria. “Si alguna vez tuviera un hijo”, retumbaba en mi mente.

—¿Has pensado alguna vez en ser padre? —pregunté con la mayor de las intrigas.

—Claro. Me encantan los niños. No tengo duda de que me encantaría ser padre...

—¿Y por qué no lo has sido todavía?

—No encontré la persona ideal —me cogió la mano en señal de que quizás yo lo fuera. O al

menos, así lo interpreté.

Lejos como me sentía de mi realidad diaria en aquella habitación, no pude evitar pensar que él también sería la persona con la que yo querría caminar de la mano si fuese madre. Debí leerme el pensamiento.

—¿Y tú? —buscó directamente con su mirada en mi interior.

—¿Yo? Supongo que también, lo que pasa es que nunca he visto el momento. Cuando ocurrió todo aquello, me volqué en crecer mucho en lo profesional para no volver a tener que trabajar para nadie más y en eso he estado todos estos años.

—Lo has hecho muy bien —me apartó el pelo —Cuentas con el respeto de todos los que trabajamos contigo, pero también es preciso tener vida, sueños, ilusiones... no lo olvides, pequeña.

Notaba que la filosofía de vida actual de Brian era tener una vida relajada, formar una familia. Se notaba que era muy hogareño, como yo. Eso era algo que me gustaba y me llamaba la atención de él.

De hecho, si me sinceraba conmigo misma, en ese momento tuve la sensación de que en los últimos años mi vida personal podía asemejarse a como si me hubiese subido en un tren y me hubiese dejado llevar. Simplemente eso, pero sin un rumbo ni objetivo concretos.

La comida fue otro espectáculo. Había de todo: marisco, sopa, canapés de salmón y caviar, una ensalada de pasta que era la mejor que había comido en mi vida. Aquello era un verdadero festín para el paladar.

—Bueno, bueno... cuando quiera darme cuenta voy a haber engordado dos o tres kilos. A esto hay que ponerle freno —reí.

—Y ya se lo pondremos. Haremos deporte todos los días —me guiñó el ojo.

En ese momento pensé que yo deporte con él haría a diario, y tanto, pero del que se me estaba viniendo a la cabeza, que el sexo también mantiene en forma. Me reí internamente.

—¿Está todo a tu gusto? —preguntó.

—Mucho más que a mi gusto. ¿Sabes? Nunca me han mimado tanto —levanté la copa de vino para brindar por nosotros.

—Si te soy sincero, nunca he disfrutado tanto mimando a nadie...

Un almuerzo increíble con una compañía incomparable. Eso era lo más. Se trataba de algo que me hacía sentir mejor de lo que jamás hubiera podido imaginar. Si en ese momento me hubieran dicho que tenía que quedarme un año en ese habitáculo sin salir y sola con Brian, firmaría sin pensármelo.

—¿Qué piensas? —fijó su mirada en mí.

—¿Yo? —reí. Ni loca le iba a decir eso, iba a pensar que estaba desesperada...

—Usted, usted, señorita...

—Nada, nada, pensaba que tienes un gusto exquisito preparándolo todo —me zafé y no coló nada. Arqueó la ceja como diciendo “¿crees que me chupo el dedo”? y ambos terminamos envueltos en una risa contagiosa que no tenía fin.

La tarde la pasamos allí, tirados en el sofá, comiendo bombones y tomando café mientras nos dejábamos llevar por todos esos deseos que nunca cesaban en nosotros.

—¿Si ahora mismo pudiéramos coger un avión e ir a cualquier parte del mundo cuál elegirías? —me besó el cuello.

—Ahora mismo no querría moverme de este sofá, que me da pereza —solté con fingida languidez para buscarle la lengua.

—¡Eso es disposición! Así no levantamos el país —rio de un modo sonoro.

—¿En serio? Iría a Egipto. Me apasiona esa civilización.

—Y a mí me apasionas tú, pero apúntalo en nuestra lista de cosas comunes pendientes —ahí iba eso para quien quisiera recogerlo, pensé.

Estaba saboreando aquellas últimas y preciosas palabras cuando el teléfono sonó. No hacía falta que lo mirase porque tenía el sonido personalizado. Era Frank.

—Preciosa, ¿cómo llevas el día? Perdona que no te haya llamado antes, pero los chicos no paran de hacer cosas y esto es un ir y venir... Ni tiempo he tenido de pillar el teléfono.

—No te preocupes. Ha sido muy tranquilito —de nuevo ese escalofrío de tener que hablar delante de Brian con Frank. ¿Incómodo? No, era incomodísimo.

—¿Y qué haces?

—Aquí en el sofá. Tranquilita... —ya solo me faltaba acudir a clases de interpretación.

—Genial. ¿Al final no te has decidido a ir tampoco hoy a casa de tus padres?

—No. He preferido quedarme aquí activando el modo perezoso, no tenía el cuerpo para demasiadas fiestas.

—Bueno, espero poder hacer algo al respecto, que ese cuerpazo hay que aprovecharlo —soltó y debí ponerme de todos los colores, pero predominando el rojo como un tomate, por la cara que puso Brian.

—Ya —musité.

—Voy a dejar de darte la brasa porque no te noto muy habladora. Espero que pases buena noche. Un beso fuerte.

—Lo mismo te deseo —dije con la boca, mientras con la mente deseé que lo partiera un rayo. Los acontecimientos de los últimos días me habían hecho aborrecerlo.

Por la noche también cenamos en la habitación. Fue una cena íntima y emotiva en la que nuestras miradas decían lo que nuestras bocas callaban.

Con el glamouroso entorno neoyorquino de fondo, nos sentíamos poderosos juntos y todo fluía de la formaba más espontánea.

Tocaba despedirse de esa noche que habíamos conseguido pasar juntos. Era un momento doloroso. Me hubiera quedado con él allí todo el tiempo del mundo, pero ya llegaba su final.

—Sabes que tenemos una charla pendiente —me agarró por la cintura.

—Lo sé, te prometo que la tendremos...

—No quiero perderte —acariciaba mi espalda.

—Yo tampoco, pero no te puedo prometer nada.

—No me vayas a echar de tu vida, por favor —acarició mi barbilla.

—No lo haré, jamás, pero quiero que entiendas mi posición, mis cosas...

—Las hablaremos, hasta donde quieras, pero creo que nos merecemos los dos darnos la oportunidad, al menos de intentarlo.

—Hay líneas que solo yo puedo traspasar, pero te prometo esa conversación e intentaré aclararte más cosas. Creo que lo mereces y pienso que es hora de por primera vez en mi vida exteriorizar eso que me comí sola y que estuvo en mí tantos años como el mayor de mis secretos.

—Me alegra que pienses así. A mí me tienes a tu lado siempre, nunca enfrente.

—Lo sé —me abracé con todas mis fuerzas a él mientras me tocaba el cabello con mucha pasión y cariño.

—No pienses en nada esta noche, solo en lo bueno, no te mortifiques y mañana espero que comiences a ver la vida de diferente manera, que seas capaz de canalizar todo eso que guardas en

tu interior y que recuerdes que deben ser tus sueños más grandes que tus miedos.

—Lo haré.

—Quédate con el hecho de que ya hemos dado un paso importante. Hemos conseguido apartar por unas horas el resto para centrarnos en nosotros, ¿no es así?

—Así es y eso es un paso, ¿verdad? —quise aferrarme a sus palabras. Necesitaba quedarme con algo que me diera fuerzas.

—Es un paso y grande. Y juntos daremos millones de ellos, siempre en la misma dirección. Me envolvió en un abrazo sin final.

Salí de allí con el corazón en un puño. Un taxi me llevó a mi casa. Por el camino, iba observando aquel incomparable espectáculo de luces navideñas neoyorquinas mientras las lágrimas afloraban.

Al llegar, lo primero que hice fue meterme en el baño y comenzar a llorar. No sabía si de rabia, de amor, de dolor, pero tenía el corazón en un puño.

Brian era para mí mucho más de lo que él podía imaginar. Era esa persona que me había zarandeado y despertado a una realidad que existía pero que yo no quería ver. Estaba atrapada sin dudas en mi propia cárcel de cristal.

Capítulo 13

No me quería levantar de la cama, pero como sabía que Frank estaba al entrar por las puertas pues prefería que me pillara en la cocina. Así no lo tentaba a meterse entre nuestras sábanas.

Estaba volviéndome más astuta por momentos y pensé que allí el que no corría volaba, pero tampoco era plan de ser demasiado descarada y que se me notara. Debía aparentar absoluta normalidad.

Me preparé un sándwich de jamón york y queso mientras me tomaba el café y me preparaba un zumo. Me había levantado hambrienta a pesar de haber pasado los dos últimos días comiendo como una cerda.

No tardó en llegar Frank con una cara que daba la sensación de que no había dormido en tres días.

—Buenos días —se acercó y me dio un beso.

—Buenos días ¿Un café o algo de comer?

—No, me voy a dar un baño, estoy agotado.

—Está bien —vi cómo iba para el dormitorio.

¿Y qué le pasaba a este para estar agotado? Pues parecía que venía de no haber parado de estar de fiesta. Hasta el olor era raro y eso que se suponía que venía de despertarse temprano y coger un vuelo.

Me subí a mi despacho y no tenía email de Brian, ni de nadie. Estaban todos de fiesta aún y hasta una semana después nadie se incorporaría seriamente.

Merecía aquellos días de asueto porque cuando el calendario laboral daba el pistoletazo de salida, mi vida se convertía en un trasiego total, de lunes a viernes. Eso sí, no me pesaba lo más mínimo. Me encantaba mi trabajo.

Un rato después apareció Frank. Se sentó en uno de los sillones de mi despacho con un café. Me extrañó porque no solía hacerlo. Aquello era como mi santuario. Él no solía subir allí. Me fijé y su cara seguía siendo la de un muerto, más o menos.

—El fin de semana tengo que ir a Chicago. He concertado una reunión con una empresa con la que solo podemos quedar de forma inmediata en fin de semana y me interesa mucho captarla como cliente. Voy a cerrar una buena negociación.

—Te felicito —soné a emoción, pero no por su contrato, si no por la libertad de poder quedar libre para pasarlo con Brian. Eso me había emocionado mucho. ¿Se estaba la suerte posicionando de mi lado?

—Gracias, mi vida. No te ofrezco que me acompañes porque te vas a quedar aburrida en el hotel o sola por esa ciudad.

—No, no, prefiero tomármelo de relax. Ni te preocupes por mí.

—Estupendo. ¿Te apetece comer fuera?

—Pues tenía pensado pasar el día aquí, pero si te apetece salimos.

—No, si quieres pedimos algo para comer.

—Como quieras —sonreí.

—Pediré algo de comida casera en la Casa de la Olla.

—Pues me apetece sí, un poco de crema que hacen de verdura con tropezones de pan de ajo.

—Yo también y para los dos un poco de carne en salsa de la casa.

—Claro.

Pues me voy a tomar un café abajo —se refirió a la cafetería del edificio —y luego llamo para que traigan la comida.

Está bien. Yo tengo pendiente hacer unas cosas y quiero terminarlas tranquila.

—No fumes mucho —sonó a medio riña, pero sin enfado.

—Tranquilo, no lo haré —preocuparse por mí se preocupaba, pero no eran esas las atenciones que yo necesitaba. Al menos, no de él. ¿Me estaba volviendo un poco maléfica?

Se fue de allí y me puse a bailar reggaeton sin música. Estaba emocionada con su partida a Chicago.

Le mandé un mensaje a Brian.

“¿Me invitas a comer el viernes a tu casa?”

Sonreí cuando le di a enviar.

“Claro, tenemos una charla pendiente y estaba ansioso de saber cuándo”

Joder, eso me había cortado el punto, pero lo haría.

“Ahí estaré...”

Volvió a responderme.

“¿Posibilidad de quedarte el fin de semana?”

Me encantaba esa pregunta.

“Totalmente...”

No tardó en contestar de nuevo.

“Prepara una bolsa para el fin de semana. Serás mía completamente”

Pues sí, iba a ser de él, ese que se había convertido en mi otro amor, pero el más importante. No quería nombrar la palabra amante. Para mí no lo era, estaba por encima de todo eso.

La mañana transcurrió con tranquilidad y, para cuando fue a subir Frank con la comida, yo estaba más a gusto que un arbusto y se me notaba.

—Parece que estás de mejor humor. Espero que no tenga que ver nuevamente con mi marcha —bromeó.

—En absoluto. Debe ser que me he tomado varios cafés y ya me voy despertando —afirmé convencida —Y lo que no le iba a contar es que hasta me había marcado varios bailecitos a su costa.

Después de comer, no pude evitar lo inevitable, pero lo cierto es que, aunque lo hicimos, me dio la sensación de que Frank estaba un poco ausente. Por mi parte, ya tenía un máster en orgasmos fingidos, así que hice uso de él y asunto concluido.

Por la tarde, me apetecía tomar un poco de aire fresco.

—Voy a dar una vuelta —solté, cuando incluso ya estaba vestida, para no darle demasiado margen.

—¿Quieres que te acompañe? —¡Mierda! No, no quería.

—Como te apetezca, pero que, si estás haciendo cosas, ni te preocupes. Será un ratillo únicamente.

Pasé por delante de la peluquería de Judith y me hizo una seña para que entrara.

—En ascuas me tienes. Si puedes esperar diez minutos, me voy contigo y tomamos un café.

—Puedo, puedo.

Salimos de su local del brazo. Siempre habíamos sido muy cómplices y, dadas las circunstancias, cada vez más. La fui poniendo al día de todo.

—Es muy fuerte. Parece que se han aliado los astros para que los dos tiren de ti al mismo

tiempo, ¡y con vaya ímpetu! Julie, debes tener música en el ombligo o algo, porque los dejas locos —rio.

—Pues ya quisiera yo menos rivalidad y tener las cosas más claras —me encogí de hombros.

—Tú claras las tienes, bonita. Sabes que te mueres por los huesos de Brian. Otra cosa es que no sepas cómo hacerlo con Frank.

—Ya...

—Pero otra cosa te digo. A mí tanto viajecito me tiene cada vez más escamada.

—A ver, raro es, de narices. Lo que pasa es que a mí me está viniendo de escándalo.

—Hombre, eso está claro. Te lo está poniendo a huevo. Más tonto y no nace. A no ser que tampoco esté seguro de vuestro compromiso.

—¿Y qué sentido tendría eso? ¿No está seguro y me pide matrimonio? Él sabía que le iba a decir que sí. No era una vía de escape.

—Te entiendo y tienes razón, pero hay algo que se nos escapa. ¿No te huele un poco a chamusquina? —me miró en plan Sherlock Holmes.

—Pues no te digo que no, pero yo estoy encantada de la vida. Así que solo digo que le vayan dando unas pocas de morcillas.

—Pon un anuncio por si hay suerte y alguien se lo queda. Vamos, alguien no. Con su trayectoria profesional se lo quedaba medio New York...

—No caerá esa breva...

Me despedí de Judith prometiéndole que, a partir de ese momento, procuraría mantenerla puntualmente informada y ella me dijo que no dejara de hacerlo porque estaba enganchada a mi particular telenovela.

Los tres siguientes pasaron a cámara lenta. El viernes que me iba con él era el día de Reyes.

Por la mañana amanecí y fui a la cocina. No estaba Frank, al entrar al salón lo vi allí sonriente con un montón de regalos para mí: de bolsas de firmas, perfumes, ropa, joyas, todo un espectáculo y un derroche.

Nosotros teníamos la costumbre de celebrar esa festividad y por todo lo alto. Mis abuelos eran latinos y yo le había contado a Frank al conocernos que me encantaba celebrarlo porque tenía muy buenos recuerdos de la infancia con mis abuelos, recibiendo y dando regalos a tutiplén.

Me conocía muy bien y aparte, de siempre había tenido la habilidad de ir tomando nota mental de todo lo que me gustaba a lo largo del año para hacer de ese día todo un acontecimiento. Y ese año no iba a ser una excepción.

“No te faltará nunca un día mágico de Reyes”, me comentó entonces y así había sido. Otra cosa es que sus regalos ese año no me hicieran ni la más mínima ilusión.

Disimulé y lo abracé.

—Espero que sean de tu gusto. Hay un poco de todo...

—Claro. Ya sabes que sí. Fui desarrollando uno a uno y reconociendo que buen gusto sí que tenía, ¡por eso se enamoró de mí! Reí internamente.

A él siempre le gustaba que yo abriera mis regalos con tranquilidad y luego le diera el mío. Decía que el mayor obsequio era ver mi cara de ilusión. En ese momento ya sentía todas esas palabras muy lejos, como si nunca hubieran ido conmigo.

Llegó mi turno y saqué un reloj impresionante que sabía que acertaría, pero nada más. Yo era muy sosa para preparar esas cosas, pero le encantó, se lo llevó puesto.

—Bueno pues con esto creo que damos por concluidas las Fiestas —me dio un beso en la mejilla —Empieza un año cargadito de trabajo y que nos va a traer cosas maravillosas en la

personal... Te llamo cuando esté instalado. Cuídate mucho y no fumes demasiado.

—Así lo haré. Te deseo un buen viaje —sonreí y pensé que, si además de bueno, era largo, mejor que mejor. Por mí como si quería dar la vuelta al mundo en bicicleta.

Nos despedimos y me asomé por la ventana viendo cómo venía un taxi por él. En otro tiempo, me hubiera ofrecido a llevarlo al aeropuerto, pero cada vez me hacía más la tonta respecto a ese tipo de detalles.

Loca de ilusión, me puse a preparar la bolsa de viaje. Después me fui a casa de mis padres a darles sus regalos. Ellos me dieron los míos. Un abrigo precioso y una tarjeta de regalo de unos grandes almacenes para que me comprara lo que quisiera.

Insistieron en que me quedara a comer, pero les mentí diciendo que había quedado con Judith, a la que por cierto le puse un mensaje y le dije que ese fin de semana pasara lo que pasara yo había estado en su casa. Lo entendió perfectamente, ya la había puesto al tanto de que me iba con Brian y de que Frank había salido hacia Chicago en nuestro último café.

Mi madre estaba emocionada con lo de la boda, eso le había quitado de la mente en cierta manera el sentir que algo me pasaba, cosa que agradecí, no quería darle dolores de cabeza y mucho menos meterla en una historia que yo no quería explicar, al menos no en ese momento.

—Hija, vas a ser la novia más guapa del mundo. Tenemos que ir preparando cosas. A mí me tienes para todo aquello en lo que te pueda ayudar, no hace falta que te lo diga...

—No solo no hace falta que se lo recuerdes, sino que ya sabe ella que cualquiera te deja fuera del asunto con la ilusión que te hace —rió mi padre.

—¡Me deshereda! —exclamé, sin entrar en el fondo de un asunto que me resultaba el más espinoso del mundo.

Mi padre se probó toda la ropa que le había regalado. Me encantaba lo feliz que le hacía cualquier cosa. Además, presumía mucho de que su hija conocía su gusto a la perfección y era así. Yo sabía exactamente qué regalos le entusiasmarían. Tenía muy claros sus gustos.

A mi madre le regalé un precioso reloj, que le había emocionado mucho, ya lo tenía puesto, a novelera no había quién la ganara.

Me hizo mucha gracia la bolsa de chucherías, todos los bombones y chocolatinas que me habían puesto en un cofre de madera que estaba lleno hasta la bola. Sabían que ese día me encantaba tener muchas porquerías y ponerme guarra de comer todo eso, pero era como una tradición que llevaba desde niña y mis padres vaya si eran exagerados...

—Tengas la edad que tengas, siempre serás nuestra niña, Julie —me abrazó mi padre, que desde que nací había tenido pasión conmigo. La misma que yo con él.

Nos despedimos con mucho cariño y me desearon que pasara un día maravilloso. No sabían ellos cuánto lo sería. Les prometí compensarles otro día y me fui feliz.

Así, cargué el cofre y los regalos en el maletero, además me dieron algunas cosas para Frank. Yo se las entregaría de su parte a su vuelta.

Arranqué el coche con el corazón a mil, ilusionada por el fin de semana que me esperaba por delante con Brian y sabiendo que eran momentos de felicidad para sumar a mi corazón.

Capítulo 14

Allí estaba él sonriente, abriéndome la puerta del coche y dándome la mano para que saliera. Nos abrazamos.

—Imposible estar más guapa —me pegó a él para besarme allí mismo. La atracción entre nosotros era bestial.

—¿Y me lo dices tú? —arqueé la ceja cuando terminamos de besarnos. Tienes la sonrisa más atractiva de todo New York.

Saqué la bolsa y entramos en la casa. Había comenzado a llover a mares.

—La vida nos está dando muchos momentos, por algo será... —puso una copa de vino en mi mano.

—Por algo será —carraspeé y solté una carcajada nerviosa.

—¿Y por qué crees que es? —me agarró por detrás con su copa en la mano.

—Me lo bebo de un trago —bromeé girándome, pero me bebí la copa del tirón —Otra por favor, la puse sobre la mesa ante su negación riendo.

—Me parece que quieres esquivar la pregunta —levantó la ceja mientras me echaba otra copa.

—Yo lo que quiero es beber —me salió una burla que le causo una sonrisa.

El caso es que sí quería esquivarla. Lo que me apetecía era beberme no solo la copa, sino aquel intenso momento, sorbo a sorbo.

Nos sentamos en la terraza y me miró. Se hizo un silencio que sabía que traería un montón de respuestas a esas preguntas que le rondaban en la cabeza.

—Está bien, ni me preguntes. Te iré contando —reí con esos nervios que no conseguía quitar de mi cuerpo.

—Tenemos todo el fin de semana —su mirada brillaba de felicidad de tenerme allí.

—Pues mejor, necesito beberme la botella —bromeé.

—¿Qué tal estos días?

—Bueno, feliz por saber que te vería.

—Yo también —afirmaba sonriente.

—No sé por dónde empezar esa es la verdad... —el corazón se me salía del pecho. Era la primera vez que me enfrentaba a contar, a pecho descubierto, el gran secreto de mi vida. Y lo iba a hacer con la persona que amaba.

—Háblame de cómo era tu vida antes de conocerlo a él o de que te sucediera eso —intentaba ayudarme.

—Muy bien enfocado —le señalé con el dedo —Pues trabajaba en una empresa laboral, lo mismo que ahora, con la diferencia que en estos momentos trabajo para mí y no para nadie. Me habían seleccionado para una buena plaza, con un buen salario y buenos horarios, así que estaba de lo más feliz. A todo esto, acababa de terminar la carrera.

—Debías estar feliz...

—No lo sabes tú muy bien. Tenía ganas de comerme el mundo.

Cogí un cigarrillo y suspiré. Me costó un poco volver a arrancar. Él permanecía en silencio respetando mis tiempos.

—La asesoría llevaba grandes empresas que yo no conocía ni gestionaba, yo me dedicaba a las pequeñas, a su asesoramiento y control financiero. Así estuve dos años hasta que un día

celebrábamos un evento con una empresa grande que yo no conocía. Era en Colombia, así que nos fuimos una parte de la plantilla tres días para allá.

—No me lo quiero ni imaginar —dijo levantándose y poniendo las manos en la nuca, como si ya hubiera presagiado algo —¿Te metieron una maleta?

—Sí ¿Cómo lo sabes?

—Se escucharon muchos casos de esos. Salieron mil veces en las noticias, sigue por favor —soltó el aire, tenía razón que se habían dado muchos casos como el mío.

—A la vuelta yo iba en un avión diferente porque, según ellos, no había plaza en el otro vuelo y uno de mis jefes me pidió que llevara esa maleta en concreto, ya que él tenía que seguir para otro destino, y que se la entregara al conductor que me recogería en el aeropuerto para llevarme a casa.

—Te la metieron doblada...

—Totalmente —se me saltaron las lágrimas —Me dijeron cuando pisé New York que pasara a un control tras recoger las maletas y, al abrirla, solo recuerdo que cuando empezaron a sacar los paquetes yo me desmayé.

—Y nadie te iba a creer si culpabas a otra persona...

—Nadie me creyó. Pensaban que intentaba echar las culpas a alguien. Salí de allí detenida y no quise llamar a mis padres. Contacté con Frank porque me lo recomendó una amiga en la llamada que me permitieron hacer. Me dijo que era el mejor.

—Y tanto, imagino lo que me vas a decir...

—Vino y cuando me dijo que me iban a pedir entre veinte y treinta años de cárcel, yo me desvanecí. A mis padres los llamé y les conté la trola del siglo con el hecho de que estaba fuera y tardaría tiempo en volver.

—¿Y te creyeron?

—No se quedaron convencidos, pero me la fui ingeniando con las llamadas. Frank venía a diario a hablar conmigo y poco a poco fue surgiendo algo especial entre nosotros. Por su parte más que por la mía, pero yo me aferraba a él como una tabla una salvación.

—¿Y qué pasó entonces?

—Pues que un día cercano al juicio me dijo que me podía sacar de esa comprando a los fiscales y a la policía. El plan era hacer ver que habían descubierto que todo estaba preparado. Era mi única salida, te estoy contando por encima.

—Te entiendo —vi cómo las lágrimas le caían por la cara.

—Te juro que hubiera vendido mi alma al diablo. Su única condición es que debería permanecer a su lado a partir de ese momento, era el precio que debía pagar, respetarlo y serle leal.

—Hijo de puta...

—Había muchas cosas más pero que no son importantes. Tuve que ceder a todo. Sabía que tenía que hacerlo, de lo contrario pasaría una gran parte de mi vida en la cárcel.

—¿Y qué puede pasar ocho años después si no quieres estar con él?

—Me dijo que, si lo vendía, ya que no había pagado por aquello, pagaría por otra cosa y creo que es capaz de meterme en un lío.

—Eso no puede pasar —decía indignado —Eso no puede pasar, tiene que haber algún modo de frenarlo y lo pienso descubrir.

—Me da verdadero terror, después de ver que fue capaz de librarme así, sé que es capaz de hundirme de alguna manera —soné a rabia.

—¿Y estaba casado?

—Sí, estuvo con ella y conmigo a la vez cuatro años y pico, luego se vino al dúplex que me compré.

—¿Y sabes por qué se separaron?

—Según él había más motivos de conveniencia que de amor, pero era parco en palabras, no contaba mucho.

—Ese debe tener algo escondido para poderlo coger por los huevos —decía pensando en una razón que nos permitiera joderlo de alguna manera.

—Tiene muchas cosas, pero es hermético y meticuloso.

—Veremos eso. Ya me encargaré de hacer algunas averiguaciones.

—Por favor, déjame a mí —Yo sabía que tanto él como Pol tenían muchos contactos y teclas que tocar, pero no quería que se metiera en nada.

—No te meteré en ningún lío, ni meteré las narices en nada. Solo quiero averiguar varias cosas, empezando por su ex mujer.

—¿Por ella? No entiendo...

—Puede tener mucha información, pero tranquila que no seré yo quien haga esas averiguaciones.

—No lo sé, no sé si será buena idea meternos justo en la boca del lobo.

Se acercó a mí y se puso de cuclillas.

—Te voy a sacar de esta, confía en mí, te voy a sacar —me besó mientras acariciaba mi mejilla.

El caso es que, cuanto más me lo decía, más me convencía. No sabía si pasaba así porque era justo lo que quería escuchar o porque confiaba realmente en sus posibilidades al respecto.

Nos abrazamos y luego nos fuimos a preparar la comida. Ya la tenía casi lista. Solo faltaba calentar en el horno y a comer.

Durante el almuerzo cambiamos por completo el tercio. Aquella conversación había supuesto remover tal cúmulo de cuestiones que me dejó literalmente fuera de combate.

Él lo notó y sabía perfectamente que yo necesitaba hablar de otras cosas.

—¿No se han extrañado tus padres de que no te quedaras a comer con ellos?

—Bueno, a decir verdad, no. Les he dicho que había quedado con Judith y como saben que nos llevamos fenomenal creo que ha colado.

—Bueno, mejor así.

—Sí, sí. Por suerte son un gran apoyo en mi vida, pero nada metomentodos. De hecho, han respetado siempre muchísimo mi independencia.

—Eso es muy importante. Bueno, pues habrá que ir haciendo planes para luego, quiero vivir intensamente estas horas contigo.

—Estas y todas las que pasamos juntos —le saqué la lengua.

—¿Qué te apetece de postre?

—¿Puedes ser tú? —pregunté mientras me acerqué del modo más sugerente.

Fue clavar mi mirada en la suya y ver que saltaban chispas. Tan pronto llegué a su altura, me tumbó sobre la mesa y lo hicimos allí mismo, ajenos a todo lo demás. Cada vez necesitaba más sentirlo. Era una necesidad imperiosa que él también compartía.

Tras aquel más que agradable postre nos fuimos a pasear por la ciudad. Nos habíamos quedado muy satisfechos y teníamos ganas de que nos diera el aire, de caminar.

Nuestro primer destino fue ir a tomar un Frozen hot chocolate en Serendipity. Allí, a imagen y

semejanza de los protagonistas de Serendipity III, compartimos una enorme copa gigante de chocolate con nata.

Después, y pensando que a ese ritmo iba a ser más fácil saltarnos que darnos la vuelta, nos hicimos una amplia ruta caminando y disfrutando del sol que acompañaba a unas bajas temperaturas que aquel día parecían bastante más soportables.

Estuvimos recorriendo la 5ª Avenida. Me hubiera encantado poder caminar cogidos por la cintura, pero, aunque New York es una auténtica jungla urbana y no era fácil, tampoco era cuestión de meter la pata hasta el fondo y arriesgarnos a algún encuentro que nos hubiese dejado descolocados.

De hecho, si antes lo pienso, antes se dio Brian de frente con un conocido suyo.

—Ey, cuanto tiempo Brian, ¿has vuelto? —le abrazó.

—Sí, Richard. Llevo ya unos días en la ciudad.

—¡Anda que avisas! Tenía ganas de verte, tío. Ya es casualidad habernos encontrado.

—¡Y tanto! Te presento. Esta preciosidad es Julie. Julie, él es Richard. Un amigo de toda la vida.

—Encantado, Julie.

—Lo mismo te digo Richard —nos dimos dos besos.

—Cuéntame, fenómeno, ¿hasta cuándo te quedas con nosotros?

—Bueno, no lo tengo muy claro...

—¿Y eso?

—Depende de una circunstancia concreta. En principio me iba a quedar yo aquí en New York y Pol marchaba a Europa. Después lo he dudado durante un tiempo, pero finalmente me da a mí que me quedo —le explicó.

Tomé nota. La decisión dependía de mí. Me sentí especial en ese instante.

—Cosas de ricos. Tú puedes elegir —bromeó Richard —Yo no creo que vaya a la sucursal europea de mi clínica dental familiar nunca.

—Ni falta que hace —se abrazaron.

—Me alegro de conocerte Julie. Créeme que es buen tío —me dijo.

—No tengo duda, pero tampoco tengo nada que... —me callé. Fui a explicarle que no era mi pareja, pero finalmente no me apeteció. Era divertido hacer como que lo era, aunque fuera por unos instantes.

Fuimos a un pub muy chulo que por la tarde se ponía muy bien. Recreaba el ambiente del oeste y nos tomamos unas cervezas mientras charlábamos y tonteábamos como dos quinceañeros.

—Cuéntame tu borrachera más sonada —le reté.

—¡Ay, Dios! Fue en la despedida de soltero de mi primo mayor que es un poco especial y quiso que la celebráramos su hermano pequeño y yo. Los tres solos.

—¿Y qué pasó?

—Pues que él se casó bastante joven. Yo lo era todavía más, por no decir que mi primo pequeño acababa de cumplir los dieciocho. En aquel momento, éramos tres descerebrados.

—¿Y?

—Pues que hicimos una absurda apuesta de quién aguantaba más chupitos de tequila sin caerse al suelo.

—¿Ganaste?

—No ganamos ninguno. Todos resistimos y permanecimos en pie. Lo que sí ganamos fue una cogorza cada uno como un piano. Y eso fue la noche antes de la boda, con eso te lo digo todo.

—Y debisteis llegar con cara de funeral todos.

—No, la cara de funeral se nos puso cuando nos llamó mi tío tres horas antes de la boda porque no aparecíamos.

—¿Y dónde estabais?

—Pues habíamos pillado un tren... Sin saber a santo de qué... Debió ser otra tontería que apostáramos cuando ya no nos teníamos en pie... Y estábamos a 400 kilómetros de casa.

—¡No fastidies!

—Sí, sí... Tuvimos que volver en un taxi que entonces nos costó lo que para nosotros era una fortuna. La boda se celebró dos horas tarde, mientras el novio llegó y pudo adecentarse un poco. Su mujer no nos habló a mi primo menor y a mí en meses.

—La liasteis parda...

—No lo sabes tú bien. Lo peor fue tener que escuchar la bronca de mi tía y de mi madre todo el día. Sonaba como si nos martillearan las sienas...

—Vamos que si un día alguno de vosotros se vuelve a casar...

—Cuando yo me case, que algún día me casaré —me guiñó el ojo —pediré que me encierren bajo llave la noche anterior. Es broma. No es lo que me pide el cuerpo. No tengo nada que ver con aquel chico. Creo que esa es una ocasión para disfrutarla como es debido.

Volvía a salirle aquella vena familiar que tanto me gustaba. Además, hablaba de todas aquellas cosas con la máxima naturalidad. No parecía temerle en absoluto al compromiso.

Pese a que recordar la anécdota le hizo reír, Brian tenía un brillo en la mirada especial, pero su rostro era triste. Aquello que le había contado sabía que no dejaba de atormentar su cabeza.

Yo lo abrazaba y besaba a cada momento. Se me olvidaba que era una mujer comprometida pero cuando habíamos llegado echamos una visual y no había nadie conocido. Además, ese lugar estaba muy apartado y solo lo frecuentaba la gente de aquella zona.

Solíamos escoger locales de ese tipo para poder dar rienda suelta a nuestros sentimientos sin tener que estar con siete ojos al respecto.

Después de pasar buena parte de la tarde allí nos fuimos a cenar a un restaurante japonés. Algo que teníamos en común es que nos encantaba el sushi, así que nos pegamos una muy buena cena.

Brian estaba como ido. Realmente intentaba aparentar que estaba bien pero no era así, desde que le conté eso se había quedado muy tocado y se notaba a la legua la impotencia que sentía ante aquella situación.

Yo intentaba convencerlo de que no pensara sobre ello, pero él me decía que no me preocupara que estaba bien. Yo sabía que no era así, que lo decía para no preocuparme, pero su cara era el reflejo de su alma.

Después de la cena nos fuimos hacia la casa, hacia un frío inaguantable y por muy abrigado que se fuera era bastante molesto.

Brian estaba triste, con dolor, yo no sabía qué hacer para calmarlo, lo que más me dolía era que su malestar fuera de algún modo por mi culpa.

Nos sentamos en el sofá cuando nos cambiamos y nos pusimos la ropa de casa, nos abrazamos y estuvimos mirando el fuego en silencio.

—¿Te apetece ver algo en la tele, Julie?

—No hace falta... Me quedo embobada mirando tus ojos celestes. No he visto unos ojos más bonitos en la vida —le comenté, aunque la parte que me callé es que tampoco más tristes.

Nos mirábamos, acariciábamos y refugiábamos el uno en el pecho del otro. Hicimos varios intentos de ir a la cama, pero la verdad es que no sabíamos ni lo que queríamos. O, mejor dicho,

lo sabíamos de sobra y enloquecíamos de no saber cómo lograrlo.

Lo peor de todo es que el teléfono no tardó en sonar. Allí estaba el mister. Durante el día habíamos cruzado algunos mensajes, pero no me había llamado. Notaba que en estos últimos viajes parecía más independiente y a mí me venía de perilla.

—Hola preciosa, ¿cómo os pasado el día?

—Bien, bien. Tranquilita. He estado paseando, ahora estoy en el sofá... Reía internamente pensando en que, hasta ahí, ni una mentira. Otra cosa era con quién compartía mi tiempo.

—Eso está genial. Anímate y haz muchas cositas. Últimamente no estás muy comunicativa cuando te llamo. Si quieres cuelgo...

—No, no hace falta — Entendí que, si quería que colara, tenía que darle algo de vidilla, porque de otro modo podía empezar a mosquearse más que un pavo escuchando una pandereta. Y eso no me convenía en absoluto.

—Pues cuéntame entonces... ¿Qué tal con tus padres?

—Fenomenal. Me han dado varios regalos para ti —miré a Brian e hice un gesto con los dedos indicando que tenía ganas de vomitar.

—Perfecto. Son unos buenazos. Y sé que me tienen mucho aprecio —claro, se lo tenían en parte gracias a mí, que había callado desde el primer momento la realidad...

—Sí, sí que lo son...

—Tu madre te habrá dado la brasa con la boda. Están como locos...

—Sí, bueno... Algo me ha dicho —¡Lo que me faltaba, que sacara el tema estrella al ladito de Brian!

—¿Algo? Ya será más...

—Sí, bueno, tú sabes... me ha ofrecido su ayuda —notaba cómo a Brian se le iba cambiando el gesto, de la tristeza a la ira...

—¿Has pensado ya algo sobre lo que te dije de la fecha?

—No aún no. Ya lo veremos —musité.

—Buenos pues, aunque me tengo por buen abogado no consigo demasiada información —rio.

Esa noche nos quedamos a dormir en el sofá, abrazados, antes lo hicimos como nunca lo habíamos hecho, con menos fogosidad y más sentimiento. Era increíble, pero lo sentí así, como si hubiera dolor y necesidad, como si quisiéramos transmitir todo lo que sentíamos el uno por el otro y todo aquello que nos causaba tal mal.

Miraba al fuego mientras estaba pegada a él que me abrazaba desde atrás, en silencio, pero estaba pensando al igual que yo en todo lo que pasaba en mi vida, en ese secreto que por primera vez le contaba a alguien y del que, en cierto modo, me veía más liberada.

Era justo algo que me transmitía, que los sentimientos por parte de Brian hacia mí eran reales, el dolor que podía percibir en él por todo aquello que yo acarreaba.

Yo no me quería casar con Frank. Eso lo tenía claro, pero también era evidente que si tuviera la oportunidad de sentirme libre lo dejaría, pues yo amaba a Brian y aunque este no quisiera estar conmigo cosa que no era así, ya no podría evitar pensar en que lo mío con Frank no era auténtico.

El amor por Brian lo había cambiado todo y, si algo me había enseñado en aquellos días, era que mi relación con Frank no era más que fruto del cariño y lealtad por los que en su día hizo por mí.

Lo de descubrir algo de la vida de Frank para tener un buen escudo sabía que no sería posible, no conocía a persona con todo mejor atado que él, además de su discreción y de no contar nada, sabía jugar alto, eso siempre lo tuve claro.

Me levanté a fumar un cigarro y Brian hizo lo mismo.

—Por mi culpa te echas al vicio.

—No creo, pero vamos, no me sorprendería —sonrió y me besó la mejilla.

—No te mereces estar mal por mí.

—Por ti merece la pena todo, no digas eso Julie, por ti todo —volvió a besarme, pero esta vez en la mejilla.

—Pero no quiero que te metas en mis problemas, buscaré la forma de resolverlos yo, te lo prometo.

—Me parece bien, pero yo te ayudaré desde la distancia, no me pienso quedar de brazos cruzados.

Suspiré y me quedé mirando a la chimenea...

Terminamos el cigarrillo y nos volvimos a echar en el sofá abrazados. Él estaba con poco ánimo de charlar, se le notaba que solo hacía pensar y eso me dolía mucho.

—No le des más vueltas a la cabeza, Brian. Me da la impresión de escuchar a tus pensamientos chirriando. Te va a echar humo el coco. Tienes que tratar de desconectar.

—No sabes hasta qué punto me toca la moral el tema, pero descansa, mi niña. No me llamo Brian si no le encuentro una solución.

Me costó mucho tiempo y pensamientos dormirme. Se me pasó de todo por la cabeza, momentos en los que antes no había pensado y que ahora veía como egoístas por parte de Frank. Me refería a detalles referentes a sacarme de sus cosas cuando le convenía, dejándome aparte. Consistía en no contar conmigo para eventos o viajes, parecía que yo le sobrara en muchos momentos, era como tenerme a su modo, en casa y calladita, ajena a todo lo que giraba en torno a su vida.

Lo peor del asunto era que me empezaba a dar cuenta de tantas cosas a la vez que me desgarraba el corazón el haberme tomado ciertas cosas de manera natural, cosas que no lo eran, era como si fuera un florero en su vida, un jarrón que ponía en el lugar que le convenía según le placía.

Contuve el llanto para que Brian no se diera cuenta. No lo quería poner peor, pero me estaba encendiendo yo sola, estaba comprendiendo que detrás del buen trato que tenía Frank conmigo había un afán de utilizarme a su antojo, de tenerme cuándo quisiera o dónde quisiera, pero a veces no le convenía tenerme cerca y me dejaba de lado para irse solo a muchas de sus cosas, como si yo le molestara.

¿Había vivido totalmente equivocada?

Capítulo 15

Brian besaba mi cuello y me agarraba por la cintura mientras yo abría los ojos y volvía a mirar al fuego.

—¿Qué tal dormiste?

—Bien, buenos días, Brian —sonreí mirando a la chimenea mientras me pegaba más aún a él.

—¿Hambre?

—Café, sobre todo —era mi obsesión nada más levantarme.

—Vamos a ello —nos levantamos y me llevó abrazada hasta la cocina.

El día se presentaba lluvioso y completamente gris, pero nos pusimos a desayunar en esa terraza que tanto nos gustaba.

—Tienes que empezar a mirar por ti Julie —sonó a tristeza.

—Lo haré —sonreí con dolor.

—Te voy a ayudar, solo espero que no me sueltes de la mano.

—No te puedo prometer nada. No puedo saber cómo será lo que pasará a partir de ahora.

—No voy a permitir que pases miedo al lado de alguien que se cree con el derecho de comprar la libertad de las personas para hacerlas esclavas suyas.

—Brian, no es tu culpa es la mía por aceptarlo.

—Lo aceptaste para salir de aquello que no te pertenecía, pero ocho años ya son suficientes como para tener que vivir encadenada a una historia que no te pertenece ni te hace libre.

—Pensaré estos días y tantearé cómo puedo empezar a exponerle las cosas.

—A la más mínima me llamas o te vienes para acá. Por favor te lo pido, no sientas miedo por nada.

—Prometido —me daban ganas de llorar. Todo aquello me generaba un estrés emocional grandísimo.

El desayuno después de ese momento entre ambos fue un poco triste. Los dos sabíamos lo que sentíamos el uno por el otro y lo que nos transmitíamos. Era doloroso saber que dos personas que se amaban tanto no pudieran estar libremente juntas.

La mañana la pasamos haciéndonos arreguacos, viendo vídeos de YouTube, contándonos cosas, haciéndonos confesiones, analizando la mirada del otro...

Brian era un apasionado de la tecnología y en su casa se notaba en cada detalle. Tenía lo último de lo último en todo y yo le hacía bromas diciendo que era un sibarita.

—¿No me estarás llamando excéntrico? —arqueó la ceja.

—No. Lo único que digo es que eres muy pijo y que tienes lo mejor en aparatejos de todos los estilos —su casa era de esas cien por cien inteligentes y sus dispositivos móviles eran todos no de última, sino de ultimísima generación.

—¿Sí no? Pues voy a sorprenderte. ¿Te gustan los juegos de mesa?

—Me gustan, pero no creo que tú sepas lo que son —le hice la broma. Necesitábamos desconectar, distraer la mente y olvidar tristezas.

—Te voy a dejar helada —se levantó y vino con un Monopoly.

—¡No me lo puedo creer! —negué con la cabeza.

—¿Por?

—Porque era mi juego favorito de pequeña. Me pasaba horas jugando con mis padres los fines

de semana.

—Yo también —sonrió —En mi casa jugábamos los hermanos.

—Claro, tú llevas los negocios en las venas. No quiero yo pensar las palizas que les darías a los pobres...

—No lo dudes. Luego ellos se arrepentían porque el caso es que siempre picaban. Apostábamos la paga semanal y la perdían. Más tarde me pedían un préstamo para comprar un tebeo o chuches y les cobraba intereses...

—No me lo puedo creer —me ponía las manos en la cara. ¡Vaya negociante estabas hecho, desde enano!

—No lo sabes tú bien. Algún día te lo contarán —soltó con toda la naturalidad del mundo.

Comenzamos la partida y nos metimos ambos a tope en el papel.

—Julie, créeme que eres una rival dura de pelar. Estoy acostumbrando a comerme a mis contrincantes y hoy me está costando trabajo —parecía de lo más concentrado. La escena resultaba muy graciosa.

—¿Qué esperabas? Así que, subestimándome, ¿eh? —le guiñé el ojo.

—Cada día me sorprendes más, pequeña —estudiaba su siguiente jugada. Eres toda una estrategia. No soy solo yo el hombre de negocios. Creo que, si te dejo, me desplumas —rio.

—¿Toda una estrategia? No tendrás un ajedrez... —sugerí.

—Hombre claro, faltaría más —me miró con intriga —¿No me digas que también te gusta?

—No solo me gusta, sino que a eso no me ganas —lancé el rato.

—¿No me fastidies que estoy ante toda una campeona de ajedrez?

—No lo dudes ni por un momento. Me enseñó mi madre de peque y me apasiona.

—Tú no serías una ratonceja de biblioteca, ¿no? —bromeó.

—Nada de eso. Yo era más chula que un ocho, pero ganaba todos los campeonatos del cole y del barrio.

—Ummm, chica lista. Me pone —rio —A mí tampoco se me daba nada mal. Va a ser interesante... —puso su mano sobre la mía.

La partida de Monopoly la ganó él, como era de esperar.

—Eso es trampa —lo miré con admiración.

—¿Cómo trampa? —esbozó su preciosa sonrisa.

—Porque juegas con ventaja...

—A ver, explícate...

—Porque cuando tú naciste el médico te cogió por las piernas y, después de analizarte, le dijo a tu madre “señora, ha tenido usted un empresario”.

Estuvo riendo durante más de un minuto y, cuanto más se reía, más me enamoraba.

En un momento dado, se echó sobre mí y empezó a besarme. Pusimos en marcha en cero con dos esa maquinaria que tantísimo nos gustaba activar. ¡Ya estaba otra vez el lío!

Nos tumbamos en el sofá. Cada vez lo hacíamos con más y más intensidad. Íbamos conociendo aquello que hacía explotar de pasión al otro y ambos lo potenciábamos. Eso sí, se notaba que nuestra mente estaba descolocada por los acontecimientos.

Juntos terminamos en una explosión final que nos dejó agotados. Encendí un cigarrillo y él le dio una calada. Nos quedamos hechos un ovillo en el sofá, desnudos y con una cara increíble de querer que aquello no se acabara nunca. Nuestras miradas nos servían de apoyo.

—Me da a mí que el ajedrez se queda para la tarde —besó mi frente.

—Muy bien, pero prepárate. Espero que no sea porque te haya dado miedo —reí.

—¿No lo dirás en serio? —analizó mi mirada.

—Ya sé que no, pero que sepas que te voy a ganar de todas formas —me puse muy digna yo — Esta tarde te lo demuestro.

Propuso almorzar en su casa ya que el día no invitaba a salir. Los abrazos y miradas cómplices lo decían todo sin necesidad de más palabras que las que ya nos habíamos dicho.

—Hoy cocino para ti. ¿Qué te apetece?

—Una ensalada. Va siendo hora de ir bajando lo mucho que hemos comido estos días —luego caí en la cantidad de chuches que mis padres me habían regalado por Reyes y era para chocarme el comentario.

—Lo que la señorita quiera —me guiñó el ojo.

Nos fuimos a la cocina y puso una canción que al mismo tiempo me acarició y me removió el alma. Se trataba de “Show must go on” de Freddy Mercury.

—Debe continuar e intentaré que lo haga —lo abracé por detrás — Lo deseo con todo mi corazón.

—Lo sé —se giró y me dio un beso.

Tenía una sensación extraña de un montón de sentimientos encontrados, por un lado, quería sincerarme con Frank y por otro me daba terror.

Comimos en su terraza. Ver llover desde ella constituía un auténtico espectáculo para los sentidos. El día estaba como nuestro estado de ánimo. No podíamos negarlo, pero había que seguir adelante.

Más tarde comenzó a nevar y, desde su cristalera, comenzamos a divisar ese precioso manto blanco que se estaba creando en la calle. Aquello evocó de nuevo la nostalgia de nuestra infancia.

—Yo flipaba dándole bolazos de nieve a mis hermanos. Sobre todo, al mayor, que era menos espabiladete que el pequeño —empezó a contar —Pero claro, no contaba que, donde las dan, las toman.

—Cuenta, cuenta... —me encantaba escuchar sus historias de niño.

—Pues nada, que siempre presumía de eso y subestimé que aquello lo estaba poniendo de muy mal genio...

—¿Y qué pasó?

—Pues que un día, después de llevarme riendo un buen rato porque le había dado tal bolazo en la frente que lo había tumbado de espaldas, mi hermano, presa del cabreo, envolvió una piedra en nieve...

—¡No! Me puse la mano en la boca.

—¡Sí! Mira, tengo esto para demostrarlo. Llevó mi mano hacia un lugar de su cabeza en la que había una pequeña cicatriz.

—¡Heridas de guerra por trasto! —se la acaricié.

—Pues sí, pero siempre he pensado que, en esos casos, que me quiten lo bailado. Es mi filosofía de vida.

—¿Y tú? ¿Qué hacías en esos días?

—Pues yo era muy manitas y me encantaba hacer unos muñecos de nieve formidables... Incluso, cuando íbamos a ver a mis abuelos al pueblecito de montaña en el que vivían, los hacía en la parte posterior de su casa y luego les cobraba entrada a los niños por verlos...

—¡Anda la leche! Y luego el empresario soy yo... ¡Manda narices!

Disfrutábamos mucho con aquellas confianzas de cuando éramos pequeñajos. Eran momentos deliciosos en los que nuestras cabezas volaban a un tiempo en el que no conocíamos el sentido de

la palabra problemas.

Después de comer nos quedamos un rato mirando cómo nevaba, de pie, desde aquella inmensa cristalera que nos comunicaba con el mundo exterior, pero que al mismo tiempo nos aislaba de las inclemencias del tiempo, proporcionándonos aquella exclusiva sensación de confort.

La tarde la pasamos frente a la chimenea. Lo veía triste, decaído, muy pensativo, pero a la vez me abrazaba y seguía en su línea

cariñoso, a pesar de que todo aquello le había causado mucho dolor.

Quise sacarlo de aquella situación de ostracismo con la idea de jugar la prometida partida de ajedrez. No tardó en ir por él. Aunque le gustaba mucho la tranquilidad, también era una especie de culillo inquieto al que le encantaba estar haciendo siempre cosas.

—¡Lo veo y no lo creo! —exclamó cuando le hice la última jugada dándole jaque mate.

—¿Qué es eso de lo veo y no lo creo? —explícate.

—Eres una crack, pequeñaja. Lo eres. Donde pones el ojo pones la bala y eso me gusta. Tu inteligencia me hipnotiza, me deja atrapado... Además...

—Además, ¿qué?

—Que hacía mucho tiempo que no recordaba que la vida se asemeja a veces mucho a una partida de ajedrez. Me ha abierto incluso más la mente con respecto a lo nuestro. No quiero hablarlo ahora, pero es solo cuestión de estudiar bien cada jugada...

No sabía muy bien a qué se refería, pero me aferraba a sus palabras. Me hubiera agarrado a un clavo ardiendo con tal de ver luz al final del túnel que representaba lo nuestro.

Más tarde lo hicimos, pero seguía notando que su cabeza estaba en otra parte. No era lo mismo que antes, estaba entrando en un bucle a base de darle vueltas a la cabeza y eso no le permitía estar bien. Me sentía culpable por ello.

Al despedirnos se abrazó a mí con tal fuerza que pensé que me rompería en dos.

—Ten cuidado y empieza a volar que yo lo haré contigo —dije mientras me daba muchos besos seguidos.

—Necesito tiempo, pero lo intentaré.

—Lo conseguiremos —me agarró la barbilla y me lo dijo con seguridad.

Salí de allí con la sensación de que mi vida ya estaba junto a él y no junto a Frank, pero que tenía que aguantarme con estar en el lugar que no me correspondía. Era todo un dolor de cabeza y un golpe al corazón.

Llegué a casa y me fui directa a la cama. No tenía ganas de nada, más que de dormir y desconectar un poco de todo aquello que azotaba mi cabeza.

Capítulo 16

Me levanté con un precioso mensaje...

“Cariño, no llego hasta mañana, un problema en el aeropuerto y han cancelado los vuelos. Te quiero”

A rezar y que durara un mes ese problema. Para mí ese era el mejor despertar del mundo. Me dio un subidón impresionante.

Me preparé un café y le mandé un mensaje a Brian.

“Te echo de menos”

Sin siglas, sin nada, claramente. Sonreí al ver todo eso que causaba en mí.

Me contestó un rato después.

“Perdona, estaba hablando por teléfono. Yo también te echo de menos ¿Ya regresó?”

Se le notaba triste hasta por los mensajes, o esa sensación me dio.

“No, tuvo una cancelación del vuelo y no regresa hasta mañana”

No tardó en sonar el teléfono. Era Brian.

—Hola, guapo —respondí.

—Hola, preciosa ¿Qué tal estás?

—Pues alegre de no tenerlo en casa —sonreí.

—Ya he conseguido uno de los mejores detectives privados de la ciudad. Pondrá a su equipo a trabajar desde ya para conseguir toda la información de Frank que pueda y que nos valga para tener defensa y dejarlo sin ganas de hacer nada.

—¿Y si no hay nada?

—Julie, una persona que hace 8 años fue capaz de comprar un juicio y a los agentes de policía, hoy en día debe tener a todo New York a sus pies, estoy seguro de que no es trigo limpio.

—Yo también...

—¿Te apetece que nos veamos para comer en el restaurante Junior's?

—Vale ¿a las dos?

—Claro, allí nos vemos, tengo que hacer alguna que otra llamada más, vi que en Facebook tenemos algún amigo en común.

—No usa Facebook para publicar nada...

—Ya, pero tiene contactos que yo puedo y pueden darme algo más de información que nos sirva.

—No quiero que te obsesiones.

—Mi obsesión eres tú y te juro que te voy a sacar de esta. Nos vemos en unas horas.

—Claro. Te amo.

—Yo también y con toda mi alma.

Eso me llegó a lo más profundo de mi ser. Era como algo que me había dicho y había despertado todos mis instintos. Me amaba con toda su alma ¿Podía haber algo más bonito que el hecho de que el hombre al que quieres te diga eso?

Encendí un cigarro y me hice otro café. Me fui al salón y me puse en la cristalera mirando a la ciudad. Ese día no era tan lluvioso ni gris, al fin una tregua.

Me puse a pensar en un montón de cosas que antes había pasado por alto, pero ahora me daba cuenta de que todo era muy raro. Mi mente estaba repleta de cantidad de actos que él había

llevado a cabo y yo daba por normal o me conformaba. No debían ser parte de una relación normal.

Otra circunstancia que llamaba poderosamente mi atención era que en el dúplex no tenía ni un documento suyo, ni siquiera historiales médicos, ni nada de nada. Todo lo guardaba en la caja fuerte de su piso de arriba del despacho. A mi casa no traía ni un solo papel, solo tenía la ropa, sus complementos y poco más.

Sonó de nuevo el teléfono. Tuve la ilusión de que volviera a ser Brian, pero era Frank, para desgracia mía.

—Hola, Frank.

—Hola, mi vida ¿Qué tal estás?

—Bien, aquí que estaba pensando en salir a pasear un rato. Quiero ver algo de las rebajas.

—Claro, ya me dieron el vuelo para mañana a primera hora. Eso sí, te cuento que tendré que ir directo al despacho, así que hasta por la noche tarde no saldré y para colmo tengo un juicio al día siguiente a primera hora. Estoy pensando en mañana quedarme a dormir en mi casa.

—Sin problemas, quien aguanta un día aguanta dos —sonreí.

—Así me cogerás con más ganas.

Le iba a decir que un mojón para él, pero no, mejor había que aguantar el tipo.

—No lo dudes —volteé los ojos e hice una burla.

—Pues pasado mañana nos vemos. Te quiero. Cuídate.

—Yo también.

Me quedé flipando en colores. Estaba acostumbrada a que de vez en cuando se ausentara, pero no tanto y tan seguido. Seguro que estaba tramando o haciendo algo que realmente no me quería contar, sobre algún caso de algún cliente potencial. Sea lo que fuere no era normal lo que estaba haciendo, pero a mí me venía de perlas. Desde que conocí a Brian lo último que quería es que me pusiera un dedo encima Frank.

Estuve dándole vueltas al coco, hasta que me dije de ir preparándome.

Ese día me puse un vaquero gastado, pegado, me encantaba, de talle bajo, con un jersey blanco de cuello alto y unas botas blancas de pelitos muy cómodas y abrigadas.

Me veía bien. El blanco me favorecía, además elegí un abrigo en color marrón claro para que destacara el cuello blanco del jersey debajo.

Fui hacia el garaje a coger el coche y me acordé de que era el cumpleaños de mi amiga Anne, que vivía en Orlando, así que aproveché para llamarla desde las manos libres del coche.

—Feliz cumpleaños —solté tal como escuché que descolgaba el teléfono.

—¡¡¡Julie!!!

—¿Qué tal preciosa?

—Pues bien, bien jodida, con un brazo escayolado, me lo rompí...

—¿En serio?

—Me caí de la bicicleta tontamente, hija. Mi torpeza y yo.

—Vaya, pero ¿estás bien?

—Sí, ya pasó lo peor, además que ya sabes que yo soy muy dramática —rio.

—Bueno, peores cosas hay ¿Qué tal pinta tu día?

—Pues esta tarde vienen las chicas de la oficina con la merienda y la tarta, así que soplaré las velas.

—Genial. ¿Peter bien?

—Bien, pero está de un cascarrabias... Es la edad, cuanto más viejo peor —rio de nuevo.

—Solo tiene cuarenta años —reí.

—Pues eso, ya no tiene veinte.

Me encantaba esa pareja. Llevaban muchos años, además ella y yo éramos amiga de la infancia, su padre y el mío trabajan juntos y había mucho vínculo entre ambas familias.

—Bueno, pero tú lo adoras y él te adora. Un poco de paciencia. Tú también tienes lo tuyo —reí. Teníamos toda la confianza del mundo para decirnos ese tipo de cosas.

—Sí, ya son muchos años. Sabes que me gusta quejarme un poco de vicio. No puedo imaginar mi vida sin él. Ya me conoces, soy un pequeño desastre emocional.

—No eres más exagerada porque no entrenas, pero sí que te gusta hacerte un poco la mártir —reí.

—Espero que pronto podamos vernos, Julie. Tenemos la celebración de mi cumpleaños pendiente.

—Eso ni lo dudes —dejé la conversación ahí porque no me apetecía lo más mínimo entrar en detalles sobre el tema de mi compromiso con Frank y demás. No quería hablar de eso.

Metí el coche en un aparcamiento y me dispuse a dar un paseo hasta el restaurante. El día estaba frío pero soleado y fui dando bocanadas de aire. Me estaba sentando fenomenal.

De repente una pequeña mano se agarró a la mía. Miré aquella carita súper dulce que me dijo “no eres mi mamá”. Desde luego que no lo era. No tenía hijos, al menos que yo supiera —reí.

Rápidamente llegó su madre.

—Perdona. Es un torbellino. Me he agachado un segundo a anudarme los cordones de la zapatilla y ha desaparecido. Debo tener siete ojos con ella. Es un auténtico trasto.

—Ni te preocupes —la miré sonriendo —Es una monada.

—Gracias —tiró de su hija y siguieron caminando cogidas de la mano.

Me hizo gracia porque había usado con ella el mismo término que yo con Brian: “un trasto”. Seguí andando con una sonrisa.

Llegué al restaurante y ya estaba en la mesa esperándome. Su cara no me gustaba nada, estaba serio, casi le costó sonreírme al llegar. Mi sonrisa se borró de un plumazo.

—¿Qué te pasa?

—Me duele la cabeza un poco, no te preocupes —sonrió.

—¿Y por qué no me lo dijiste y te quedaste en casa?

—No, tranquila. Tenía ganas de verte —su tono era de preocupación.

—¿Seguro?

—Tranquila, estoy bien. Por cierto, hablé con varios amigos que tengo en común con Frank. No les pregunté nada directo, pero uno de ellos me dio una información bastante inquietante.

—Dime —sabía yo que algo le pasaba.

—El Fin de Año precisamente en Canadá no lo pasó...

—¿En serio? Me costaba creerlo. Respiré hondo.

—Estuvo en Miami en una fiesta privada donde contrataron las mejores chicas de compañía de una empresa privada.

—¿Y cómo podemos saber si es verdad?

Terminé la pregunta y me puso una foto en su móvil que me dejó a cuadros.

—No puede ser. ¿Quién te la envió?

—Tengo un amigo en común con él muy de mi confianza, no me puede contar mucho más pues tienes razón en que es muy hermético, pero estuvo con él y unos cuantos en Miami pegándose la vida madre.

—¡Qué fuerte! —resoplé con enfado. Estaba claro que las mentiras tenían las patitas muy

cortas.

—Este tipo me parece que te tiene a ti y unas cuantas de vidas más.

—No, él vive conmigo.

—Sí, pero no escatima en hacer lo que le da la gana.

—Creo que estuve viviendo con un desconocido —di un trago al refresco, ese día no tenía ganas de vino. Esta alucinada con las noticias.

—Le voy a sacar hasta el ADN. Te juro que como te complique algo voy a por él —su tono sonó a furia.

—Yo no le voy a decir nada, pero lo voy a poner a prueba en muchas cosas.

—No, no le digas nada, no le des pistas aún, hay que ser listos.

—Se me cerró hasta el estómago, te lo juro.

—Yo siento una rabia que no te imaginas.

—No quiero verte así.

—Soy yo el que no quiero verte así, con alguien que no te merece, con algo que no tienes que pagar. El delincuente es él que va comprando las cosas, no tú.

Hicimos un silencio, aquello nos estaba volviendo locos. Era el dolor de no poder vivir lo nuestro, lo que sentíamos. Y se cebaba con nosotros. La desesperación hizo mella en nuestros rostros. ¡Vaya escena la de los dos!

El camarero nos hizo varias sugerencias y no parecíamos ni querer decantarnos por ninguna. Nuestra mente no estaba en el almuerzo. Elegimos un poco al tun tun.

Finalmente, apenas probamos unos bocados cada uno y ni siquiera pedimos postre. Parecía que, más que la comida, lo que deseábamos era digerir toda aquella información.

Almorzamos poco y luego nos fuimos hacia su casa. Nos hicimos un café y nos pusimos en la terraza.

En mi caso estaba muy nerviosa. Lo que había escuchado resonaba en mi cabeza y mis manos parecían de trapo. Fui a coger mi taza de café y se me resbaló de las manos. La fina taza en la que me lo había servido se hizo añicos.

—Lo siento, creo que estaba un poco distraída. Ahora mismo recojo este desaguisado.

—Ni te preocupes preciosa. Me importa un bledo una taza —su gesto era de impotencia. Apretaba los puños con fuerza.

Con la soltura que le caracterizaba, fue a la cocina y en un santiamén me volvió a poner otra taza de café en las manos. Incluso en los peores momentos era un amor conmigo.

Eso sí, yo no podía dejar de pensar que estaba muy tocado, diferente, agobiado, aquello lo estaba matando, tenía demasiada impotencia y dolor.

Me senté a su lado y lo abracé, por primera vez vi cómo se le humedecían los ojos. La situación lo estaba sobrepasando.

—Brian, siento mucho...

—No digas nada de eso. No tienes que sentir nada, demasiado ya con lo que pasaste, solo te pido que no decaigas y que me prometas una vez más que lucharemos por esto, no me vale un “lo intentaré”, me vale un “lo conseguiremos”.

—No puedo prometer algo así porque no sé lo que pasará —me empezaron a caer las lágrimas.

—Le voy a buscar las cosquillas. Ese no sabe con quién dio. No voy a parar hasta conseguirlo —estaba enfadado con mucha rabia.

—Relájate, por favor.

Pasé el día con él y con él pasé la noche. No hicimos el amor, solo nos dimos aquello que

necesitábamos a modo abrazos. No teníamos el cuerpo para nada más ninguno de los dos. Solo buscábamos mutuo afecto y apoyo.

Por la mañana Brian tenía que acudir a una reunión, así que después del desayuno nos despedimos, quedando en mantenernos al tanto de todo y ponernos al día por teléfono.

Aquel nuevo día permanecí en casa totalmente rayada. La información que tenía y la foto de prueba había sido una estocada a mi corazón, a mi dignidad, me sentía humillada por la farsa que era su vida.

Y encima, se había permitido el lujo de mantenerme a su lado poco menos que a la fuerza, cuando ni siquiera era cierto que le importara y no me respetaba lo más mínimo.

Me quedé dormida con mucho dolor, con mucha rabia, con mucha impotencia...

Capítulo 17

Me levanté y me fui a comer a casa de mis padres. Tenía ganas de estar con ellos y pasar el día fuera.

Conduje hacia su casa con la canción que consideraba ya como un himno de Brian y mío “Show must go on”. Y tanto que iba a continuar, por mi vida que iba a continuar.

Mis padres se alegraron muchísimo de verme. Bueno, eso no era ninguna novedad, para ellos siempre era un motivo de fiesta que yo apareciera por su puerta.

—Hija cuando quieras vamos mirando los vestidos de boda —soltó sin esperar causándome un revuelto en el estómago.

—Mamá, no tenemos ni fecha aún. No quiero ahora ocuparme de eso — Cielos, la primera en la frente.

—No te veo feliz —se ve que pensó que mejor una cara colorada que cien amarillas y lo soltó.

—No es eso, pero de verdad que hasta que no tengamos todo más claro veo una tontería elegir un vestido que luego carezca de sentido porque cambie de opinión.

—Tiene razón Julie en eso —se metió mi padre ante mi asombro.

—Bueno, pero que sepa que cuando ella quiera la acompañamos. Además, el vestido se lo regalaremos.

—Gracias, ya cuando todo esté más hablado y eso...

—Te noto sin ganas de boda ¿es cosa mía?

—Mamá, a mi lo de la boda me da igual. No me hace especial ilusión sinceramente, pero como me lo pidió él, pues tampoco quise comentarle allí acerca de la posibilidad de pensarlo.

—Si no estás segura no lo hagas —sentenció mi padre.

—Gracias papá. Ya veremos qué pasa.

—Hija ¿me estoy perdiendo algo?

—Mamá, de verdad que todo está bien, pero es algo que ahora mismo no entraba en mis planes.

—Bueno, tendrás que asimilarlo, pero imagino que te hará feliz pues estás muy bien con Frank.

—Claro —no me apetecía entrar en ningún tipo de debate, ni contar absolutamente nada al respecto.

Después de aquella conversación, que ya había tardado en saltar a la palestra, me sentí más relajada. Mi madre me había preparado uno de mis platos favoritos. Era un gusto cómo me mimaban.

Durante el almuerzo mi padre me estuvo preguntando múltiples aspectos sobre mi trabajo. Me daba la sensación de que él había interiorizado mejor que mi madre mi poco interés por la boda y era como si me indicara que había mucha más vida detrás de todo aquello.

—¿Cómo se presenta el año de trabajo, Julie?

—A tope, papá. Nunca lo hubiera imaginado, pero no cabe un alfiler en mi agenda. No puedo quejarme. Estos días me están sirviendo para cargar pilas porque cuando eche a rodar voy a estar de lo más atareada.

—Te he dicho que estoy muy, muy orgulloso de ti, ¿verdad?

—Sí papá —sonreí.

—Pues no lo olvides hija. Yo siempre apoyaré tus decisiones. No eres ninguna quinceañera,

eres una mujer hecha y derecha y una profesional como la copa de un pino.

—Me vas a sacar los colores, papá —le tomé del brazo.

Su comentario y la forma en la que colocó su mano sobre la mía eran como si quisiera darme a entender que le importaba un pimiento el resto del mundo. Aunque la conversación había comenzado por temas de trabajo, sentía que con sus palabras me alentaba a que fuera feliz.

Rápidamente cambiamos el tercio.

—Tu madre y yo estamos pensando hacer algunas reformas en la casa.

—¿En serio?

—Y tan en serio —añadió mi madre, entusiasmada.

La casa de mis padres había permanecido tal y como estaba desde que yo tenía uso de razón. La habían mantenido muy bien pero nunca habían sido partidarios de darle un aire nuevo.

—¿Y cómo ha sido eso? —pregunté muy contenta, pues me parecía una idea sensacional.

—“Renovarse o morir”, hija. Por fin te vamos a hacer caso. Nos has dicho muchas veces que ya necesita una remodelación y lo vamos a hacer.

—Me parece una idea fantástica.

—Naturalmente, mantendremos el número de estancias y tu dormitorio seguirá estando dónde y cómo siempre, por eso no te preocupes.

Ellos y su eterna preocupación porque yo siguiera sintiendo por siempre que su casa era la mía y que mi cuarto seguiría estando donde un día lo dejé, por si alguna vez necesitaba refugiarme en él. Lo habían mantenido como un santuario siempre.

Eran un amor. Lástima que en su día no hubieran podido ser ellos los que me ayudaran a salir del pozo en el que me vi envuelta y del que ni siquiera tenían ninguna constancia. De haber sido así, otro gallo me hubiera cantado. Mis padres, por mí, mataban.

Después de almorzar aproveché para ver una peli con ellos. Como si fuera una niña pequeña, me acurriqué con mi madre bajo la mantita del sofá. Fue un momento delicioso, como tantos y tantos de mi infancia. Me sentía un tanto vulnerable.

Tocó una romántica “Amor y otras drogas” y me faltó sacar un camión de clínex. Lloré a moco tendido.

—Hija, ¿estás bien? —mi madre me miró asombrada. Yo no solía ponerme así con ninguna película.

—Muy bien —aunque no debió sonar muy convincente dado que no me salía la voz del cuerpo.

—Si quieres la quito —cogió mi padre el mando. Bueno era él para que algo me afectara...

—No, no... Es solo que estoy un poco sensible —no le di demasiada importancia.

—Julie, ¿no estarás embarazada? —arqueó la ceja.

—No, mamá. Ni mucho menos —pasé del llanto a la risa.

¡Menuda ocurrencia! De haber sido así no habría sabido si cortarme las venas o dejármelas largas. ¡Lo que me hubiera faltado!

Terminamos de ver la peli y aguanté el tipo como pude, aunque me estaba costando la vida misma. Tan pronto como aparecieron los créditos del final, mi padre se levantó de su butacón.

—Nos vamos ahora mismo a por uno de esos chocolates calientes que tanto te gustan. Ponte los zapatos, Julie. Ya estamos tardando.

Él era así de impulsivo y sabía que yo no le haría jamás ascos a ese plan. Siempre que podíamos nos dirigíamos a una chocolatería cercana a su casa donde se merendaba de muerte.

Fuimos dando un paseo hacia ella y mi padre me cogió amorosamente del brazo. No sabían ellos lo mucho que necesitaba cargar energía en su compañía y desde luego que lo estaba

logrando.

En la chocolatería nos echamos unas buenas risas y mis padres siguieron contándome algunos de los aspectos de lo que sería la remodelación de su casa. Parecían muy entusiasmados y yo me alegraba por ellos.

—Ya habéis trabajado lo suficiente durante toda vuestra vida. Os toca disfrutar... Y hablando de eso, ¿este verano dónde pensáis ir?

—Pues no lo sabemos todavía —mi madre se apresuró a contestar —Ten presente que también depende un poco de la fecha de la boda y tal, hija.

Demonios, íbamos a tener boda hasta en la sopa o, mejor dicho, hasta en el chocolate. Mis padres hacían todos los veranos un buen viaje y lo que menos me apetecía es que no lo proyectaran aquel año por esa razón.

—Bueno, no hagas mucho caso a tu madre —interrumpió mi padre, que solía estar de los más certero. Fíjate que nos gustaría ir a Islandia. Creemos que es un destino impresionante.

—Me parece una elección formidable.

Me encantaba ser partícipe de sus planes y el resto de la merienda transcurrió con mi padre dándome sus argumentos a favor de un destino que no necesitaba ninguna defensa.

Una vez volvimos de merendar, pasé un último rato con ellos. Tenía la sensación de que necesitaba alargar el tiempo todo lo posible. Lo que menos me apetecía era volver y darme de cara con la cruda realidad.

Antes de irme, mi madre me recordó que debía llevarme varias prendas. Ella era muy aficionada a la costura y le gustaba encargarse de todos los arreglos de mi ropa, de modo que rara era la ocasión en la que no tuviera entre manos unos pantalones míos a los que coger los bajos o cualquier otra prenda que precisara de sus expertas manos...

Para mí, aquello era una suerte porque soy una apasionada de la moda y comprar ropa constituye uno de mis hobbies favoritos. De hecho, cada comienzo de temporada, disfrutaba muchísimo renovando mi vestuario.

Finalmente, la tarde llegó a su fin y la llegada de la noche marcó el momento en el que debía volver a mi casa. Sin ganas, pero tenía que hacerlo. Al llegar, allí estaba Frank, entrando a la par mía.

—¿Qué tal preciosa? —me besó.

—Bien, pasé el día con mis padres y poco más.

—Yo tengo un comienzo de año bastante fuerte. Varios viajes de negocios y compromisos de visitar a clientes.

—Lo siento —un mojón, por mí que se fuera y no volviera.

—Estoy barajando las fechas de la boda para verano —se sentó en la cocina y se tomó un zumo.

—¿Es necesario que nos casemos? —pregunté sin poderlo evitar.

—Lo es, claro que sí —sonrió con una ironía que se pudo ver en su rostro.

—No es algo que sinceramente me haga especial ilusión, no te voy a mentir.

—¿Me tienes que contar algo?

—No, ¿Y tú?

—Creo que muchas explicaciones no tengo que dar, pero en tu caso...

—En mi caso te debo la vida ¿verdad?

—Al menos ese fue el acuerdo —sonreía con una cara que no me gustaba nada.

—Y viviré toda la vida pagándolo...

—Todo tiene un precio —me hizo un guiño y se fue para la ducha.

Era un sinvergüenza cuando no se era una sumisa conformista con todo lo que deseaba.

Cuando me acosté allí estaba como perro con rabia esperando a su presa. Lo hice con el mayor asco que puede sentir una mujer por un hombre, pero yo también iba a luchar por conseguir que se apartara de mi vida.

Por la mañana se fue a trabajar y sentí un alivio increíble.

Recibí un mensaje de Brian preguntando si podía ir a su casa, le respondí que sí, así que me arreglé y salí hacia allá. Sabía que algo quería contarme.

Al salir, me miré en el espejo del recibidor y me vi monísima con aquella gabardina beige, sobre mis tejanos ligeramente rotos rosa pastel y camisa blanca con amplio colgante.

Me recibió con otra luz en esos ojos, pero estaba como en shock. Desayunamos en la terraza.

—Tengo información de su ex mujer...

—¿Y?

—Ella tiene miedo a hablar, pero soltó muchas cosas.

—¿Hablaste tú con ella?

—No, el equipo que tengo trabajando para sacar toda la información que se pueda.

—¿Ya? ¿Tan rápido?

—No sabes la gente que hay en la calle dispuesta a ganar dinero y esta agencia es una de las más eficaces y rápidas. Esa mujer sabe mucho, pero por temor no habla.

—Entiendo perfectamente. Sabe Dios lo que podría hacerle él si le diera a la lengua...

—Aun así, soltó cierta información y tienen la certeza de que le podrán sacar muchas otras lindezas, además que dio pistas sobre otras personas a las que preguntar. Creen que tiene ganas de hablar y lo hará poco a poco si se ve protegida.

—Me quedo muerta.

—Pues agárrate que no es lo peor...

—Sorpréndeme.

—Antes de anoche, cuando durmió en su apartamento, no lo hizo solo. Estaba en compañía de una chica a la que le está llevando un caso de fraude fiscal y a la que le puede caer algo muy gordo, una chica bastante despampanante.

—Que cerdo —solté el aire.

—Está siendo vigilado por tres personas todo el tiempo a turnos de ocho horas. Te juro por mi vida que a ese le vamos a sacar hasta el color de la mierda que caga.

—No deberías...

—No me digas lo que debería o no y vamos a conseguir lo que deseamos, Julie.

—Está bien.

Estuve un rato con él. Nos abrazamos, besamos y juramos que lucharíamos por esa vida en común que los dos necesitábamos.

Volví a casa ya que Brian tenía que salir a unas reuniones y ya pasé el día cocinando e intentando no pensar mucho.

Dejaría hecha comida para varios días de la semana. Cocinar me relajaba y vi la ocasión ideal. Además, miré qué podía hacerme falta en la cocina y bajé al supermercado para aprovisionarme.

Saludé a Judith desde la puerta. Aunque tenía cara de estar loca por saber no podía escaparse siempre. Le hice un gesto de que ya le pondría un mensaje más tarde para ir informándola de todo.

A la hora de la cena apareció Frank. Su actitud parecía un tanto chulesca. Ya estaba dejando de

ser esa persona amable, simpática y atenta, aunque a su conveniencia. Parecía que tuviera la mosca detrás de la oreja.

Cuando nos sentamos a cenar me soltó algo que me dejó sin palabras.

—Si estás pensando en dejarme, o no casarte o cualquier cosa de esas, mi respuesta es no lo vas a conseguir y a mí que me estafen no me gusta.

—¿Quién te estafó? —pregunté enfadada.

—Tenemos un acuerdo. Haberlo pensado en su día, pero me utilizaste para conseguir tu libertad.

—No, tú me utilizaste a mi aprovechando que podías sacarme de esa, con eso conseguiste hacerme esclava de tu vida.

—Lámalo como quieras.

—Eres muy injusto...

—Ahora soy injusto, vaya, me dejas sin palabras —sonrió con ironía.

—Frank no me quiero casar, inclusive no quiero vivir contigo —solté sin pensarlo.

—Haz algo que yo no quiera y verás donde terminas —me hizo un guiño y se levantó —Por cierto, debido al cúmulo de trabajo no podré venir durante un tiempo a dormir de lunes a jueves, así que solo pasaré contigo los fines de semana que no viaje. Mañana me traslado al apartamento, si haces algo que no debas te las verás con tu pasado.

—Eres un cerdo.

—Ahora soy un cerdo... Julie no te la juegues conmigo, que de desagradecidos está el mundo lleno.

—Frank te voy a decir una cosa, si quieres tenerme como una esclava me parece genial, pero eso no te hace ni mejor persona, ni mucho menos te...

—Cállate anda, que tienes muy poca vergüenza. Me voy, esta noche iba a dormir aquí, pero la verdad es que se me quitaron las ganas. Ni se te ocurra hacer una de las tuyas —cogió su cartera y su móvil y se fue.

Yo, poca vergüenza... Definitivamente, se había quitado la máscara y ya no me parecía ni la sombra del hombre hasta al que poco tiempo antes creía amar.

Esa noche lloré de rabia como una niña que se sentía presa en manos de un corrupto, pero ¿cómo podría demostrar que lo era y que me dejara en paz? No veía forma humana de hacerlo y mucho menos de conseguirlo

Capítulo 18

Me levanté hecha una furia, me tomé un café y me fui a coger el coche.

Había recibido un mensaje que me informaba de que esa noche también había dormido con su clienta.

Me planté en el despacho de Frank. No estaba solo, sino que le acompañaban su secretaria y los demás compañeros, pero me daba igual.

—El señor está ocupado.

—De lujo, en cuanto esté libre me haces pasar —me senté en la sala de espera mirando a esa estúpida que siempre me cayó como el culo.

Ella se lo hizo saber a través de un mensaje por el ordenador, una especie de Messenger de trabajo.

Cuando terminó con el cliente me hizo pasar.

—¿Qué haces aquí? —me hizo señas para que cerrara la puerta.

—Mira Frank te voy a hablar muy claro. Ni estuviste en Canadá en Fin de Año, ni dormiste solo hace tres noches en tu apartamento y anoche tampoco, así que conmigo no vas a jugar, no te pienses que te vas a ir a Miami a una fiesta con chicas de compañía, te vas a acostar con clientes en tu apartamento y yo voy a permitir todo.

—¿Quién te dio esa fallida información? —reía intentando tener el control de algo que lo estaba dejando fuera de lugar.

—No es mi problema que te vayas con gente que quiere joderte la vida como tú se la jodiste a muchas personas, así que vinieron a contarme todo, te puedo describir hasta con la chica que pasaste la noche en Miami y te puedo hablar hasta de lo que estás haciendo con tu clienta, esa a la que usas igual que lo hiciste conmigo.

—No me toques los cojones que te hundo —me señaló con el dedo. Estaba claro que había debido pensar que la mejor defensa, era un buen ataque.

—Si me pasa algo está todo preparado. Si me haces lo más mínimo vas a salir en todos los titulares, hay muchas personas que se pusieron de acuerdo durante mucho tiempo para joderte, así que no hagas algo que te convierta en la noticia más sonada del nuevo año.

—Te has vuelto rematadamente loca, pero a mí no me amedrantas. No creo ni una sola palabra de lo que dices.

—Pues mejor para mí. Por cierto, voy a cambiar la llave de mi apartamento y no te quiero ver por allí, no permitiré que te dejen subir y anularé tu clave del ascensor, un falso movimiento y te juro que voy a por ti.

—Atrévete.

—Atrévete tú y que sepas que mis padres están al tanto de todo. Les puse un audio explicando tu vida anterior, lo que me ata a ti y lo que pasó en su día, así que no te acerques a nadie pues te juro que te vas a encontrar con una Julie que desconoces.

Su gesto era de absoluta contrariedad.

—Vas de farol, Julie.

—¿De farol? Por si te queda alguna duda de la veracidad de mis palabras, muchas de las conversaciones que tuvimos en su día están grabadas. Me encargué de grabar la forma en la que te reías jactándote de cómo habías comprado a fiscales a policías y todo eso lo tiene una empresa

que sabe cómo difundirlo a los medios y ponerlo en las manos de los tribunales. Si me pasa algo, te juro que te voy a hundir conmigo, así que aléjate de mí y sigue follándote libremente a quien quieras, viajando sin excusas. Ten los cojones para ser libre y no tener una sumisa esperándote, pues ni tú ni nadie se lo merece. Además, da por cobrada la deuda, ocho años de mi vida que te respeté y estuve a tu entera disposición, ya es hora de que dejes de sentirte con derecho a nada.

—A ver, tú a mí ¿me estás amenazando?

—Totalmente, ya tengo todo preparado para que, ante lo más mínimo, se te caiga encima el techo. Te juro que esta vez la única que te podré salvar soy yo, así que tu coge tu camino que yo cogeré el mío.

—Esto no se va a quedar así...

—Por cierto, tu ex mujer también habló y todo está grabado —le hice un guiño y salí de allí sonriente, como si no estuviera nerviosa, aunque me temblaban hasta las muelas.

Me había quedado a gusto. Le había soltado más de lo que debía, pero por su cara tenía mucho más que ocultar de todo aquello que yo imaginaba.

—Tu eres tan hija de puta como él —dije a su secretaria, ya que siempre me dio la espina que se acostaban.

Ni me contestó, la dejé fuera de combate y me fui de allí.

Hablé con el conserje y eliminé su acceso a mi casa. No podía coger el ascensor pues iba con unas claves que solo estipulábamos los propietarios, así que, a la mierda, además de cambiar la llave, pagué a un cerrajero y me la cambiaron ese mismo día.

Me acordé de Tom, mi ex novio y de todo lo que me había comentado sobre mi anterior falta de iniciativa. Estaba claro que había cambiado. No había nada como proponerse las cosas. Me sentí muy orgullosa.

Llamé a Brian y le conté todo lo sucedido.

—No debías tan pronto. Sé más cosas, pero hiciste bien, espero que no tome represalias mientras nos da tiempo a averiguar mucho más.

—Tranquilo, ya no aguantaba más. Por cierto, esta mañana es verdad que le expliqué todo a mis padres por un audio. Ahora hablé con ellos, mi padre está que arde, me recrimina el no haberle contado todo eso antes, pero me apoya al cien por cien, quería que fuera a vivir con ellos una temporada, pero les dije que no.

—Deberíamos irnos unos días de vacaciones. Me gustaría que pusiéramos tierra de por medio mientras todo el equipo sigue sacando más información. Por cierto, hay más cosas que han descubierto y que podrían hacerle mucho daño.

—Solo te pido que me digas cuánto te costó todo, gracias a Dios tengo dinero para pagarlo y no quiero que seas tú el que asumas eso.

—¿Nos vamos en tres días? —preguntó esquivando mi pregunta.

—Mientras pueda usar tres horas al día para trabajar, me voy al fin del mundo contigo.

—Pues prepara las maletas, te digo en breve cuándo y a qué hora nos vamos.

—Vale, yo voy a preparar toda la ropa de él en cajas y se las voy a mandar ahora mismo.

—Eso es lo mejor que puedes hacer hoy.

—Sin dudas que lo haré.

Eso hice, preparar sus cosas y mandárselas a su despacho, total nada más que las tenía que subir a su apartamento. Me pasé mis buenas horas porque tenía una barbaridad de ropa y complementos, pero era una labor que me llenaba tanto, que no me pesaba.

Me sentía más fuerte y poderosa que nunca, aunque tampoco podía evitar pensar hasta qué

punto me dejaría de verdad en paz, tras las amenazas que vertí contra él.

Salí de dudas rápido. Un mensaje de Frank me llegó en cuanto recibió sus pertenencias.

“Si no quieres que te toque los cojones, no me los toques a mí”

Vaya, ahora estaba en plan negociador.

“ No te acerques a mí y te daré por muerto en vida, no quiero lo más mínimo, solo saber que no tengo que ver contigo, así que ni te molestes y mucho menos preocupes por mí”

No contestó y algo me decía que tenía en cierto modo el mojón en el culo.

Esa noche me dijo Brian por teléfono que nos íbamos en tres días, no me dijo el destino, pero que el sol sería nuestra compañía, así que preparé ropa de verano.

Estaba de lo más entusiasmada y no podía evitar pensar que ese viaje marcaría el comienzo de nuestra vida en común. Me encontraba tan animada que incluso salí de compras.

Al día siguiente me acerqué a hablar personalmente con mis padres. Comprendía lo mal que debían sentirse y lo mínimo era que me vieran el pelo por allí. De todos modos, tenía ya trabajo pendiente, pero al menos les dedicaría dos o tres horas.

Me recibieron con más cariño todavía del habitual pues, después de recapacitar, debieron caer en el mucho daño que yo había recibido.

—Mi niña, para haberlo sabido antes —se sinceró mi padre. Te prometo que, de haber tenido esta información en el momento de la pedida de mano, le habría retorcido el pescuezo allí mismo.

—Lo entiendo, papá. El caso es que yo nunca me decidí a hablar hasta que me di cuenta de que su chantaje había llegado hasta el punto de que yo solo veía por los ojos de él.

—Ignorante desgraciado... Y yo que le tenía en un pedestal porque creía que era el hombre que cuidaría siempre de ti...

—No te hagas mala sangre, papá. Solo es un farsante de mierda, pero lo bueno es que lo hemos desenmascarado a tiempo.

Me despedí de ellos agradeciéndoles muchísimo que siempre estuvieran ahí para todo lo que me hiciera falta y quedamos en vernos pronto.

En esos días trabajé de más para adelantar todo lo que pudiese, aunque era un mes flojo y no me daría mucho quebradero de cabeza.

En cualquier caso, no me iría tranquila si no dejaba todo atado y bien atado con respecto a mis clientes, a los que me debía.

Brian estaba a tope también adelantando trabajo, de modo que hasta el día de la partida no nos veríamos. No quise molestarle demasiado porque sabía que estaba haciendo todo lo posible y lo imposible para poder dedicarme tiempo durante el viaje.

Eso sí, los mensajes y llamadas se sucedían a lo largo del día y no había ni un solo momento en el que tuviéramos la oportunidad, que el uno o el otro no aprovecháramos para recordarnos lo ilusionados que estábamos.

En los dos días siguientes no tuve noticias de Frank. Lo único que mi padre se había encarado a él por teléfono diciendo que un solo acto en contra mía y se las vería con él. Por lo visto este le contestó que solo quería dar carpetazo y que no se preocupara, encima cínico, pero bueno, esperaba que todo hubiera quedado en eso.

Estaba feliz por irme unos días con Brian, lo amaba con todas mis fuerzas y era el causante de haberme hecho comprender que mi vida no era aquella que yo tenía y que vivía en una burbuja que no era sana y que no me dejaba ser libre.

El día antes de mi partida recibí un mensaje de Judith en el que me decía que no podía más y que necesitaba que le contara todo lo que estaba sucediendo con pelos y señales.

Ya lo tenía todo atado y bien atado, de forma que no tuve ningún problema en bajar a charlar un rato con ella. Todo lo contrario. Judith se había convertido en mi profesora y me encantaba contarle mis cosas, al menos hasta donde podía.

—Me tienes en ascuas. Ya no aguantaba más...

—Pues un día más tarde y me voy de viaje. Entonces sí que me hubieras dicho de todo menos bonita.

—¿Dónde vas? ¿Qué dices? No creo que te fueras a ir sin contarme... No tendrías valor —rio.

—No. Fíjate que tenía hoy en mente bajar a ver si tenías hueco para hacer terapia —reí, ya estaba mucho más relajada.

Me disponía a contarle mis planes cuando la llamaron de la peluquería. Había un problema con una clienta y tenía que volver.

—¡Me cago en mi vida! Con la intriga que tengo... Ahora una cosa te digo, mañana antes de que te vayas, subo a tu casa y hablo contigo.

Me dirigí a casa. La sensación al cerrar la puerta y saber que ya Frank no tendría que cruzarla más no tenía precio. Por primera vez estaba saboreando las mieles de la libertad.

Sonó el teléfono y me dio alegría. Era Tom.

—Tom, cielo, ¿qué tal todo?

—Sensacional, me acordaba de nuestro encuentro del otro día y me preguntaba si Frank y tú tendríais un hueco para que cenáramos juntos y os presentara a mi novia.

—Pues mira, vamos a tener que hablarlo dentro de unos días. Me voy de viaje y quizás a mi vuelta mi vida haya cambiado bastante. Ahora eso sí, yo ceno con vosotros seguro.

—No entiendo ni una palabra, aunque por lo que me dices entiendo que quizás sea Frank el que sobre en la ecuación.

—No puedo contarte ahora mucho. Tengo varias cosas que recomponer estos días, pero en cuanto vuelva de viaje y me asiente, te contaré.

—Estás de lo más misteriosa, pero lo respeto...

—Prometo ponerte al día.

Lo despedí con la sensación de que tenía buenos amigos y eso me reconfortaba. Eso sí, no podía evitar que se me escapara una sonrisilla pensando la cara que pondría el bueno de Tom cuando me viera aparecer en esa cena de la mano de Brian.

Me acosté y no podía dormirme, ni mal ni bien. Estaba ansiosa por saber de Brian, pero no quería ser molesta por si estaba ultimando aspectos de su trabajo.

De repente un mensaje:

“Hasta ahora trabajando. No puedo quitarme de la cabeza que a partir de mañana comenzamos a dar forma a nuestro sueño. Descansa preciosa”

Ya podía dormir tranquila. No obstante, no sé cuántos rebajos de ovejas completos llegué a contar. Estaba loca de emoción. No podía creer el regalo que la vida me estaba haciendo...

Capítulo 19

Me levanté dos horas antes de que me viniera a recoger Brian. Estaba nerviosa y con ganas de irme con él. Además de verlo, lo había echado mucho de menos.

Preparé un café mientras pensaba en todo lo sucedido en tan poco tiempo, un mes apenas y ya todo mi mundo era diferente a todo lo que pensaba que sería para siempre.

Aquello daba un poco de vértigo. Bueno, en realidad era alucinante. La emoción me embargaba por los cuatro costados.

Tenía puesta la pulsera que me había regalado Brian. La miraba todo el tiempo. En ese momento sonó el timbre de la puerta. Era Judith que subía a tomarse un café conmigo, como prometió.

—¿Y entonces dices que no tienes ni idea del rumbo que tomaréis Brian y tú? Si yo tuviera un viaje así por delante, estaría dando unos saltos que partiría el techo con la cabeza, estoy segura —rio.

—Pues la verdad es que no tengo ni pajolera idea, pero otra cosa te digo, me da exactamente igual. Lo único que me apetece es estar con él. El dónde, es lo de menos. Cada minuto que paso al lado de Brian es un regalo de la vida...

—Lo entiendo amiga. Disfrútalo al cien por cien. Te lo has ganado. Ha sido no ya bonito, sino precioso lo que ha sucedido.

Me sentí muy reconfortada hablando con Judith. Estaba alucinando, pero feliz, me transmitió mucha buena energía, la verdad es que la necesitaba a pesar de sentirme cada día más fuerte y con más valentía para enfrentar lo que viniera.

El caso era que, por muy contenta que estuviera, algo me decía que conociendo a Frank y cómo se las gastaba, no iba a quedar la cosa así, pero al menos yo permanecía alerta y dispuesta a enfrentarlo de la manera que fuera.

Me despedí de Judith y un rato después recibí un mensaje de Brian que ya estaba llegando, así que bajé emocionada por ese viaje que iba a emprender junto a él.

Cogí el equipaje a la carrera y me dirigí hacia el ascensor como alma que lleva el diablo. No quería perder ni un segundo.

Lo encontré sonriente y feliz. Pusimos mi equipaje en el maletero, nos montamos en el coche y nos fuimos, de la mano. Me la agarró feliz y la sonrisa no se borraba de su bonito rostro.

—Supongo que vas a seguir sin decirme ni media palabra de nuestro paradero —sonreí.

—Supones bien —me sacó la lengua —Solo puedo decirte que estoy prácticamente seguro de que será de tu gusto, pero tienes que esperar un pelín más.

Llegamos al aeropuerto y me señaló el panel de vuelos. Cuál fue mi sorpresa al descubrir que nos íbamos a la isla de Curazao. Había escuchado hablar mucho de ella, pero jamás había estado, así que era hora de recibir sol y calor en ese paraíso caribeño.

La más grande de las Antillas Holandesas nos esperaba y yo daba saltitos como si fuera una cría.

—He de entender que si tienes tanto interés quizás es que ya la conoces, ¿me equivoco? —le pregunté.

—No te equivocas. La conozco muy bien, pero he querido volver en buena compañía. Es un destino que me apetecía muchísimo compartir contigo. Me da que te va a encantar.

—¿Y qué es lo que más te gustó de ese sitio?

—Pues que es camaleónico. Es una isla que lo mismo te ofrece un plan acuático o deportivo, que uno romántico.

—Esa última parte mola —le di un fuerte abrazo. Estaba como loca por poner los pies allí.

—Además, por falta de playas no va a ser porque tiene cuarenta repartidas por toda la isla. ¿Te gusta bucear?

—Me encanta —mi emoción iba creciendo por momentos.

—Pues entonces vas a alucinar. Sus playas son muy calmadas y el agua es cristalina. Además, por si eso fuera poco, pueden verse delfines y tortugas...

—Tal como me la estás vendiendo, no voy a querer volver a New York —reí.

—Pues además podremos practicar esquí acuático o hacer recorridos a bordo de un cuatrimoto.

—¡Yo quiero llegar ya! —exclamé dando un brinco que le hizo soltar una sonora carcajada.

Brian estaba guapísimo, aunque siempre lo estaba, pero ese día tenía un brillo y una sonrisa que parecían especiales.

Mientras volábamos no podíamos dejar de entrelazar nuestras manos, cruzar nuestras miradas, hacernos arrumacos y estar de lo más pendientes el uno del otro.

—¿Vais de luna de miel? —nos preguntó una señora mayor que ocupaba el asiento de al lado.

La ocurrencia nos hizo gracia. No era así, pero dudé mucho que ninguna otra circunstancia pudiera sobrepasar la emoción de aquel viaje con el que estábamos celebrando mi libertad.

—No, señora —le respondió Brian.

—Pues me había dado toda la impresión —soltó.

El asunto es que se puso a hablar con nosotros y nos contó una historia que nos emocionó al máximo a los dos. Ella tenía setenta años y, cuando solo contaba con quince, conoció a un chico del que se enamoró profundamente.

La señora, que se llamaba Sally, pertenecía a una familia acomodada y su amado no. Su padre, un hombre poderoso, se enteró de la situación y comenzó a hacerle la vida imposible al chico, de nombre Donald.

—Tanto fue así, que mi pobre novio no conseguía trabajo en ningún lugar de New York. Tan pronto alguien lo empleaba, mi padre, que era un hombre muy cruel, se las ingeniaba para que lo despidieran.

Brian y yo estábamos conmocionados escuchando el relato de la buena señora.

—¿Y qué ocurrió? —preguntamos.

—Pues que Donald, que vivía con su pobre madre viuda, no podía mantenerse, de modo que la desesperación hizo que tuviera que huir a Argentina, donde se instaló.

—Pero ¿se comunicó con usted?

—Hija, antes de marcharse, me prometió que por nada en el mundo pensaba olvidarme y que me escribiría tan pronto como llegara a Buenos Aires.

—¿Y no lo hizo?

—Para mi desesperación, no. Comenzaron a pasar primero las semanas, después los meses y por último los años. Cuando cumplí los dieciocho y, sin noticias de Donald, mi autoritario padre me obligó a casarme con un hombre quince años mayor que yo.

—Y no fue feliz, ¿verdad?

—Pues no del todo, hija. Para mi suerte mi marido nunca fue malo conmigo, pero yo no estaba enamorada. Eso sí, era un hombre correcto, pero nada pasional. Junto a él, viví una vida

acomodada pero carente de amor de verdad...

—Lo siento mucho —me salió de corazón.

—Gracias, bonita. El caso es que este viaje que hago tiene que ver con Donald.

—¡No puedo creerlo! —exclamé entusiasmada. Cuénteme por favor.

—Pues muy sencillo. Enviudé hace un año y fue entonces cuando le conté a mi única hija la que yo consideraba que había sido la gran historia de amor de mi vida, la vivida con Donald.

—¿Y ella lo buscó?

—Sí. Mi hija me adora y se dio cuenta de que, aunque yo aprendí a querer y siempre respeté a su padre, la ilusión por volver a ver a Donald nunca se fue de mi mente. Y ella se encargó de buscarlo.

—¿Por las redes sociales?

—Sí. Yo tenía los datos de él y de algunos de sus familiares, con los que me relacioné en mis años de juventud y, atando cabos, dió con él, que con los años se trasladó a vivir a la isla de Curazao.

—¿Y él no estaba casado?

—Donald le contó a mi hija que nunca pudo olvidarme. Por lo visto, durante años envió cartas a casa de mis padres y estos no me las hacían llegar. Me ocultaron la verdad. Me quitaron la posibilidad de saber que Donald seguía amándome.

—¿Y ahora va usted a su encuentro?

—Sí, bonita. ¿Y sabes una cosa?

—Dígame...

—Pues que por muchos años que hayan pasado, yo sigo viendo en mi cara la misma sonrisa de ilusión por reencontrarme con Donald que llevas tú al lado de este muchacho tan apuesto.

La historia de Sally me conmovió al máximo. Al fin y al cabo, ella era otra víctima de la falta de libertad. Me sentí afortunada porque ella había perdido cincuenta y cinco años a su amor y yo ya disfrutaba con Brian.

El vuelo pasó rápido. Entre su historia y que íbamos tan contentos, emocionados y felices, cuando nos dimos cuenta estábamos aterrizando al calor de aquella isla tan bonita.

Nos recogió un coche de traslados y nos llevó al resort a pies de una preciosa playa. Aquello me sorprendió mucho, me encantó, jamás me había llevado Frank a un lugar así. Bueno, a pocos sitios me había llevado realmente.

Colocamos las cosas en la habitación para irnos a disfrutar de la isla, pero en ese momento me llamó por teléfono Frank. Brian me dijo que lo cogiera y puse el manos libres.

—Dime...

—Estoy llamando de buenas —advirtió.

—Me parece genial —solté con decisión.

—Quería comentarte que en ningún momento quise tratarte así, pero que tus formas y cambio de repente me dejaron descolocado. No creo que me haya portado mal en estos ocho años que estuvimos juntos, ni que te haya prohibido absolutamente nada. Pensé que éramos felices.

Miré la cara de Brian que negaba incrédulo por la pasividad con la que hablaba Frank después de todo lo que me había hecho.

—Me acostumbré a algo que prometí, no te engaño. Tampoco fui una infeliz, pero terminé descubriendo que no era lo que había elegido, sino lo que había aceptado.

—¿Y por qué tanto odio ahora?

—Me has engañado con otras, no me has respetado, no me has tratado como se trata a una

mujer a la que amas.

—Yo te amaba, pero no te lo tomes a mal. Yo no te prometí fidelidad, fuiste tú. Jamás te he condicionado a nada, no te he prohibido salir y entrar cómo has querido, no te he controlado, no hice nada por lo que te pudieras sentir coaccionada o acosada.

—En eso tienes razón, pero yo quiero ser libre.

—Nadie te lo prohíbe y nadie te lo prohibirá, por descontado. Son ocho años que has estado a mi lado, que no me has puesto en duda hasta ahora, que no hemos discutido y te has comportado como mi pareja en todo su concepto —decía intentando razonar mientras Brian cogía un cigarro y negaba incrédulo.

—Frank ojalá sea verdad eso que estás diciendo y que podamos tratarnos como personas libres. No te guardo rencor, estoy agradecida por la vida que me diste, la oportunidad de que yo pudiera trabajar, pero yo ya no te amo. Solo te pido que demos carpetazo a algo, no tengo malos recuerdos, únicamente quiero paz y sentirme libre.

—¿Te puedo pedir algo?

—Dime...

La cara de Brian era de estar a punto de explotar.

—Cuando quieras, sea dentro de tres días, cinco, o nueve, me gustaría que quedáramos dónde digas y tener una conversación para poder dar ese carpetazo pero de forma civilizada. Te prometo que no haré nada que no quieras, no diré nada para hacerte sentir mal, solo nos debemos una buena separación, creo que no podemos pasar de llevarnos bien al odio de esta manera. Solo te pido esa conversación en la cafetería o restaurante que tú digas.

—Lo veo justo.

—Esperaré tu llamada.

—Vale.

Colgué el teléfono y miré a Brian.

—Ese tío o está cagado por lo que dijiste de ir a la prensa o te quiere engañar. No me creo esa paz que ahora quiere transmitir y tan buen rollo.

—Yo tampoco, pero sea cual sea la razón, a mí no me va a engañar, aunque si existe la posibilidad de cerrar un episodio de mi vida de manera coherente y sin rencor, lo prefiero hacer. No me apetece estar en guerra y menos con alguien como él.

—Me parece bien —su rostro no reflejaba precisamente estar de acuerdo, pero intentaba que yo no estuviera mal e iba a aceptar mi decisión.

Lo abracé para tranquilizarlo. Estaba triston, impotente y con una mala sensación en su cuerpo que yo le quería quitar. No se la merecía, él no.

Salimos de allí y Brian no paraba de repetirme que no se creía nada, que algo le olía mal, yo trataba de tranquilizarlo.

Nos fuimos a perdernos por aquellas calles coloniales que daban al mar. Le hice entender que no nos podían estropear esos días que habíamos decidido ir a desconectar y disfrutar de nosotros, de nuestra libertad, de tenernos que esconder ante los ojos del mundo.

Pedimos un cóctel a base de coco que estaba delicioso. Me pegué a él y lo besé. Ya su rostro cambió y empezó a relajarse más.

A renglón seguido, nos dimos un baño en la playa. El mar estaba precioso, cristalino, a una temperatura perfecta. Me encantaba ver a Brian en todo su esplendor, con ese bañador que le quedaba de muerte, me ponía a mil por hora.

Comimos una langosta en la playa. Ya estábamos tomando un vino blanco que se nos estaba

subiendo a la cabeza y que nos había hecho olvidar el mal rollo que nos dejó esa llamada, aunque había algo en ella que me hacía sentir que hablaba de verdad, que podía ser que quisiera una tregua y que no llegara la sangre al río.

Luego nos fuimos a tomar otra copa a uno de los tantos pubs que había frente a la playa. La isla estaba animada, era una atracción turista en cualquier época del año por el clima tan estable que tenía en las cuatro estaciones.

Por la noche cenamos también en la calle y volvimos al hotel. Fue cerrar la puerta y terminar en un revolcón del calentamiento acumulado a lo largo del día.

Eso era lo que más me sorprendía: sentía siempre una tensión sensual hacia Brian, que me hacía sacar mi parte más erótica con él, aquella que sin saber tenía guardada con Frank, esa que no me salía antes.

Caímos rendidos después de aquel efusivo momento. Nos duchamos y caímos en un coma de sueño de esos que te dejan en profundidad desconectado de la realidad del mundo.

Capítulo 20

Brian estaba en la terraza del hotel hablando muy sofocado por teléfono. No lo podía escuchar, pero sí ver a través de los cristales. Se giró y me miró, una seña con su mano de que le diera unos momentos me hacía ver que el día iba a empezar movidito.

Valientes vacaciones, pensé negando mientras me iba a preparar un café de los de cápsula que había en la habitación.

¿Qué ocurría ahora? Me preguntaba con un agobio impresionante.

No tardó en entrar. Me dio un beso y se fue para la máquina de café.

—Me han pasado mucha información de Frank. No te preocupes que ya avisé que hasta la vuelta no me llamen, pero que te quede claro que no va a poder hacer nada en contra tuya, si no quiere verse envuelto en el mayor escándalo de la ciudad.

—Confío en que sus palabras de dejar esto bien sea de verdad.

—Más le conviene.

—Bueno, pero dejemos ya de pensar, por favor.

—Te lo prometo —me dio un beso en la frente y salimos con el café a la terraza. Necesitaba un cigarrillo.

Tras unos arrumacos de buena mañana y el café, nos fuimos a perdernos por las calles y marcarnos un desayuno en condiciones. El día era una preciosidad, el sol estaba en lo alto alumbrando, pero no quemaba con fuerza, hacía calor, pero no era molesto.

Brian me seguía explicando mucho sobre aquella isla, su historia, sus problemas con los viajes de universitarias y desapariciones de personas en aquel lugar del que también se sospechaba que era producto de las tratas de personas para su explotación sexual.

—Te juro que me estoy asustando. Ya lo que me faltaba es que me pasara algo de eso — volteé los ojos

—No, no te pienso perder de vista —me hizo un guiño.

—Tiene que ser muy duro para esas madres que ven partir a sus hijas a un viaje de recompensa por el esfuerzo y no volverlas a ver más.

—Hubo un caso así de una que madre se convirtió en investigadora de otros casos. Sale en la tele, además luchó y sigue luchando por el de su hija con uñas y dientes, estuvo aquí mucho tiempo investigando.

—¡Qué fuerte!

—Además de casos de cruceros que pararon aquí y ya no volvió a aparecer alguna pasajera o chica de tripulación.

—¿En serio? —Estaba flipando.

—Totalmente.

—Y vas y me traes aquí, para matarte —negué riendo.

—Es un lugar precioso y como en todos los lugares pasan cosas, al ser una isla. Eso sí, no pueden negarse esos casos que fueron muy conocidos mundialmente. Por eso quizás se vea con más espanto. Déjame decirte que, por desgracia, no se está a salvo en ninguna parte del mundo.

—En esto tienes razón —contesté con tristeza imaginando esos casos que me había contado y que tanto dolor me había producido escucharlos. No me podía poner en la piel de esas madres que habían perdido a sus hijas de una manera misteriosa y sin saber qué pasó, si estaban vivas o

mueras, si les estaban haciendo algo terrible. Aquello era demasiado doloroso el tenerlo que pasar.

—Aquí desapareció mi hermana hace diez años —su cabeza se bajó con tristeza y yo no me podía creer lo que estaba escuchando —No te lo iba a contar, pero en cierto modo necesito exteriorizarlo y creo que te has convertido en una persona de esas en la que sabes que puedes confiar, que puedes contarle lo que te pasa...

—Claro... —le agarré la mano por encima de la mesa —¿Qué pasó?

—Vino en un viaje de una semana con dos amigas. Tenían veinte años y estudiaban periodismo. Les iba la carrera muy bien y mis padres y los de las amigas les regalaron su viaje tan deseado —soltó el aire.

—¡Cielos! —guardé silencio para invitarle a que siguiera contando, a su ritmo, como fuera pudiendo. Entendía que para él no era plato de buen gusto soltar todo aquello. Siguió.

—Al tercer día, como los anteriores, salieron a vivir la noche de aquí que es de lo más animada y alocada. Ese día salió Elle, que es como se llamaba a comprar un paquete de tabaco ya que en el local en el que estaban no había de la marca que ella fumaba. Jamás regresó, las amigas denunciaron, nosotros vinimos y estuvimos un mes, pero se la había tragado la tierra. Se echaban las culpas unos a los otros, entre los sospechosos que la policía creía que habían podido tener que ver, pero nada.

—Lo siento... —no sabía qué hacer y las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas. Me encendí un cigarro.

—Cada vez que me escapo a algún sitio es aquí, inclusive cuando en Bélgica podía cogerme una temporada libre, no me iba a New York, sino que me venía hacia aquí. Siempre tengo la esperanza de cruzármela o que pase algo que me lleve hasta ella.

—Te entiendo.

—¿Y tus padres?

—Mis padres eran mayores y a los cinco años de esto muriendo los dos con un mes de diferencia, él por un paro cardíaco y ella por un cáncer.

—Pensé que en Navidad ibas con ello...

—Te di a entender eso, no te quería contar en aquellos momentos la triste realidad de todo.

—Lo siento...

—Tranquila.

—Dime la verdad ¿Piensas que está viva?

—Hace cinco años sí. Este equipo de investigadores que puse para Frank está integrado por los mismos que estuvieron aquí buscando a mi hermana y consiguieron una foto, pero no estaban seguros de que fuera ella. Yo sí lo estaba. Era Elle, pero le perdieron la pista, no pudieron cogerla como pensaban hacer.

—Vaya.

—Ahora no lo sé. No tengo ni idea de las manos en las que está, ni de qué está pasando. De vez en cuando vienen los investigadores, vuelven a empezar desde el principio, se meten en muchos sitios, pero nada.

Brian era de una familia acomodada, se había quedado una buena herencia y aparte tenía una empresa que dejaba anualmente unos beneficios millonarios, así que entendía que tuviera un equipo un tiempo en esta isla. Imaginaba que había hecho lo imposible por dar con ella.

Desayunamos en silencio, ni yo quería preguntar más sobre Elle, ni quería hacerlo pasar por el mal trago de tener que explicar algo que ya de por sí debía causarle un dolor inmenso.

Mientras nos levantábamos de ese desayuno para ir a la playa me dijo algo que me estremeció el alma.

—Por eso te quiero ver libre, porque no puedo soportar el dolor de saber que tú, en cierto modo estás viviendo un cautiverio, aunque a ti no te lo parezca. Eso no es ser libre.

—Te entiendo, aunque suene feo y yo lo llegara a ver normal, es lo que era —mi tono era triste.

Nos cogimos fuerte de la mano y nos dispusimos a ir dando un paseo hacia la playa. En un momento dado, levanté la vista y no podía creer la casualidad, ¡Era Sally que venía con Donald de la mano!

Por lo que habíamos comentado, sabíamos que ella iba más o menos hacia la misma zona de la isla que nosotros, pero ni mucho menos esperábamos verlos por allí.

La imagen me conmovió. Mientras ambas parejas avanzábamos hasta llegar a saludarnos, volví a establecer un paralelismo mental entre nosotras que me hizo pensar de nuevo en mi buena suerte. Y más aquel día que estaba tan sensible tras conocer la trágica desaparición de Elle.

Los saludamos de lo más cariñosos. El hecho de que en el avión nos hubiera contado su historia a corazón abierto nos generaba la sensación de conocerla de toda la vida.

Si ya antes nos había emocionado, verlos cogidos de la cintura como dos quinceañeros era una estampa digna de enmarcar. Nos contaron que el reencuentro había sido increíble.

Estuvimos parados con ellos en torno a veinte minutos en los que nos contaron todos los detalles. Por lo visto, fue cruzar sus miradas y saber que seguían estando hechos el uno para el otro. Ellos sí que parecían haber logrado parar el tiempo.

En aquellos años, el humilde Donald había logrado convertirse en un empresario de postín y ahora estaba viviendo una merecida jubilación en la que solo faltaba la presencia de su amada. Hasta esos días, en los que su vida dio un vuelco.

Nos despedimos alegrándonos muchísimo por ello y continuamos por aquellos caminos que parecían desembocar en el paraíso.

Llegamos a la playa y dejamos las cosas en una hamaca que alquilamos. Nos metimos en el agua. Yo miraba hacia la avenida, me preguntaba qué era lo que pasaba allí para que sucedieran esas cosas. Me preguntaba dónde estaría Elle y qué se podría hacer por ella. Aquello me había calado como si fuera parte de mi historia.

Comprendía en cierto modo los bajones que le daban a Brian en aquel lugar, que pasaba de la alegría a la tristeza en un solo instante, pero empatizaba con aquel dolor y lo hacía mío, era fuerte ponerse en su papel, en su piel, en su cabeza...

Pese a todo, disfrutamos mucho de aquella playa de aguas cristalinas que me enamoró desde el minuto cero. Fue todo un lujo poder bañarnos en ellas, compartiendo nuestro espacio con aquellos pececillos de vivos colores que se movían por la zona.

—El color del agua de estas playas es incomparable —Brian miraba fijamente aquel color turquesa que emanaba de esas aguas. Desde luego que era algo que toda persona debería ver alguna vez en la vida.

—Incomparable no —le sonreí —No voy a negar que es precioso, pero todavía me gusta más el de tus ojos.

—Bueno, visto así, igual es que llevo parte de ese color en la mirada de lo mucho que he mirado estas aguas, año tras año —su tono volvía a sonar melancólico.

Nos cogimos por la cintura. Más allá de las circunstancias tan extrañas que nos habían llevado hasta allí, el lugar era sobrenatural. Mirara hacia donde miraba, me quedaba hipnotizada.

Brian me explicó que, para él, de lo mejorcito de la isla era la posibilidad de contemplar sus

espectaculares puestas de sol y que ya tendríamos la oportunidad de hacerlo. Todo era muy raro. Un viaje de placer mezclado con una dosis de drama que no esperaba.

Ese día estuvimos todo el tiempo paseando, tomando algo, bañándonos, yo ya me di cuenta que iba observando todo, que paraba en bares a conciencia, que miraba a personas que trabajaban o frecuentaban aquellos sitios porque eran del lugar. Aquello debía ser una locura, un puzle que año tras años con aquellos viajes iría montando sobre su cabeza y la gente de allí que en cierto modo analizaba.

Me daba una pena enorme que tuviera que pasar por esto, diez años ya, diez años en la que su vida cambió de una forma repentina y de lo más dura. Cuando desaparece alguien la incertidumbre es lo peor, pues si lo encuentran a los dos días sin vida es duro, pero ya sabes qué pasó, no tienes mil teorías o ideas en tu cabeza azotándote. Es más fácil enterrar y empezar a canalizar eso, pero de su manera era imposible. Aquel era un dolor que perduraría para siempre, algo que si no se esclarecía moriría con él, como pasó con sus padres, que se llevaron el dolor a la tumba, que se murieron sin saber qué fue lo que le pasó a su hija ¿Qué había peor que aquello?

Capítulo 21

Desperté con las caricias de Brian.

—Preciosa, tenemos el desayuno en la terraza.

—¿Y cuándo lo han traído? —me estiré.

—Estabas en un placido sueño, no te quise despertar, llamé y ahora lo acaban de subir.

—Necesito café —me levanté a sus brazos.

—Vamos, verás el magnífico desayuno que nos trajeron.

—¿Qué tal estás hoy?

—Mejor, pero bueno, me afecta mucho estar en esta isla, pero a la vez lo necesito.

—Te entiendo —me senté en aquella preciosa terraza, pequeña, pero con unas vistas impresionantes al mar.

—La vida es una locura —sonrió con tristeza —una lucha constante.

—Así, es. Resulta muy complicado estar en tu lugar.

—Más complicado es estar en el de Elle —bebió del café con la mirada ida.

—Cuánto me duele esto, de verdad y más que te preocupes de mí con la que tienes encima.

—No te quiero perder también.

—No me vas a perder, ahora no, quiero cuidarte esta vez yo —le cogí la mano.

—No, eres tú la que mereces ser cuidada y por supuesto, mi hermana, buscada. Lo haré hasta que me muera, hasta que no esté aquí físicamente para poderlo hacer.

Sus palabras sonaban a verdad. Escuchándolo no tuve ninguna duda de que Brian no cejaría en el empeño de encontrarla con vida. Era muy tenaz con todo aquello que le importaba.

Qué difícil era ponerse en su lugar y sobre todo pensé en lo doloroso que le debía resultar, desde que me reveló aquella realidad de su vida, mi cabeza no paraba de darle vueltas.

Nos fuimos a pasear de nuevo y eso que estábamos en un resort que invitaba a disfrutar de todo lo que brindaba, pero yo sabía que él se sentía mejor por la isla, paseando y esperando que en algún momento sucediera algo que le arrojara esa luz que iluminara aquel misterioso caso.

Lo que estaba claro era que su hermana de una manera u otra estaba allí, que no lo habían sacado salvo que se demostrara lo contrario y eso era improbable. Viva o muerta estaba en cualquier rincón de esa isla.

Curazao me tenía ganada desde el mismo momento que puse los pies en ella y en determinados momentos me quedaba parada para escuchar cómo hablaban en papiamento que era una mezcla de portugués, español, holandés, francés, inglés e indio Arawak, según me explicó Brian.

Su idioma oficial era el holandés, por aquello de que había pertenecido a las Antillas Holandesas hasta 2010, pero si algo podía decirse de los habitantes de aquella pequeña isla es que eran políglotas pues también hablaban el inglés, el español y el papiamento.

—Si el sitio te ha gustado, en alguna ocasión vendremos en carnavales —comentó Brian, al que todos los momentos para visitar la isla debían parecerle pocos.

—Por supuesto —sonreí. A esas alturas del partido, ya tenía claro que ambos íbamos en el mismo barco y que la búsqueda de Elle se convertiría también en un objetivo de mi vida.

Le agarré de la mano y comenzamos a andar por la isla para darnos un baño en una preciosa cala donde había un bar en plan chiringuito muy bonito, chiquitito, pero de lo más exótico y cuidado.

—Ya probaremos el licor de Curazao en otro momento —me sonrió —eso lo reservamos para alguna ocasión especial de una de estas noches.

—Por supuesto —pese a todo teníamos que sacar todo el jugo que pudiéramos a aquellos días en la isla.

Nos dimos un baño y luego nos fuimos a tomar un coctel. Nos pusimos a hablar con el chico de la barra que era de allí, super simpático. Nos estaba comentando que esos días la isla estaba relativamente tranquila, pero que en las fiestas no había quedado una habitación libre en todo Curazao.

—Yo he estado aquí alguna que otra Navidad —me comentó cuando nos quedamos a solas — esta iba a venir, pero te conocí —carraspeó — La suite del hotel de New York la reservé por si acaso cambiaba de opinión, pero luego me la quedé encantado cuando apareciste en mi vida y te hice el ofrecimiento.

—¿En serio?

—Tenía previsto pasar aquí todas las fiestas. Pero mejor, vine cuando esto está más en calma y con tu compañía ¿Qué más puedo pedir? —me besó.

—Me encanta poder acompañarte en este viaje, no quiero que te sientas solo —me tiré a su pecho y lo abracé.

Cada vez sentía mucho más por Brian, como si fuera parte de mi vida desde hacía mucho tiempo. Sacó su móvil y comenzó a enseñarme fotos de su hermana. Era preciosa, se parecían mucho y él era muy fino, pues ella igual en mujer, un caramelo que cayó en manos de las personas que no debía.

Estuvimos toda la mañana allí. Después nos fuimos a comer a un bar que preparaban un pescado con una pinta increíble, lo vimos el día anterior así que aquel día fuimos a comerlo y la verdad es que fue todo un acierto.

A Brian le afectaba mucho aquello. Yo lo notaba por el semblante de su cara, por ese tono triste que reflejaba a cada momento.

Los días allí pasaron de la misma manera, playa, comer, pasear e ir a algunos bares que siempre visitaba durante su estancia en la isla, aunque también hicimos algunas escapadas distintas.

Conmigo era de lo más cariñoso y atento, pero me impactaba mucho esa tristeza que se le reflejaba en la cara. Era un dolor que podía percibir.

Esos días me sirvieron, aparte de para despejarme, para darme cuenta de que todas las personas llevamos una historia atrás de nosotros, era como descubrir que hay cosas ajenas que causan más dolor que las propias.

Aparte de eso, los días no tuvieron desperdicio. Brian se preocupó de que hiciéramos más cosas, además de descansar. Era un cielo y se notaba que siempre estaba pendiente de que yo lo pasara sensacional.

En aquellas increíbles aguas practicamos buceo y esnórquel. Incluso Brian me demostró que de muy joven había sido un windsurfista de pro y cogía olas que daba gusto.

Uno de los días hicimos también una excursión a las Cuevas de Hato, que me dejaron boquiabierta con sus enormes estalactitas, sus lagos subterráneos, sus cascadas y hasta una curiosa colonia de murciélagos.

La cocina de aquel sitio también me dejó prendada y ya no solo me refiero al pescado, pues eso era de esperar en la isla, sino también a su deliciosa carne con chivo y estofada, carne de ternera y carne blanca.

También me dejó maravillada la encantadora ciudad de Willemstad, que se conoce en todo el mundo por sus casas pequeñas y antiguas. Sus llamativas fachadas están pintadas en todos los colores del arcoíris.

—¡Es un lugar de cuento! —exclamé alucinada cuando las vi.

—Sí, es uno de mis sitios preferidos —me contó Brian, con quien después recorrí sus museos locales, restaurantes y tiendas de recuerdos.

—He pillado varios recuerdos de esas tiendecitas —le expliqué al salir de allí —pero que sepas que lo que nunca se me va a olvidar es que este ha sido nuestro primer viaje juntos.

—Ni a mí, preciosa —me abrazó fuerte y me besó —el primero de un millón... como mínimo...

De aquel lugar tan pintoresco me dejó también embelesada el mercado flotante, ensamblado desde pontones y barcazas. Más tarde nos perdimos también en su mercado popular, que estaba lleno de locales, turistas y gourmets, atraídos por su magnífico marisco.

—De Willemstad se dice que es una de las ciudades más mágicas del mundo —continuó diciendo mientras recorríamos aquel distrito tan espacioso y bien conservado que servía de capital a la isla de Curazao.

—Lo mágico es poder verla contigo —le di un beso de película.

El resto de los días los aprovechamos también a tope. Mezclamos descanso con actividades como el senderismo y encontramos el relax que tanto ansiábamos después de lo que habíamos vivido con lo mío. Eso sí, de Elle ni rastro, parecía que se la hubiera tragado la tierra.

La vuelta en el vuelo fue de la mano, en silencio. Imaginaba que pensaba que una vez más volvía sin nada, pero ya poco podía hacer tras tantos años, demasiado que tenía un equipo dedicándose a ello y presionando a la policía para que no olvidaran el caso.

Cuando aterrizamos estuvimos en su casa ese día, lo pasamos allí relajados. Él tenía que volver a recuperarse, aunque fingía estar bien yo notaba que así no era.

—Toca volver a la realidad —le comenté —no voy a olvidar nunca la maravillosa sorpresa que me tenías preparada para estos días. Vivirla contigo ha sido un sueño y eso pese a que no imaginaba lo que aquel sitio representaba para ti.

—Para mí sí que ha sido un sueño poder compartirla contigo, preciosa. Ahora toca volver a la realidad, a nuestras obligaciones laborales, pero te prometo que esto es solo el comienzo de una vida que va ser apasionante.

Nos costó despedirnos esa noche, después de aquellos días tan intensos, pero ya era hora de volver a poner los pies en el suelo.

Después de cenar me llevó a mi casa. Al día siguiente yo tenía que currar y él tenía reuniones desde bien temprano. Quedamos en que hablaríamos para vernos por la tarde, así que cenaríamos juntos por la noche.

Me acosté con una sensación, la de que Brian libraba una batalla peor que la mía, por mucho que la luchara no sabría si jamás la ganaría y me daba la sensación de que nunca conseguiría averiguar qué es lo que realmente le pasó a la hermana.

Me puse a lavar la ropa, no tenía ni sueño, quería dejar todo listo esa noche y no volverme loca al día siguiente.

Cuando me acosté eran cerca de las dos de la mañana. Le di vuelta a la conversación que tenía pendiente con Frank. Quería que fuese lo antes posible, quería dar carpetazo a una historia que me llevó a estar condenada por el miedo a lo que me había pasado, pero ya no iba a permitir que fuera así.

Capítulo 22

Esa mañana me levanté y me fui directa al despacho, café y a ponerme las pilas. En tres horas conseguí quitarme todo de encima rápidamente.

Me hacía gracia comprobar lo mucho que había avanzado en mi trabajo con el paso de los años. Mi padre siempre decía que la experiencia era un grado y no se equivocaba. Cada vez era más eficiente y rápida.

Tenía un mensaje de hacía tres días de Frank en mi móvil. No le quise decir nada a Brian para no darle más quebraderos de cabeza, demasiado tenía con lo de su hermana como para que supiera que, después de la conversación que escuchó en manos libres, Frank me preguntaba cuándo nos veríamos.

Aproveché para contestarle y decirle que estaba disponible al mediodía. Quedamos en comer en el restaurante de un amigo que teníamos en común, yo quería que fuera en un lugar público, nada de los dos solos, en el fondo no me fiaba de él ni un pelo.

Llegué al lugar acordado y Frank estaba cabizbajo. Lo esperaba más altivo, pero para nada, se notaba que iba en son de paz.

—Hola, Frank —le di dos besos.

—Hola, Julie, te sienta muy bien el moreno —su tono no era nada provocador, pero no le contesté. Solo sonreí y me senté.

Pedimos la comida y ya luego comenzamos a hablar.

—No quiero peleas, no es mi intención nada de lo que imaginas o te han hecho creer.

—Nadie me hizo creer nada —salté inmediatamente.

—Lo sé todo, sé que estás con Brian, que te ves con él desde hace tiempo.

—¿Me estás vigilando? —pregunté ofendida.

—No, pero no soy tonto, aunque te digo que vengo en plan relajado.

—¿Qué sabes de Brian? —pregunté enfadada porque me había dicho el nombre.

—Hombre, es el socio de Pol, el que estaba en Bélgica, la mayor empresa que llevas de asesora desde el principio, pues claro que sé quién es —la verdad que yo le había hablado de ellos.

—Además, ¿crees que esa empresa te cayó por obra del espíritu santo?

—Contactaron conmigo porque vieron mi página y lo que llevaba.

—No, contactaron contigo porque yo les recomendé tus servicios, al igual que a Brian, al que le he llevado algunos casos. Los dos tenemos un pacto de silencio y veo que se aprovecha muy bien de eso para creer que yo no iba a hablar y él pisotearme como le diera la gana.

—¿Qué cojones estás diciendo?

—¿Te llevo a Curazao y te contó lo de la hermana verdad?

—¿Me tienes puesto un micro o algo parecido?

—No, tranquila, pero te voy a contar la verdad.

—Adelante y más vale que tengas pruebas.

—Además auténticas, no el montaje que te enseñó de lo mío en Miami. No pensaba yo hablar por eso me lo tragué todo, pero ahora estoy dispuesto a que sepas toda la verdad.

—Primero, te voy a enseñar fotos de Canadá, videos de Fin de Año donde hasta en la calle salimos con los fuegos artificiales y en los que puedes ver que no hay trampa ni cartón —me dio

su móvil para que lo viera todo.

—No entiendo nada —me estaba quedando loca.

—Segundo, el expediente de hace diez años que le llevé de su hermana. ¿A que no te ha contado que él fue sospechoso principal de su desaparición? Se decía que quería ser el único heredero y que durante aquel viaje de su hermana, al que se fue con las amigas para celebrar sus buenas notas, se pudo demostrar que Brian estaba esos días en la isla —Me puso un montón de papeles delante.

—¿Esto es cierto? —comenzaron a caerme las lágrimas.

—Totalmente, el que lo sacó de aquel lío fui yo, el que lo defendió fui yo y quien les pidió el favor de que te contratasen también fui yo.

—¿Eso es verdad?

—¿No te dijo que estuvo con mi ex mujer? Aquí tienes las fotos en Curazao, por eso cuando te conocí a ti, como hacía dos años de lo suyo, fuiste la que me hizo vibrar. Yo sabía que estaban liados, no me separé de ella antes porque se pretendían quedar gran parte de mi fortuna y cuando descubrieron que no iba a ser así, él le dio una patada.

—Él estaba con una mujer de Bélgica...

—Eso fue después.

—No entiendo nada, no puede ser cierto.

—Aquí tienes todos los papeles. Te engañó porque siempre se quiso vengar de mí por haber dejado sin blanca a mi ex mujer. Es un ambicioso, el dinero le pierde. Y no, no te voy a meter en ningún lío porque me dejes, no te voy a hacer daño. Julie, yo te amo de verdad y no estuve con ninguna mujer. Si quieres hacer tu vida la puedes hacer libremente, si quieres irte con otro tienes vía libre, pero yo te amo y no iba a dejar pasar esto, no quiero que te hagan daño, es un tipo sin escrúpulos, menos de los que tú piensas que yo tengo.

—No me lo puedo creer —las lágrimas brotaban de mis ojos al ver todas las imágenes que me estaba enseñando de él con su ex, capturas de pantallas de sus Facebook, donde se jactaron de exhibir su relación.

—Y ahora quiere hacerte creer que me puede hundir y que te va a salvar. No tiene que salvarte de nada, no tiene que defenderte de nada, te llevo ante un juez ahora y te firmo que no hay una razón en el mundo por la que yo pueda ir en contra tuya.

—No sé qué decir, me siento hasta mareada.

—Lo entiendo. Mi idea es que sepas que nunca estuvo en mis planes hacerte nada malo, yo te quería y lo de las reuniones esas que tuve, aquí tienes todos los papeles, firmados ante notario, de esos días que estuve en Chicago y Carolina del Norte. Yo te quiero y yo me quería casar contigo, pero que no quieras hacerlo no significa que te vaya a hacer daño por eso, yo pensé que me amabas, por eso seguía a tu lado.

—En casa nunca tuviste papeles.

—Claro, teniendo el apartamento arriba, además mi despacho, prefiero tener la documentación allí y si de algo soy celoso es de la privacidad de mis clientes.

—No sé qué decir, me siento una gilipollas, todo en la vida me salió mal, todo. Parece que no doy pie con bola...

—Solo quiero que sepas que no tienes que sentir miedo de nada y menos de mí. Te he traído pruebas de todo. No puedes obviarlas pues son claras y contundentes. No soy mala persona por mucho que haya hecho a veces cosas para salvar el culo de mis clientes, como el tuyo. Te pedí a cambio lealtad, pero no que tuvieras que vivir conmigo toda la vida por ello, todo lo

malinterpretaste.

Todo lo que me había mostrado no podía negar que era verdad, mientras que lo que me dijo Brian era solo de palabra. Sus historias, sus investigaciones y la foto esa de mala calidad de Miami, aquello ahora sabía que era mentira.

No me podía creer que la vida me hiciera eso, que yo hubiera caído en las garras de ese depredador que me quería salvar de Frank, cuando él era mi peor enemigo.

—No quiero que te sientas mal, Julie. Mi única intención es que la verdad salga a la luz. Por mi trabajo, algunas veces tengo que ocultar la verdad, pero contigo siempre he sido sincero.

—Es que todo parecía tan real...

—No te culpes en demasía, yo no tengo nada en tu contra. Te ha embaucado porque su astucia no conoce límites... Entiendo perfectamente lo que te ha pasado, a cualquiera nos hubiera podido suceder.

Aunque las palabras de Frank me sonaban lógicas, no me consolaban. Lo que acababa de contarme había desgarrado mi corazón.

Ni comí apenas. Luego nos fuimos a mi casa a tomar café, Yo estaba destrozada, llorando, Frank intentaba contarme todo y enseñarme cada cosa que decía. Me quería tranquilizar, me juró que me firmaría lo que quisiera para que quedara claro que nunca podría ir en contra mía, lo único que deseaba es que no lo odiase por algo que no tenía que ver conmigo y que no pensara que me iba a atar a costa de todo.

—Tranquila, pequeña. He sabido todo, pero necesitaba que él diera sus pasos para poder contarte hasta qué punto yo sabía del pie que cojeaba. Ya está descubierto. Se acabó esta pesadilla.

—Nunca pude imaginar que me estaba mintiendo, nunca...

—Es normal. No subestimes su inteligencia y su avaricia. No ha llegado donde lo ha hecho por su cara bonita.

Cuanto más escuchaba a Frank, más creía sus palabras y más culpable me sentía.

Lo abracé llorando y le pedí perdón. Se lo merecía, en ese instante entendí todo y no me llevaba a esos viajes pues eran un coñazo, él no iba a pasarlo bien, cuando lo hizo, como Las Vegas y Canadá, me lo había dicho.

—Yo no quería eso para ti, además de que sabía que en casa estabas más cómoda y tenías la posibilidad de avanzar en tu trabajo, que era lo que realmente deseabas.

—Es cierto, cada uno teníamos que ocuparnos de lo nuestro, no sé cómo he podido ser tan necia, cómo he podido estar tan ciega...

En ese rato, fui cayendo en una y otra cosa...

Él sabía que yo me quería ver en Fin de Año con Brian, me lo facilitó todo para reunir todas las pruebas, sabía que él iría a por nosotros con mentiras y a por todas, lo único que hizo Frank fue preparar el terreno.

Brian no dejaba de ponerme mensajes, Frank lo estaba viviendo en directo, pero yo no sabía ni qué contestar. Ya no quería ni verlo en pintura, no podía con aquel dolor que me había causado, con esa mentira para vengarse de alguien que no le permitió conseguir su propósito y encima me hacía ver que había conseguido llegar a su ex mujer, un sinvergüenza es lo que era.

Frank se fue tarde, le prometí que estaríamos en contacto y que si lo necesitaba contactaría con él. En unas horas había pasado de ser mi enemigo a ese cómplice por el que durante años le tuve.

Me quedé mal, llorando. Le puse un mensaje a Brian diciendo que no podía verlo ese día ni en los siguientes, que tenía un asunto familiar grave y que ahora más que nunca necesitaba tiempo.

Se puso furioso con los mensajes diciendo que él quería estar en mi vida, ayudarme con todos estos momentos, que no podía apartarlo así.

La cosa empezó a pasar a mayores y tuve que tomar decisiones. No estaba dispuesta a que, después de tanto engaño, encima viniera a mangonearme como si yo fuera una simple marioneta en sus manos.

Lo bloqueé de todos lados y hablé con Pol a la mañana siguiente. Le pedí que solo él me mandara los emails de la empresa, que ahora necesitaba desconectar de todo y no quería contacto con Brian.

Recogí mis cosas de trabajo y parte de mi ropa y volví a casa de mis padres. Les conté absolutamente todo, estaban flipando, pero sobre todo querían que me quedara allí, necesitaba eso, pasar un tiempo con ellos.

Mis padres me consolaban y yo me moría de la pena. Aquello de Brian había sido toda una decepción, una persona fría que era capaz de engañar al propio diablo y con Frank sin embargo siempre pensé que vivía en deuda con él y me amaba de verdad, me daba esa carta de libertad a cambio de nada, todo aquello me hacía sentirme sucia, había sido de lo más injusta.

Todo comenzó a cobrar forma, pero yo me sentía una mierda por haber permitido que aquello pasara en nuestras vidas, que alguien robara la alegría, la paz de nuestra relación. Vale que yo había sentido más por Brian, pero eso no era calidad, eso era una mentira que no me iba a perdonar en la vida, mi mayor decepción.

Tampoco pensaba volver con Frank. No se merecía eso después de lo que le había hecho, pero ese día me dio una lección de valor y moral que me condujo a valorarlo más como persona.

Ahora tenía clara una cosa: me tomaría un tiempo en casa de mis padres, curaría mis heridas y volvería a mi casa unos meses después para aprender a vivir en soledad, pero una vez recuperada de ese golpe tan duro que me había dado la vida.

Ni uno, ni otro, sola y con el corazón destrozado....

Continuará en la segunda parte y última de la biografía Julie, bajo el título de "La decisión de Julie", en pocos días disponible en Amazon.